

PLANETA DE MUJERES

POUL ANDERSON



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Hace 300 años, una nave llena de mujeres que se dirigía hacia una colonia espacial, sufrió un accidente en un planeta aislado. Genéticamente produjeron descendientes (todas mujeres) que han esperado durante largo tiempo la llegada de unas misteriosas criaturas llamadas varones...



Poul Anderson

Planeta de mujeres

Galaxia - 13

ePub r1.1

Titivillus 23.05.16

Título original: *Virgin Planet*
Poul Anderson, 1959
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



I

El cabo Doncella Barbara Whitley, de Freetoon, cazadora hereditaria, jefe de ala de las ballesteros de caballería y novicia en los Misterios, detuvo su *orsper* y atisbo a través de una cortina de maleza. La respiración sonó agudamente entre sus dientes a causa del asombro.

Había bajado por la arbolada ladera siguiendo una ruta que circulaba al sur de la ciudad. El bosque terminaba ante ella, tan limpiamente como si le hubieran talado con un hacha, y las colinas se alejaban ondulantes en un mar de verde y de rojo a causa de las flores recién nacidas, bajando hasta el amplio suelo del valle. Tras ella y a ambos lados se alzaba la Serranía, doblando hacia el norte hasta formar una remota pared azul; podía incluso ver la nieve de aquellos picos y la tenue columna de humo de un volcán. Delante, cerca del horizonte, había una línea de árboles y un fulgor metálico bajo los descendidos soles, indicando donde el Río Sagrado desembocaba en el mar.

Blancas y altas nubes caminaban en un firmamento ventoso. En esta época del día y año, cuando se acercaba el pleno verano, ambos soles eran visibles. El primero, Ay, era una mancha tan brillante que hacía daño a los ojos, hundiéndose en el horizonte occidental; el segundo, Bee, era una masa grande de llamas doradas por delante de Ay, cerca al confín del mundo. Minos estaba cerúleo, enorme y cubierto de bandas, en su eterna estación un poco al sur del cénit. La luna Ariadne era medio disco pálido, marchando rápidamente lejos del planeta. A la luz diurna la luna interior Egeo, un apresurado puntito del tamaño de una estrella, no era visible... pero a las seis horas de la noche que iba a llegar mostraría su luz.

Era una cosa en el valle, a cinco kilómetros de distancia del pie

en que terminaban las colinas, lo que Bárbara Whitley enfocó con su mirada.

La cosa permanecía rígida, brillante con orgullo de acero, como un esbelto dardo de guerra, aunque carecía de aletas. Como cazadora y ballestera, la cabo era por necesidad un buen juez de las relaciones espaciales y calculó la altura de la cosa como de cuarenta metros.

Era mucho más pequeña que el Navío del Padre. Pero casi tenía la misma forma, si eran verdad los retazos de sabiduría sembrados en la mente de las iniciadas. Y *tenía* que haber venido del cielo.

Un escalofrío le recorrió los nervios. Ella no era especialmente piadosa: ninguna de las Whitley lo fueron, y manteniéndose fuera de todo jaleo hubo una razón para hacerlas a todas cazadoras en tiempo de paz. Pero esto era Misterio. Siempre lo habían dicho; lo cantaban los rituales y lo contaban a los niños en las noches lluviosas cuando las llamas saltaban altas en el centro de los campamentos...

Algún día los Hombres vendrán a por nosotras.

El *orsper* agitó sus acolchadas patas y gruñó impaciente. El chasquido del cuero y el tintinear del hierro parecieron a Bàrbara Whitley como el tronar del trueno.

—Maldito seas, Padre, ¡estate quieto! —murmuró y dándose cuenta de que en su costumbre de descuidada profanidad era capaz de despertar la ira de los Hombres.

Si estos eran los Hombres.

No pudo ver ningún movimiento en torno a la cosa en forma de dardo. Estaba inmóvil en el valle y su quietud era en cierto modo lo más enervante de todo. Cuando una ráfaga de viento agitó las hojas por encima de ella, Barbara se sobresaltó y notó cómo el sudor resbalaba por debajo de su coraza de cuero.

Su mano vagó hasta el cuerno colgante de su cintura.

Podía llamar a las otras. Cuando el objeto brillante fue visto descendiendo esta mañana, sin que nadie pudiera decir qué era o precisamente dónde había aterrizado, Claudia, la vieja Udall, envió a todo el ejército a buscarlo. Ella, Barbara, tuvo la suerte de ser quien lo encontrase. (¿O acaso se podía considerar suerte a eso con respecto al modo de ser de los Hombres? ¿Y quizás aquel navío no era en absoluto de los Hombres?). Debía haber otras al alcance del

oído, quizás ya vigilando.

La Vieja Udall no había dado órdenes específicas. Eso era improbable en ella, pero es que la actual situación también carecía de precedentes. Había, para estar seguro, una implicación de que los primeros exploradores que localizasen lo desconocido deberían informar inmediatamente, pero...

Eso podía ser un navío de los Monstruos. Los Monstruos eran mitad de leyenda: se decía que vivían en las estrellas, y los Hombres tenían tratos con ellos... algunas veces amistosos, otras de género completamente opuesto.

Un rizo extraviado de pelo rojizo se escapó de debajo del casco de Barbara y le acarició la nariz. La joven estornudó. Eso pareció cristalizar algo en su interior.

Ahora que pensaba, debían ser Monstruos los que viajaban en aquel navío, si es que un navío. Los Hombres hubiesen llegado de una manera mucho más ostentosa, aterrizando primero en el Navío del Padre y luego en las diversas ciudades. Y habría halos y cosas así en torno a ellos, y criaturas de metal como servidores...; bueno así tenía que ser. Y prodigios: ¿acaso la Canción de Barbara la Tuerta, hablándoles a sus propios antecesores y del ataque a Highbridge no decía: y *Minos bailará en el cielo cuando los Hombres pasen cerca?*

No era una narración épica del tipo canónico, pero la respetaba una Whitley, por lo tanto debía tener en sí más verdad de la que las Udalls y las doctoras quisieron admitir. De todas maneras eran ellas un conjunto de viejos pellejos.

La cabo Barbara Whitley, estaba bastante asustada ante la idea de los Monstruos —notaba cómo su corazón latía por debajo del blindaje de hierro— pero ellos *eran* menos horrorosos que los Hombres. Si volvía melifluamente a la ciudad, sabía exactamente cómo Claudia Udall se haría cargo de las cosas. El ejército reunido avanzaría de acuerdo con las tácticas, que eran, bueno, muy *malignas*, igual que cuando fue conducido directamente a una emboscada en Greendale. Y un mero cabo, aun cuando fuese un jefe de Ala, no sería nadie prácticamente.

Barbara nunca necesitó mucho tiempo para llegar a sus propias decisiones. Revisó su equipo con cuidado rápido y profesional. El escudo de su coraza estaba apretado y las perneras le cubrían los

torneados muslos hasta las rodillas; por debajo de ellas, las botas protegían pantorrillas y pies. Su morrión estaba asegurado en su cabeza y la capa azul firmemente sujeta. El hacha de su silla fue afilada tan sólo ayer; su daga era aguda y el lazo lo tenía afeitado. Armó la ballesta de repetición y se la colocó en su brazo izquierdo doblado. Su mano derecha alzó las riendas y chasqueó el *orsper*.

El animal trotó hacia delante, salió de los bosques y se metió en terreno abierto bajando la colina con su rápido y oscilante paso propio de los animales de su casta. Las plumas blancas y azules yacían en su postura natural y la gran cabeza, con pico y cresta, con fríos ojos amarillos, estaba retadoramente alzada. Barbara esperaba no encontrarse con dificultades... los *orspers* eran lo bastante bravos cuando comprendían las condiciones del combate, pero propensos a asustarse y correr cuando algo nuevo se les aparecía.

—Bien, hija mía —se dijo a sí misma—, aquí vamos y sólo el Padre sabe lo que pasará. Espero que sea únicamente una tripulación de Monstruos amistosos.

Las Whitley todas tenían como costumbre formular sus pensamientos en voz alta, otra razón por la que pertenecían a una casta que no podía alcanzar altas graduaciones. Un jefe de ciudad o una oficial necesitaba ser más discreta.

El viento le azotó el rostro, murmurando frescuras del mar. El sol Bee estaba casi delante de sus ojos, así que comenzó un movimiento circular para aproximarse a la cosa en forma de dardo por la parte oeste. Ella imaginó que un centenar de exploradores la contemplaban con admiración desde el bosque. Pero su amiga Whitley no podría estar entre ellos... evidentemente... de otro modo habría cabalgado en su compañía. ¡Buena cosa, también! Aquella pequeña bruja de Valeria ya tenía demasiados créditos a su favor, que no había ganado.

Ningún movimiento se percibía en el objeto —ni un sonido, ni un agitarse—. Barbara creció en el convencimiento de que había un Monstruo a bordo. Los Hombres habrían salido ya largo rato antes. Y ella podía hablar con un Monstruo —o luchar con él—, o peor, morir por un desintegrador de truenos, o cualquier cosa que utilizasen como armas. Los Monstruos tenían poderes desconocidos, pero seguían siendo de este universo. Mientras que los Hombres...

Barbara jamás había pensado mucho en los Hombres. Las

canciones y dichos que tuvo que aprender pasaron indiferentes por su lengua sin penetrar realmente en su cerebro. *Los Hombres son los machos de la raza humana. Nosotras íbamos a unirnos con los Hombres, pero el Navío se desvió a causa de nuestros pecados. Los Hombres son más altos y más fuertes que nosotras, infinitamente más sabios y más virtuosos, y tienen pelo en las barbillas y carecen de senos...* Ella se daba cuenta ahora de que siempre pensó vagamente en los Hombres, como si fueran mujeres corpulentas, de hecho, como su apenas recordada madre.

Una vez, cuando todas eran niñas pequeñas, ella y Elinor Dyckman trataron de hacer un dibujo de un Hombre, sin pechos y con cabello en el rostro. Las Dyckman dibujaban bien, pero el resultado de su trabajo fue tan estúpido que Barbara se echó a reír.

Ahora, mientras cabalgaba hacia el navío le volvió el recuerdo y otro arrebató de humor se apoderó de ella. Se dio cuenta de que estaba riendo en voz alta, por encima de toda la tensión y vigilancia mientras se acercaba a la nave.

—¡Eh, ahí!

Gritó fuerte y oyó cómo su voz temblaba débilmente al ser devuelta por el metal pulido. No hubo respuestas. Un rebaño de perros grises salvajes se fue por delante, llamándose unos a otros, increíblemente desinteresados.

—¡Eh! ¡La cabo Doncella Barbara Whitley de Freetoon, habla! ¡Vengo en son de paz! ¡Dejadme entrar!

El navío permaneció completamente en silencio, Barbara le dio la vuelta varias veces. Había una puerta circular en el casco, fuera de su alcance y perfectamente cerrada. La joven gritó con aspereza, pero no hubo ni una sola palabra de respuesta, ni un rostro en cualquiera de las inexpresivas portezuelas o ventanales.

—¡Dejadme entrar! —gritó.

Ahora estaba que echaba humo. Hizo otro disparo inútil y sopló en su cuerno tan fuerte como pudo. Un correlón salió de entre las altas hierbas y se precipitó hacia el río, con sus plumas de cola agitándose de manera ridícula. Barbara le disparó... y falló, pese a que la distancia no era muy grande.

¡Digan lo que digan las historias, jamás confíese a un Monstruo!

Bee estaba ahora muy bajo, las nubes occidentales se volvieron color azafrán y las sombras comenzaron a extenderse a través del

valle. Ay aún estaba alto, pero Ariadne se había movido y Minos se hacía cada vez más visible. Retazos de niebla asomaban por encima de los bosques y de las montañas de levante.

El asombrado aullido del *orsper* devolvió violentamente a Barbara a la realidad. Había alguien corriendo desde el oeste.

Barbara no pudo ver muy bien a la persona... sí, tenía forma humana, no era un Monstruo. Por otra parte, no se vestía como ninguna mujer de la ciudad de las que ella hubiese oído hablar. Llevaba una especie de túnica; las piernas enfundadas en tela; un pequeño paquete a guisa de mochila en los hombros, y...

Espoleó hacia delante a su *orsper*.

—¡Eeeehh! —gritó—. ¿Qué está *usted* haciendo aquí, diablos?

El desconocido se detuvo. Barbara se acercó lo bastante para ver que era una persona notablemente fea. Los amplios hombros no eran agradables, pero las caderas eran grotescamente estrechas. Tenía un pelo rubio y corto y un rostro flaco con demasiada nariz y barbilla, con exceso de huesos y falta de carne.

¡Padre! ¡Quizás *era* un Monstruo!

Los pensamientos corrieron por el interior de la cabeza de la muchacha mientras se precipitaba hacia aquel ser extraño. Con certeza no era ningún miembro de ninguna ciudad, ni familia... ella sabía y conocía el aspecto de todos los miembros de las quinientas familias y aunque había algunas personas bastante feas, ninguna de ellas alcanzaba el horrible aspecto de aquel individuo. Además ningún ciudadano de este lado de Smoky Pass se vestiría de ese modo. Y se acercaba al navío... Debía haber estado echando un vistazo por el exterior cuando ella se acercó, si, y al verla lo más probable era que se hubiera escondido... ¡porque era un ser *deforme*!

Se acordó de las viejas historias que decían que los Monstruos tenían muchas formas pero que en algunas de ellas parecían seres humanos.

¡Un Monstruo solo!

Parpadeando bajo el fulgor solar, Barbara vio que había sacado algo de la funda. Un tubo pequeño, que lo cogía con una mano y la apuntaba... Dio media vuelta para que el sol no le diese en los ojos y vio que la túnica carmesí quedaba abierta por el cuello, que el pecho era plano y peludo y que tenía masas espesas de vello en los

brazos...

Apenas tuvo tiempo para pensar. El Monstruo podía o no ser pacífico. Ella se dio cuenta de que tampoco debía limitarse a derribarlo con un disparo de ballesta. Al mismo tiempo, no tenía ni podía consentir que el Monstruo la cazase con facilidad.

Soltó la presión que ejercía sobre su arco y lo dejó libre y pendiendo del correa de la rodilla. Con las rodillas condujo al *orsper* y sus manos levantaron el lazo.

El Monstruo permaneció allí boquiabierto. Su arma trató de seguir los movimientos expertos de la muchacha, los saltos y brincos destinados a impedir que apuntase su arma. Respiró profundamente y la joven oyó palabras en su propio lenguaje, distorsionadas, extrañas, roncadas:

—¡Por todo el Cosmos! ¿Qué está haciendo?

Entonces el lazo salió volando y cayó en torno del cuerpo de aquel ser extraño. El *orsper* saltó alejándose, la cuerda chirrió y el nudo corredizo inmovilizó los brazos del ser apretándolos contra los costados.

La cabo Doncella Whitley galopó triunfante hacia Freetoon, arrastrando tras ella al Monstruo.

II

El episodio había comenzado un par de semanas antes y cerca de doscientos años de luz de distancia.

Todo rutilante con túnica y pantalones a la moda, botas relucientes hasta lo increíble, Davis Bertram subió los escalones que conducían al edificio del Servicio de Coordinación. La mañana centelleaba en su torno y la áspera frialdad de una nueva ciudad en un nuevo planeta parecía sólo un prepotente saludo animoso. La puerta se abrió ante él; pasó la mano por su superficie con amabilidad y penetró en el vestíbulo. Las suelas de sus botas repiquetearon en el suelo resonando en los corredores.

Smith Hilary estaba haciendo débiles intentos de obtener información procedente del robot del escritorio. Dirigió a Davis una acalorada mirada y dijo algo acerca de mutantes con estómagos de plomo y carentes de alma.

—Meramente, seres vivientes pero con grandes pensamientos —dijo Davis Bertram—. ¿Ha probado usted la aneurina?

—He probado todo calmante conocido por las razas humanas y por la ciencia no humana —gruñó Smith—. Pero después de anoche... ¿qué estuvimos bebiendo?

Davis entonó en respuesta una canción popular.

—Creo que la glotonería acabará con usted —dijo Smith. Y con sombría malicia añadió—: ¿Estás seguro de que podrás soportar un mes en el espacio solo por entero?

—No —admitió Davis con sinceridad—. Pero es que tampoco lo espero. Confío en descubrir un planeta lleno de hermosas mujeres y permanecer allí durante años. ¿Está en casa el *Cosmioc* entero?

—El despacho se abrió hace una hora —dijo Smith—. Si no llegó con puntualidad, es que alguna supernova se lo impidió. Váyase.

Espero que le devore.

Davis le entregó su gorro y bajó por el pasillo. A mil años de luz del Sol, en el borde de cuanto los humanos conocieron y colonizaron durante dos generaciones, Nerthus era el cuartel general local de los Cordy y se necesitaba tener permiso de él. Un viaje astrográfico significaba la personal aprobación del jefe.

La puerta le identificó y se abrió. La Coordinador llamada Tetsuo ocupaba un gran despacho, con una pared por completo transparente que le mostraba las espiras de Stellamont y las llanuras de más allá. Asintió secamente, con aspecto de hombre entristecido por toda una vida de guerras contra el universo.

—Siéntese, ciudadano —le invitó—. Tiene usted dos días de retraso.

—Estuve en cama todo el tiempo. Con mucha fiebre.

Yamagata le dirigió una mirada penetrante. Siempre había el peligro de enfermedad en todo nuevo planeta.

—¿Qué diagnóstico? —preguntó.

—Nada digno de mención, señor —dijo Davis melifluido. Mientras que, de hecho, el organismo responsable era un ser de un metro sesenta de altura, con ojos azules y un alto centro de gravedad, pero Davis no vio razón alguna para mencionarlo.

—Bueno... —El flaco rostro permaneció sin expresión. Yamagata oprimió un botón y preguntó al informador si le podía traer el archivo de Davis. La máquina gruñó para sí y casi al instante desparramó los documentos sobre el escritorio. El Coordinador los arregló con sus dedos delgados mientras Davis se agitaba nervioso.

—Sí, ahora recuerdo. Usted fue educado en la Tierra —los ojos del viejo se proyectaron hacia el exterior, en dirección al firmamento, como si quisiera perforar el cegador azul y mirar a través de mil años de luz localizando un hogar olvidado—. Se trasladó a Thunderhouse para adiestramiento astronáutico. ¿Por qué?

Un rubor cruzó los rasgos delgados y en cierto modo demasiado agudos de Davis. Era un joven alto y rubio —de raro aspecto en estos días— con esbeltez atlética de la que se daba perfecta cuenta.

—Quise hacerlo, ejem, para ver un planeta diferente. Sólo había estado en dos sistemas, Sigma Hominis Volantis en donde nací y después Sol. Variedad... estímulo...

—Ejem. La academia de la Tierra es la más rígida de toda la galaxia, y la de Thunderhouse es notoriamente benevolente. Bueno, me temo que eso técnicamente no me interese. Usted acaba de ser licenciado para operaciones independientes y quiere efectuar una inspección basada en Nerthus. Veo que posee también espacionave propia.

Davis se encogió de hombros. Incluso hoy, una fortuna personal significaba algo. Un individuo cuyo padre hubiese ganado mucho no era necesariamente un vagabundo, ¿verdad? A Davis jamás le había gustado mucho la Tierra; la consideraba un planeta aburrido. Era malísimo que la Tierra dominase la Unión.

—No tengo derecho a detenerle —dijo Yamagata con voz sombría—. Y menos basándome en este archivo. Pero la expedición individual en el espacio profundo... de un hombre que no tiene casi experiencia práctica... Mire, aquí hay planeada una exploración astrogràfica hacia el Macizo Fishbowl. Hay que partir dentro de tres semanas. Tripulación excelente y el patrón es el propio Hamilton. Si quiere usted probablemente le podría conseguir un permiso...

—No, gracias —dijo Davis.

—¿Pero, por qué quiere usted ir a Delta

Wolf's

Head? ¡De todos los lunáticos...! Sabe que en esa área hay un lugar peligroso. Precisamente por eso jamás fue visitado.

La ansiedad se mostró en Davis.

—¡Entonces ahí dentro debe haber algo, en ese lugar peligroso que algunos de ustedes llaman torbellino!

—Algo que incluye su propia muerte. Sepa que no podemos enviar expediciones de rescate. El espacio es excesivamente enorme... jamás lo encontrarían. ¿Debemos pues desperdiciar el personal?

—Tengo un crucero Mark XX, señor. Armado, robòtico, lo hace todo excepto pensar.

—Eso se supone que es función suya.

—Sé por qué está usted preocupado, señor —dijo Davis—. No le gustan esas expediciones sin supervisión, porque pueden llegar a ser malas para los nativos. Pero si mira usted mi psicograma verá que poseo un alto cociente de buena voluntad. No voy ni a robar ni a matar a nadie.

Yamagata sacudió la cabeza con impaciencia.

—Está bien, está bien. Discutamos su plan orbital.

Era sencillo. El torbellino, uno muy grande y extraordinario, había convertido en zona peligrosa una región de cincuenta años luz de diámetro desde que los hombres la descubrieron: casi se cumplen ahora seis décadas. Finalmente se estaba retirando de la zona de la estrella Delta Capitis Lupi. El Servicio intentaba explorar aquel sol doble dentro de otras dos o tres décadas, cuando ya no hubiese posibilidad de desastre. Corrían bastantes riesgos en el trabajo ordinario para no querer aceptar el azar más pequeño y adicional. Pero dentro de ese tiempo la estrella probablemente permitiría ser visitada. Davis tenía intención de ir hasta allí, efectuar la inspección preliminar de reglamento de sus planetas y regresar.

Si había nativos inteligentes, o algún mundo inhabitado apto para la colonización, la Estrella de Davis se convertiría en un blasón de orgullo catalogado en el Manual del Piloto. Si no, sólo habría perdido unas cuantas semanas.

Mirando al joven desde la otra parte del escritorio, Yamagata suspiró y se preguntó si Cristóbal Colón había sido tan idiota como el joven que tenía delante.

—Muy bien —repuso—. Si no vuelve, ciudadano Davis, tendremos que presumir que el torbellino se lo tragó a usted después de todo.

—O los nativos.

—Lo dudo. Sabemos muy bien que no hay ninguna raza con energía atómica en ese sistema. Nuestro detector que es de neutrino lo habría localizado hace tiempo si la hubiese. Presumo que puede usted tratar con seres primitivos y que conoce las leyes que castigan a los que se ponen demasiado violentos con ellos.

Davis asintió, un poco malhumorado. Tenía una vaga noción acerca de ser el gran dios blanco para una gente agradecida con colas y antenas... sueños de adolescente, claro; los sistemas de cultura merecían protección, no podían ser trastornados de la noche a la mañana sin causarles un grave daño.

Ya sería suficiente con hacer el viaje. Si encontraba un planeta importante... estaba aquella chica en el Valle de Júpiter y el encanto de un descubridor...

Yamagata se puso en pie.

—Buena suerte, ciudadano —dijo con suma formalidad.

Davis se inclinó y salió. Yamagata le oyó silbar nada más estuvo en el corredor.

Al poco entró Smith para formular su pregunta de rutina. Era un hombre dedicado al transporte interplanetario, que comerciaba con Hertha, el mundo siguiente hacia el sol. Yamagata le detuvo.

—Conoce usted a ese tal Davis —dijo. Pero no hubo en su tono nada de pregunta.

—Sí. Ejem, de hecho, coordinador, salí con él por la ciudad anoche.

—Hijo de un hombre rico —Yamagata miró con fijeza a la pared—. Qué cosas más raras ocurren de nuevo en la frontera, ¿verdad? Fenómenos como ciudades y ostentación privada, que en la Tierra dejaron de ser largo tiempo. A veces desearía que sólo los solarianos tuviesen permiso para ser pilotos de espacionave. Las gentes que emigraban eran aquellas a las que no les gustaban los lazos restrictivos de la civilización.

Smith esperaba, con torpeza.

—¿Qué posibilidades cree que tendrá el muchacho? —preguntó Yamagata.

—¿Eh? Oh... muy buenas, diría. Es un piloto nato, tiene un cerebro bueno y sabe usarlo. Y tiene un navío que es una bala de cañón.

—Tendrá que confiar pues mucho en su nave —dijo Yamagata—. Espero que el proceso no sea fatal. Me refiero a su viaje...

III

El *At Venture* se elevó sin ruido sobre sus rayos de gravedad, el firmamento se oscureció y Nerthus se convirtió en una gran pantalla nubosa en medio de la fría magnificencia de las estrellas. Davis Bertram dejó que el piloto automático efectuase el trabajo, calculando el rumbo y ajustándolo, y no se molestó en comprobar los datos. Los robots siempre funcionaban bien... casi siempre. Permaneció sentado contemplando la Estrella de

Carsten's

disminuir y experimentando la soledad del firmamento que le rodeaba.

A la distancia apropiada, el navío entró en hiperimpulsión y sobrepasó la velocidad de la luz, dirigiéndose hacia la constelación Wolf's

Head. Tardaría unos diez días en llegar a su meta.

Había tenido la intención de estudiar teoría avanzada de la astrogración durante el camino. Las cintas estaban allí y nada para distraerle; incluso también tenía una buena cantidad de estereofilms y podía descansar de igual modo.

Uno de ellos parecía interesante: *La muerte golpea dos veces*. Pero era de la Tierra y resultó ser un drama en verso simbólico de la forma antigua, rígida y estilizada de la Retribución. Davis masculló un juramento y abrió otro carrete.

El tercer día empezó con su trabajo de libro de texto y se agitó luchando con el primer problema que se le ofrecía, durante sus buenas dos horas. Era divertido al principio, pero cuando no pudo resolverlo, lo abandonó para tomarse una cerveza y ya jamás volvió a cogerlo. Después de todo, tenía ciento cincuenta años por delante, si el torbellino no lo engullía.

Efectuando concienzudamente cada vigilancia, ajustó el campo interior a dos gravedades y se dedicó a una serie de cálculos de rutina. Le aburrían mortalmente, como siempre, pero era preciso hacerlo para mantener su mente en forma. Lo mismo que ejercicios físicos.

¿Quién tuvo jamás la idea de que el viaje espacial era una aventura emocionante?

Davis había pasado bastante tiempo en vuelo, incluyendo los cruceros de sus días de cadete, para conocer cuán vacías se convierten las horas. Pero siempre había presumido vagamente que en *su* navío la cosa sería distinta.

Sacó sus pinturas y pinceles, preparó un lienzo y comenzó de memoria un retrato de Doris. Los cursos de arte en las escuelas terrestres fueron de las pocas enseñanzas en que realmente disfrutó.

Empleó solamente unas cuantas horas en descubrir que pintar un retrato de Doris de memoria era un gran error. La muchacha tenía un rostro interesante, pero el resto de su persona era todavía aún más interesante. Davis se dio de pronto cuenta de que había pasado casi todo un período de guardia empleado en reminiscencias. Miró el dibujo en carbón que había hecho casi sin pensar, se ruborizó y limpió de nuevo el lienzo. Era muy malo que Doris no estuviese allí para posar. Sólo que entonces, de tenerla a su lado, no hubiese perdido el tiempo pintando. Recordó a varios psicopedagogos en su infancia que le dijeron que debía ser siempre firme y severo, y pensar en todo momento de manera justa. Cuando volviese, rico y famoso, ya habría bastantes momentos para estudios ginecológicos. Mientras, sería mejor que hiciese algo neutral, como un paisaje.

Del espacio en sí, sin planetas a la vista, nada más que un millón de estrellas que ni parpadeaban siquiera y la gran mancha de la Vía Láctea y los carretes lejanos y fríos de las galaxias... no tenía nada que pintar. Fue lo bastante sincero consigo mismo para darse cuenta.

En el octavo día terrestre, un frenético zumbir y unas vibraciones casi marítimas de su camastro, le hicieron saltar preso del pánico. Había rozado el torbellino.

No era lo bastante cerca para preocuparse. La cosa quedó tras él en cuestión de segundos. Pero necesitó un comprimido depresor para dejar de temblar.

Intranquilo, examinó los torbellinos de trepidación, en el manual. No le enseñaron nada que no conociese. Por alguna razón incomprensible, había secciones de viaje en donde la geometría de continuo quedaba distorsionada. El efecto primario era de un cambio violento de los campos gravitacionales y una zona hecha lo bastante grande era capaz de causar distorsiones a un planeta, lo suficiente para que su período de rotación se efectuase en pocos segundos. Una espacionave con hiperimpulsión, mezclándose sus funciones discontinuas *psi* con las del torbellino, podía ser destrozada en pedazos... o lanzada a miles de años de luz de distancia de su rumbo.

El espacio era inimaginablemente enorme. Incluso el mayor torbellino era improbable que encontrase un navío por casualidad. Pero hubo naves en el pasado, antes de que se conociese la existencia de las tormentas, que pudieron desaparecer con suma sencillez. Hoy había soles y masas estelares prohibidas porque en su vecindad asistía un torbellino de esta clase.

Bueno... aquel no le había hecho daño. ¡Y le había ahorrado su personal exploración en Delta Capitis Lupi!

IV

Minos estaba lleno, bañando a Freetoon con su fría luz ambarina. Y el aire había refrescado. Barbara Whitley caminó a través de las calles silenciosas, entre los edificios oscuros, hacia el cuartel de caballería. Formaba un lado de un cuadrado en torno a un patio, los establos y el arsenal contemplando la periferia. Sus botas repiquetearon en las piedras mientras conducía a su *orsper* hacia el establo.

Una lámpara de piedra sobre un estante daba la débil luz acostumbrada y las mozos de establo —todas Nicholson, una familia estúpida acostumbrada sólo al trabajo inferior— se agitaron intranquilas sobre la paja cuando ella entró. Le dio un puntapié a una de las corpulentas y despeinadas mujeres, despertándola.

—Comida —pidió—. Y agua para el pájaro. Cerveza para mí.

—¿A estas horas? —Gruñó la Nicholson—. Conozco mis derechos. Vosotras las soldados pensáis que podéis molestar a cada momento a la gente honrada que duerme después de un duro día de trabajo, y... —Barbara sonrió, sacó su daga y comprobó su filo con aire distraído—... oh, muy bien, muy bien, señora.

Después de que Barbara se hubiese desnudado y lavado en la artesa del patio, se sintió mejor. No todas las chicas eran tan remilgadas, pero es que ella pertenecía a los Whitley y tenía que conservar las apariencias. Se miró el rostro complacida reflejado en el agua. La luz de Minos distorsionaba los colores, el pelo rojizo y los grandes ojos verdes alcanzaron otros tonos distintos, pero la pecosa nariz respingona y la boca amplia y la mandíbula cuadrada y pequeña eran más agradables que... oh, que esa construcción de las Dyckman, a quienes se suponía hembras. Las Dyckman eran sólo seres *chapuceros*. Barbara se acarició sus propios y amplios hombros,

pasó las manos por los firmes pechos juveniles, después contorneó las caderas y las piernas, de deliciosas formas. No estaba muy delgada, se tranquilizó con algo de ansiedad. Excepto en torno a lo alto de los pómulos, no tenía un ángulo que no estuviera adecuadamente redondeado. Se estremeció mientras el viento fresco le secaba la piel, recogió sus ropas y se fue.

El fuego moribundo dentro del cuartel la guio hasta su sitio. Logró introducirse entre formas durmientes de largos miembros, acostadas sobre colchones de paja, colgó sus arneses en el perchero y guardó las armas en su pecho, tratando de no hacer ruido. Pero las Whitley tenían el sueño ligero y su prima Valeria despertó.

—Oh, eres tú. Ahí tienes dos palmos y medio como siempre —gruñó Valeria—, y cada día la gente está más gruesa. ¿Dónde has estado en toda la jornada?

Barbara miró al rostro que era casi un duplicado del suyo propio. Ahí estaban las únicas Whitley de Freetoon, sus madres y tías murieron en la emboscada de Greendale quince años atrás y ahora estaban tan unidas como correspondía normalmente al parentesco que las unía. Pero la suya era una casta ruda y explosiva, y cuando se necesitó a una nueva cabo jefe de Ala, los dados sagrados eligieron a Barbara. Valeria no le pudo perdonar eso.

—Mis dos pies y mis caderas abultadas... ya que te gusta describirme de ese modo... me llevaron al valle donde capturé al Monstruo con su navío estelar —dijo Barbara con dulzura—. Buenas noches —se acostó en su jergón y cerró los ojos.

Pero no por mucho tiempo. Bee aún no había salido por el horizonte cuando se oyó el sonar metálico del umbral y Ginny Latvala, del cuerpo de guardia Udall, gritó:

—¡Arriba, cabo Doncella Barbara Whitley!

—¿Es qué has de despertar también a todo el mundo? —respondió Valeria, pero no muy alto. Toda la compañía había sido arrancada del sueño y la Capitán Kim Trevor era una mujer enérgica.

Barbara se puso en pie, notando cómo su corazón latía con fuerza. Ayer todo le parecía bastante irreal, como un sueño salvaje...

Ginny se apoyó en la lanza, esperando.

—La Vieja Udall está muy enfadada contigo, querida —dijo—.

Nos podemos ver en líos de muy diversas clases por causa de que enlazases a ese Monstruo. ¿Y si se pone furioso? ¿Y si tiene amigos?

Las Latvala eran esbeltas chicas rubias, expertas con la jabalina lo que les permitía ser guardas hereditarias de la mayor parte de las ciudades. Solían ser bastante agradables, aunque inclinadas a la cursilería.

—Tengo mis derechos —dijo Barbara con altivez—. Todos los exploradores tenemos órdenes antes de entrar en servicio y jamás estas órdenes me indicaron que no tenía que enlazar a un Monstruo.

Dejó que el cuartel runrunease en su torno mientras se vestía para la ocasión: Una camisa blanca corta, una capa bordada verde, sandalias y caga. Nadie fuera de la Casa Grande, excepto las pocas soldados que había conocido cuando ayudaron a llevar al Monstruo, sabía lo que había ocurrido. ¡Todavía! Barbara y Ginny asintieron en silencio que sería bueno para sí mismas que sus compañeras sintieran algo de curiosidad.

El aire era todavía fresco y los campos de debajo de la ciudad estaban blancos de niebla cuando salió. Una luz rosácea y pálida se alzaba por encima de la cordillera de levante y Minos estaba poniéndose. La luna Theseus estaba poniéndose. La luna Theseus era una minúscula manchita roja captando la luz solar del amanecer.

No había mucha gente en pie. Una patrulla con pleno armamento se cruzó con Barbara y Ginny, todas ellas eran agresivas Macklin, y la casta de las granjeras bostezaba en sus barracas y cuarteles a medida que tenían que levantarse para acudir a sus faenas diurnas. La calle trepaba violentamente a partir del cuartel de caballería y Barbara acometió la subida con unas zancadas largas tipo montañeras, demasiado preocupada para hacer caso a la cháchara de Ginny. La hilandería; ella vio de reojo cómo las ruelas y los telares estaban instalados más allá de la puerta; pero no impresionó su cerebro... era un trabajo de las castas inferiores. La herrería, una tienda altamente respetada, estaba más allá, también vacía; las Holloway seguían durmiendo en la casa adjunta.

El hospital no se encontraba en esta calle, pero la clínica de maternidad sí, al otro lado de la amplia plaza. Contiguas a ella estaban las demás clínicas. Eran dos y se alzaban casi debajo de los muros de la Gran Casa, para que los niños pudiesen ser trasladados a

su amparo en caso de ataque.

Pasando por la ventana cerrada de una de las habitaciones en la que estaban divididas las enfermerías, Barbara oyó un gemido pequeño. Se hizo cada vez mayor y luego cesó por completo.

El sonido irrumpió en su preocupación despertando las fibras sensibles de su alma. Dentro de un año o así, sería una iniciada y haría un viaje hasta el Navío. Y cuando volviese, ya nadie volvería a llamarla Doncella, debajo de su corazón habría otra Whitley pelirroja. Los niños eran un estorbo, en cierto modo; tendría que estarse dentro de la ciudad hasta que el suyo hubiese nacido y... y era una espera muy dura.

La muralla se cernía sobre ella, grandes y agudas estacas unidas juntas y seis Latvala de guardia a la puerta. Alzaron sus lanzas y Barbara pasó. Dentro había un amplio patio empedrado con varios edificios limpiamente dispuestos: cuarteles, establos, almacenes, refugios de emergencia, la capilla del Padre. Todo con el estilo normal de Freetoon, grandes casas de troncos con picudos tejados de hierba y una chimenea a un extremo. El palacio, en el centro, era muy parecido, pero inmensamente mayor, los extremos de sus vigas estaban labrados en forma de cabezas de aves de presa.

Henrietta Udall estaba plantada a la puerta. Era la mayor de las tres hijas de Claudia: grande y maciza, con áspero cabello negro, pequeños ojos pálidos bajo cejas espesas. La magnificencia del porte de su falda y la capa de plumas era un desperdicio sobre ella, pensó Barbara, y el hacha que portaba no mejoraba su aspecto en nada. ¡Ninguna de las Udalls podían ser jamás guapas! ¡Pero sabían gobernar!

—¡Alto!

Barbara extendió las manos y bajó la cabeza.

—Tienes el pelo desarreglado —dijo Henrietta—. Arréglate esas melenas.

—Pero tu madre quiere verme ahora —protestó Barbara.

Henrietta agitó el hacha. Y Ginny parecía intranquila.

—Ya me oíste.

Barbara se mordió el labio y comenzó a desenredar su bronceada cabellera. Suelta le caía hasta por debajo de los hombros.

Despreciable cabezota, pensó. Quiere meterme en un lío. Ya vendrá el día Henrietta en que no me encontrarás a tu lado.

La muerte de una Udall era siempre signo de disturbios. En teoría, el poder recaía en la hija mayor. En la práctica, las hermanas peleaban entre sí; una superviviente derrotada huía al bosque con sus seguidoras y trataba de iniciar un nuevo puesto de colonización. Freetoon era vieja, casi cien años, y había engendrado ya a Newburgh. Ahora la población estaba de nuevo soliviantada, había crecido hasta casi ocho mil personas, demasiadas para que el terreno cultivable hasta cierta distancia, al derredor, las pudiese mantener.

Sueños de encaminarse a un país desconocido para crear una nueva ciudad comenzaron a quitar el malhumor a Barbara. Si, digamos, se alzaba en favor de Gertrude o Anne... podría ser algo más que una suboficial y sus hijas heredarían la casta superior, y...

—¡Date prisa! La Vieja Udall está esperando.

Barbara utilizó para sí algunas viejas maldiciones de la caballería. La posibilidad de alcanzar su sueño era muy pequeña, después de todo. Las Whitley no eran políticas. No valía la pena.

—De acuerdo —dijo Henrietta mientras Bee subía en el cielo. Abrió la marcha al interior. Barbara la siguió, su rostro todavía acalorado.

La sala principal de la Casa Grande era de grandes dimensiones y a pesar del fuego y de las abiertas ventanas y de la brillante tapicería tenía un aspecto sombrío. Las antorchas ardían por encima del trono de la Vieja Udall y las agujas de pino sembradas por el sucio suelo crujieron mientras Barbara las pisó. Las sirvientes se esfumaron presurosas dedicándose a sus diversas actividades, ignoradas por las mujeres de mediana edad, de alta casta, sentadas en el banco por debajo del trono. Estaban desayunando, masticando muslos de corredores y arrojando los huesos a las *aquils* que se precipitaban sobre ellos desde las perchas donde estaban posadas.

—¡Bien! —dijo Claudia—. Has tardado mucho.

Barbara había aprendido a no culpar jamás de nada a una Udall.

—Lo siento, señora —murmuró. Le causaba esfuerzo conseguir las palabras y doblar la rodilla.

La Vieja Udall terminó con un hueso y chasqueó los dedos. Mientras una adolescente Craig se le acercaba corriendo con una bandeja de madera con pedazos de carne escogidos, se arrellanó y dejó que su doncella de cámara la peinara su tieso pelo gris.

Elinor Dyckman había conseguido la plaza. Las Dyckman siempre fueron buenas en la lisonja.

Había muchas de ellas en cualquier ciudad; tenían pequeño el instinto maternal y descuidaban a sus hijas, así que las jovencitas morían a menudo. Pero se decía de ellas que eran buenas consejeras. Con certeza lograban siempre lo mejor para ellas mismas. Una Dyckman casi siempre se convertía en la prenda de estimación de alguna otra mujer más influyente; Elinor se había adherido a la propia Claudia. La desdeñosa reflexión de Barbara, *yo no sería jamás un parásito como esa*, estaba salpicada de añoranzas. Ninguna Whitley tuvo ningún cariño jamás. Su casta era demasiado independiente y no gustaba de compromisos... o demasiado huraña, si quería uno conseguir la descripción más común de ellas.

Elinor tendría unos veinticinco años; su propia hija había muerto y Elinor no pidió que le concediesen otra. Era de mediana estatura, con un cuerpo de suaves curvas y un cabello sedoso negro azulado. Su rostro pequeño de forma corazón sonreía dulcemente hacia la jefe y peinaba a la anciana con largos y lentos movimientos del peine.

—Te castigarán por eso —dijo la Vieja Udall—. ¿Sugieres algo, Elinor, querida? —soltó una carcajada.

Elinor parpadeó con sus increíbles pestañas en las que cubría sus cálidos ojos oscuros y dijo:

—No sea demasiado severa, señora. Barbara tiene buenas intenciones. Un poco de K.P. bastaría...

La mano de Barbara cayó hacia su daga.

—¡Estoy en el ejército, muñeca zalamera!

—Cuida tu lenguaje —dijo la Consejero Marian Burke, de pelo blanco y cuerpo reumático.

Barbara dio una patada en el suelo. Al no llevar botas se hizo daño y las lágrimas se asomaron a sus ojos.

—Señora, usted conoce la ley —dijo con voz espesa—. Si he de ser degradada... ¡lavaplatos, por el Padre!... exijo un consejo de guerra.

—¡Tú no exigirás nada! —respondió Claudia.

Elinor sonrió y siguió peinando.

—Era sólo una broma —murmuró—. ¿No sería mejor entrar en negocios?

La Vieja Udall miró a Barbara. *Tratas de vencerme con la mirada, ¿verdad?*, pensó la chica con furia. No apartó la vista. Hubo un silencio prolongado.

Luego una *aquil* aleteó, para llevarse un pedazo de carne de la mesa y las chicas servidoras gritaron indignadas. Claudia soltó una risita.

—Basta —dijo—. Sí, Elinor, tienes razón como siempre, no podemos entretenernos discutiendo ahora.

Se inclinó prepotentemente hacia delante.

—He escuchado los informes de las exploraras —prosiguió—. En su mayoría, claro, no vieron nada y volvieron al anochecer. Había media docena en tu vecindad que te vieron y te ayudaron a traer al Monstruo. Su oficial superior me ha dicho lo que hiciste.

Barbara permaneció en silencio, no fiándose de su lengua. La capitán Janet Lundgard había salido del bosque y se hizo cargo de todo: colocó centinelas en el navío, montó al inconsciente Monstruo sobre un orsper de reserva y cabalgó hasta la ciudad con el resto de la tropa siguiéndola de escolta. Se presentó directamente en la Casa Grande mientras que las demás volvieron a los cuarteles. ¿Pero qué es lo que había contado?

—En apariencia atacaste al Monstruo sin provocación alguna —dijo Claudia Udall con frialdad—. El Padre sabe únicamente cuál será la venganza que se tomará.

—El Monstruo sacó su arma sobre mí, señora —respondió Barbara—. Si no le hubiese tirado el lazo, quizás hubiera destruido a toda la ciudad de Freetoon. Ahora tenemos a esa cosa prisionera, ¿no es verdad?

—Puede tener amigos —susurró Elinor, con los ojos casi desorbitados. Un escalofrío recorrió a todas las presentes.

—Entonces nosotras tendremos un rehén —respondió Barbara.

La Vieja Udall asintió.

—Sí... eso es. He enviado ya el relevo de guardas y centinelas a su navío. Ninguno de ellos ha informado haber visto signo de vida. El Monstruo puede haber venido solo.

—¿Cuántos navíos más han aterrizado en Atlantis? —preguntó Henrietta.

—Eso es lo que tenemos que descubrir —dijo Claudia.

Había que reconocer que las Udalls eran valientes; se

enfrentaban a una situación, tomaban una rápida decisión y se atenían a ella.

—Voy a enviar a una expedición hasta el Navío... el Navío del Padre... para preguntar a los Doctores. Tendremos también que enviar exploradores a las ciudades más próximas, descubrir si también han sido visitadas.

Ambas misiones serían muy peligrosas. Barbara pensó con cierto temor en su castigo, cuál iba a poder ser. Como no iniciada, ella no podía ir hasta el Navío, pero sí que la enviarían en una misión hacia Greendale, Highbridge, o Blockhouse, para espiar. *¡Pero eso es terrible! ¿Cuándo empezaremos?*

—Y mientras tanto, durante semanas quizás, tendremos al Monstruo para tratar con él... y a nuestro propio pueblo. Eso no puede ser dejado de lado. La ciudad entera ya debe estar casi presa del pánico.

»Tenemos que saber la verdad acerca del Monstruo... sí, y será mejor que todo el pueblo conozca los hechos. Lo haremos de esta manera. Las carpinteras prepararán una jaula para el Monstruo, la situarán en medio de la plaza y mientras todo el mundo que no esté de servicio lo presencie, alguien entrará en esa jaula y ya veremos lo que ocurre.

Barbara notó su piel cubierta de sudor y ante sus ojos apareció una nube de breve oscuridad.

—¿Quién se presentará voluntaria para *ese* trabajo? —Gruñó Marian Burke.

Elinor sonrió.

—Oh, ¿qué mejor que nuestra valiente cabo Whitley? —contestó.

V

Davis Bertram siguió despertándose. Entonces alguna especie de nueva sacudida le devolvió a la negrura. Unas cuantas veces intentó hablar, pero sólo un murmullo áspero salió de su boca. Por último todo se fundió en un pesado sueño.

Volvió a la semiinconsciencia. Era una noche tan espesa como el sabor desagradable de su boca. Permaneció un rato inmóvil, formando una simple colección de surtidos dolores. Eventualmente se le ocurrió que podía abrir un ojo.

La paja crujió debajo de su cuerpo. Sus brazos no respondieron a su voluntad, algo los sujetaba, pero consiguió quedarse arrodillado. Ahora se daba cuenta de que estaba entre paredes. Una puerta aparecía vagamente delineada, con una luz amarillenta filtrándose por sus bordes. Davis se proyectó hacia delante, impulsado más por el instinto que por cualquier decisión, hasta que quedó arrodillado contra la puerta. Sentíase mareado. Apoyada la frente contra la áspera madera, acercó un ojo a un agujero. De alguna pasada experiencia olvidada le vinieron a la memoria las siguientes palabras: *agujero para el pestillo*. Dirigió una mirada a través de la abertura.

Vio un patio iluminado por una luz ambarina. Pudo ver cómo cada piedra del empedrado destacaba en medio de un manojito de sombras, bajo aquel resplandor. En el lado lejano, se veía otro edificio silueteado contra un cielo negro púrpura en donde las estrellas centelleaban. Delante había lo que parecía, oh, sí, un abrevadero de piedra.

Se preguntó con torpeza dónde estaba y qué le había pasado. Entonces esa torpeza se evaporó en su mente.

Una chica salió del edificio opuesto. Era alta y ligera, tocada con

un jubón rígido, una falda corta y botas altas. Llevaba un casco bajo el brazo: en su cabello la luz parecía despedir chispitas. La asoció, incoherentemente, con un pájaro terrible pico curvo, con pánico y dolor. Pero no tuvo miedo. Cualquier cosa que hubiese ocurrido, la muchacha con su presencia hermosa ahora lo compensaba.

Deteniéndose junto al abrevadero, dejó en el suelo el sombrero de hierro, puso un pie en el borde, se soltó los cordones de una bota y se la quitó, repitió la operación con la otra. Sus piernas eran impresionantes. Se quitó más lazos pasadores y se desprendió del corselete, sacándose por encima de la cabeza la corta camisa.

Davis carraspeó. Los senos de aquella chica permanecían destacando de las sombras, reluciendo a la luz nocturna, como las piedras del suelo: pero ahí terminaba el parecido. *Función de quinto orden, ¿no es verdad?*, dijeron sus reflejos matemáticos. *Cinco puntos de inflexión, contando como tres a la cúspide central.* Volvió a repasarlo todo para estar seguro. Sí, cinco. Claro, murmuró su mente, eso era pensando en términos de geometría plana, mientras que la vista que tenía allí ante sus ojos era decididamente tridimensional... La chica se desperezó, músculo por músculo, poniéndose de puntillas y arqueando la espalda. *Tetra dimensional! ¡No hay que olvidar la variable del tiempo!*

Se quitó el cinturón y salió de la falda y del resto de la ropa.

¡Uf!, pensó Davis. Hubiera hablado de no tener la boca tan pastosa; se encontraba enervado y con hinchazones en buen número de sitios.

La chica se echó puñados de agua del abrevadero y se lavó. Las claras salpicaduras fueron el único murmullo en la noche. Después se soltó el pelo y lo sacudió para que quedase suelto cayendo por su espalda. Una brisa pequeña jugó con sus rizos acariciando su cuerpo. Davis deseó íntimamente ser esa brisa. Las gotitas de agua centelleaban sobre su suave piel, donde las sombras no rebordeaban las redondeces. Ella se inclinó sobre el abrevadero, miró el agua, se tocó a sí misma y sonrió. Eso la hizo aparecer muy joven. No demasiado joven, sin embargo. Se estremeció, que era también una cosa digna de contemplarse, recogió sus ropas y desapareció de su vista.

Davis volvió a echarse sobre la paja. Su maltrecho yo todavía no funcionaba muy bien. La visión le parecía un sueño

desvaneciéndose en su mente. Pero un sueño de los más consoladores... *Delirio*, decidió mientras las hormonas de su cuerpo dejaban de gemir. *Todo imposible absolutamente. Demasiado malo*. Y volvió a caer en la inconsciencia.

Despertó cuando abrieron la puerta. Permaneció inmóvil durante un minuto, tratando de recordar dónde estaba y qué había pasado y por qué su carne le dolía en cien lugares. Después de dos breves intentos, logró que sus ojos funcionasen.

Delante de su nariz había una bota con espuelas. Giró en el suelo. Con precaución, dejando que su mirada subiera. La bota, un trabajo de encaje en cuero rojo, terminaba en una bien formada rodilla. Por encima había una especie de faldilla hecha de tiras de cuero con bandas de hierro sujetas para formar un refuerzo. También se veía un amplio cinturón que sujetaba a una espada o daga enfundada a un costado y un puñal pequeño en el otro. El cinturón cubría la parte inferior de una laminada coraza de cuero endurecido, pieza pectoral y dorsal entrelazadas en torno a un torso esbelto; una pieza moldeada de hierro delgado sobresalía de la parte delantera. Después había un cuello fino, una buena cantidad de pelo rubio ordenado bajo el casco plano con plumas y un rostro bastante atractivo bronceado por el sol.

Davis se sentó, recordando.

—¡Cosmos! Aquella chica, el pájaro de pesadilla, el lazo y...

—¿Qué ocurre? —Gruñó—. ¿Quién es usted?

—¡Pa... Padre! —balbuceó una de las muchachas—. ¡Habla!

Habló en idioma Básico... una forma arcaica, pero el mismo Básico de la Tierra y de todos los planetas humanos. Debía ser humana, pensó Davis con debilidad; ningún ser extraño era de aquella forma humanoide.

Un conjunto hermoso, también, a pesar de ser un poco musculada para su gusto. Davis comenzó a sonreír con sus amoratados labios extendiendo la sonrisa a las diez muchachas.

—¡Uf! —exclamó.

Las diez eran idénticas.

Bueno, no del todo... alguna se apoyaba en su lanza y otras portaban ligeras hachas de siniestra apariencia, y también había quien llevaba el cinturón lleno de afilados dardos. No era un modo muy agradable de adornarse las muchachas.

Se estremeció y se dio cuenta de que estaba desnudo. Se puso en pie. Vaya, el planeta natal de Davis había cambiado bastante de costumbres y los usos parecían muy atrevidos. No es que le repugnara la desnudez, la había practicado durante ciertos días de verano en la Tierra —planeta de cultura demasiado intelectualizada para preocuparse de cualquier clase de tabúes— aunque como simple distracción.

—¡Sol fulgurante! —carraspeó, bajo los ojos interesados de las diez muchachas. Un tirón en las muñecas le dijo que sus manos estaban atadas a su espalda. Volvió a sentarse, levantó las rodillas y miró fulminante a las chicas por encima de sus piernas.

—Me imagino que los Monstruos han aprendido el lenguaje de los Hombres, Ginny —dijo una de sus visitantes. Contemplándola más fijamente Davis se dio cuenta de que era la mayor, de hecho las edades parecían oscilar entre veinte años a cuarenta, y tenía una cicatriz en una mejilla. En la plancha pectoral de su blindaje había una especie de insignia... ¡Fulgor solar, era la estrella de seis puntas de la esposa de un astrogador!

—¡Parece inofensivo! —dijo una de las más jóvenes con aire de dudas.

—Saquémoslo de aquí, entonces —decidió el oficial—. ¡Tú, Monstruo! —le gritó a Davis, como para ayudarle a comprender—. Nosotras amigas. No te haremos mal. Obedécenos. O si te revelas haremos que la lanza se clave en tus entrañas.

—¡Pero yo también soy un amigo! —gimió Davis.

—¡Arriba! —dijo la Oficial, alzando su hacha de batalla. Estaba tensa como un muelle... todas lo estaban, todas le tenían miedo, cosa doblemente peligrosa en aquella situación. Davis se levantó.

Formaron un círculo y le sacaron del cobertizo. Vio un patio, rudamente pavimentado con piedras, un número de edificios primitivos y una alta empalizada rodeándolo todo. Entre la parte superior de los troncos que formaban la muralla había una especie de pasarela por la que las guerreras paseaban vigilantes, armadas con ballestas de clase especial.

Cuando salió por la puerta, Davis vio a todo un pequeño ejército alerta para reprimir cuanto él pudiera intentar. Algunas mujeres estaban de pie, otras montadas en pájaros como el que había visto antes: Más grandes y recios que las avestruces, con plumas de punta

blanca azulada y crueles cabezas de halcón. Decidió no intentar nada. Una calle sin pavimentar serpenteaba colina abajo entre grandes y toscas casas. Más allá de la ciudad se convertía en una especie de camino, cruzando campos cultivados; pudo ver las formas de los labradores allí fuera, vigilados y custodiados por unas cuantas chicas a lomos de pájaro. Los campos cubrían la ladera, formando terrazas delimitadas mediante gruesas piedras y peñascos, que se hundían hasta el bosque y seguían bajando hasta el remoto valle del río. Tras el castillo, las montañas se alzaban escabrosas y arboladas.

Ignorando los detalles botánicos, esto podía haber sido la Tierra en alguna edad o época antigua. Pero no era así cuando uno se fijaba en el firmamento. Era un cielo terrestre, sí, azul y claro, con masas enormes de blancos cúmulos al oeste. Por encima de las cabezas, sin embargo, habían dos lunas crecientes, pálidas a la luz del día, unas dos veces el tamaño aparente de la Tierra, la otra la mitad mayor que la Luna vista desde el planeta madre. Y allí estaba el planeta emperador, el mundo del que *éste* era sólo otro satélite. Cuando estaba lleno, se extendería unas catorce veces ocupando el firmamento en comparación con el tamaño de la Luna terrestre. Ahora era una franja estrecha, de un ámbar pálido. El sol de la mañana se le acercaba. Es decir, el más pequeño, un sol astro terrestre, Delta Capitis Lupi B según el lenguaje normal astrográfico, en torno al cual el planeta gigante se movía. El sol primario, blanco azulado A, no había salido aún; y al hacerlo no parecería mucho mayor que la más brillante de las estrellas.

Davis sacudió su dolorida cabeza y prestó atención a lo que ocurría en tierra firme. Maldito sea si aquello era como la Tierra después de todo, incluso con las mujeres y las niñas agrupadas y charlando. No sólo por los vestidos —las civiles vestían muy someramente, las niñas nada— sino por su *parecido*, mujeres y niñas... todo hembras... parecían ser fruto de unos cuantos centenares de moldes. Se tomaban dos del mismo molde, y la única diferencia que se hallaba entre ellas era la edad y las cicatrices.

¡Cosmos, tenía mucha sed!

La procesión desembocó en un amplio espacio abierto. En su extremo lejano había algunos cuantos millares de personas civiles, apiñadas, estirando los cuellos, contenidas por una línea de

guardas. Sus voces de tono alto, excitadas, le crisparon los nervios. En medio de la plaza había un alto y viejo árbol, no muy diferente a un olmo y debajo una gran jaula de madera.

—Entra ahí —dijo la rubia Capitán. Sacó su espada y le cortó las ligaduras.

—¿Es esto un zoo? —preguntó—. A propósito, ¿dónde están los hombres?

—¿No lo sabes? —La Capitán por poco deja caer su espada.

—¡Mira... yo... oh, no importa!

—Muy bien, Babs, vamos a ver qué sacas de eso.

Era una voz nueva, baja de tono y atractiva. Davis miró por entre los barrotes y vio una pelirroja entre la caballería... ¡la misma que le enlazó ayer!

¿Era ella? Su gemela, también con armadura, cruzó caminando despacio la plaza, portando una bandeja. Davis retrocedió alerta mientras la recién llegada entraba en su prisión. La rubia Capitana cerró la puerta, pasó el cerrojo y permaneció a un lado forcejeando entre la dignidad y el alivio.

La chica dejó en el suelo su bandeja y su mano rozó el pomo de la daga. Era atrevida, pensó Davis; hubiese ido hacia ella en mejores circunstancias. Sus ojos verdosos se desorbitaron y respiraba con dureza.

—¿Quieres comer, Monstruo? —murmuró ella.

Davis vio carne en la bandeja, un pájaro asado y alguna especie de tubérculo, un cuenco de líquido amarillo, un plato de fruta. Dudaba, pensando en el veneno. Los mundos terrestroides eran lo bastante engañosos y traicioneros para obrar así.

Pero sus detectores bióticos le habían dicho que la vida aquí era inofensiva y nutritiva; no porque no hubiesen encontrado algún microorganismo que le mirase a él como si fuera una comida gratis. Claro, había examinado sólo una zona pequeña...

Pero *ella* era humana. Todas lo eran. Si podían vivir en aquel medio ambiente, lo mismo podía hacer él.

Se tragó la bebida, una espesa cerveza agria que despertó su apetito por la carne. Se puso en cuclillas y comenzó a desgarrar los pedazos de alimento con sus dientes.

Cuatro mujeres se acercaron a la jaula, todas del mismo tipo genético destacado. La más vieja llevaba un penacho de plumas.

—Bueno, Cabo —dijo—. Interrógale.

—Sí... sí, señora —dijo la muchacha con una voz débil. Permaneció lo más lejos posible de Davis—. Soy... soy la Cabo Doncella Bárbara Whitley, Monstruo.

—¿Quién te capturó? —dijo una de las de mayor edad.

—Cállate, Henrietta —exclamó la anciana con cierto orgullo; después dijo—: Soy Claudia, la Udall de Freetoon.

—Muy honrado, ciudadana —dijo Davis entre bocado y bocado—. Me llamo Davis Bertram T. —Ella no le preguntó por la inicial y él no vio motivo para explicarla que representaba su origen terrestre.

—Oh... eso podría ser un nombre humano —dijo Bárbara con timidez.

—Lo es —contestó Davis. Comenzaba a sentirse mejor, casi amistoso—. ¿Qué otra cosa iba a ser si no?

—Oh... oh, sí, la historia dice que vosotros, los Monstruos, aprendisteis las artes de los Hombres —sonrió un poquito por lo menos.

—Pero yo... —Davis se puso en pie—. ¿Quién dijo que yo soy un Monstruo? —No lo era, se dijo a sí mismo, vagamente; porque más de una mujer le había informado que le gustaban los rasgos de su rostro.

—¡Pues lo eres! ¡*Mírate!*

—¡Maldición, no lo soy! ¡Soy tan humano como vosotras!

—¿Con todo ese pelo? —repuso Henrietta Udall.

—Deja que la Cabo hable ella sola —dijo Claudia.

Davis se pasó los dedos por la barbilla. Jamás tuvo mucha barba y la pelusa incluso ahora apenas era visible. Dirigió a las Udalls una mirada hostil.

—Vosotras tenéis más bigote que yo —gruñó.

—Mira —exclamó Bárbara razonablemente—, no estamos ciegas. Admito que no eres muy desigual a las personas. Tienes dos piernas, cinco dedos en cada mano y no llevas pítimas. Pero eres de mayor tamaño que cualquiera de nosotras y tienes aún menos pechos que una niña de diez años.

—¡Naturalmente, pues no faltaba más! —exclamó Davis.

—De hecho... —Bárbara se rascó el cuello, turbada, y señaló—: ¿Qué es eso que hay en tu cintura? ¿Te sirve para coger cosas?

—No parece que sea prensil —intervino la rubia capitán.

De no haber tenido tal dolor de cabeza, Davis se hubiese dado cabezazos contra las barras. Se dijo frenético así mismo que no se había vuelto loco, que no deliraba, que realmente estaba allí en el tercer satélite del Delta Capitis Lupi B.I., del tamaño de la Tierra. Pero sin saber cómo la situación parecía escapársele de entre los dedos.

Se colocó el rostro en las palmas de las manos y se estremeció.

—¡Pobre Monstruo! —La chica se levantó impulsivamente y le puso la mano sobre el brazo—: No te han tratado muy bien, ¿verdad?

Davis alzó la vista. Ella padeció un poco de miedo, cosa que se le vio un poco visible bajo su piel bronceada y dio medio paso atrás. Luego crispó los labios... aquellos labios tan atractivos y se quedó donde estaba.

—No teníamos forma de saber las cosas —dijo ella—. Las historias son tan viejas y vagas. Algunos Monstruos son amistosos con los Hombres y otros no lo son. No podíamos correr riesgos.

—¡Pero yo soy un Hombre! —gritó Davis.

Un gruñido recorrió la multitud. Alguien gritó.

Bárbara crispó los puños.

—¿Por qué dijiste eso? —preguntó con voz quebrada.

—¿Es que no puedes *verlo*, muchacha?

Pero los Hombres... los Hombres son poderosos y hermosos y...

—¡Oh, diablos! —Davis la cogió la mano y notó que la joven tenía los dedos muy fríos y los puso en su mejilla—. ¿No notas eso? No tengo aún mucha barba, pero...

Bárbara se volvió débilmente hacia la Udall.

—Es cierto, señora —susurró—. Empieza a crecerle el pelo en la cara.

—Pero tú le echaste el lazo! —dijo la rubia capitana—. ¡Nosotras lo trajimos de *orsper*, como un saco de comida!

—Sí —gritó una voz entre la multitud—. ¿Si es un Hombre, dónde está su cresta y sus espolones?

Davis se llevó ambas manos a la cabeza temeroso de perder el juicio.

—Mirad —comenzó a decir entre dientes—. Mirad, seamos razonables. ¿Qué demonios creéis que es un Hombre?

—Un Hombre es... es... un macho humano —apenas pudo oír la respuesta de Bárbara.

—Bueno. ¿Y qué es un macho?

—¿No lo *sabes*?

Davis aspiró unas cuantas bocanadas de aire antes de responder.

—Sí. Lo sé. Pero quiero saber si lo sabes tú.

—Un macho es... bueno... hay animales machos y hembras. El macho fertiliza a la hembra y ella pone muchos huevos... o criaturas vivas, en el caso de algunos peces y serpientes...

—Está bien. Sólo quería dejar eso zanjado. Ahora... ¿has visto alguna vez antes un macho humano?

—Con certeza, no —el valor de la muchacha iba retornando—. Debes de ser de muy lejos, Monstruo. No hay Hombres en toda Atlantis.

—Oh... ¿es así cómo llamáis a este mundo? ¿Pero cómo conseguís... desde cuándo...?

—Los humanos vinieron aquí hace trescientos años —dijo ella—. Es decir, por un año cuento el tiempo que Minos necesita para dar una vuelta alrededor del Sol Bee.

Minos... el gran planeta, claro. Davis había mecido desde el espacio que ese tiempo era una Unidad Astronómica de B, que casi tenía la misma masa que Sol. Así que un año de Minos era aproximadamente un año de la Tierra. Tres siglos... ¡oh, apenas estaban iniciando la colonización entonces! La hipermarcha estaba recién inventada y...

—¡Pero vosotras tenéis hijos! —dijo Davis con voz tenue.

—Oh, sí. Por una gracia del Padre, los Doctores en Su Navío pueden... Yo no hice nada más. Jamás estuve allí.

Davis tardó un rato en entrarle aquello.

Por lo menos aquellos bárbaros habían preservado algo: una rudimentaria astronomía, el lenguaje básico, la idea de la agricultura y la metalurgia. Un naufragio de hace trescientos años y una increíble burla mantenida por cierta pandilla conocida como los Doctores...

—Muy bien —dijo por último—. Gracias, Bárbara. Ahora llegamos a algún parte. Mira, soy un Hombre, un macho humano.

—¡No digas tonterías! —espetó la vieja guerrera del casco militar.

Davis se sintió atrapado. Era peor que le pidiesen que demostrase esa existencia por pura lógica rigurosa.

Recordó algo. En las pocas horas que llevaba en Atlantis, antes que aquella tal Bárbara le capturara, había visto abundante vida animal. Formas de lagarto en un arroyo, pájaros voladores y aves que no podían volar. Algunas de estas aves terrestres tenían el tamaño de un búfalo.

Pero ningún mamífero. En todas aquellas hordas y rebaños, ni un mamífero. Y la chica había dicho...

—¡Aguarda un momento! —gritó— ¿Hay algunos... bueno, quiero decir, habitan el Atlantis animales de sangre caliente y con pelo que sean vivíparos y amamantan a su prole?

—Oh, no —contestó Bárbara—. Nadie, excepto nosotras y nuestra gente vino de las estrellas.

—Ajajá. Entonces los mamíferos jamás han evolucionado aquí. No me extraña que no reconocieseis... quiero decir, ejem...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bárbara con inocencia.

Davis sintió un nudo en la lengua. Puesto que los mamíferos constituyen la única forma de vida terestroide, cuyos machos —aparte de todas las características secundarias— son machos a simple vista, era comprensible que existiese una cierta confusión en Atlantis. Pero no se sintió capaz de explicar tales materias. Estaba harto de aquel problema espinoso. Probablemente aquellas mujeres en ningún caso llegarían a creerle.

—Esto es ridículo —ladró la Vieja Udall—. Está bien entendido que los Hombres vendrán con todo su poder y gloria. Ese cautivo es un Monstruo y la única pregunta es, qué hay que hacer con él.

Otra chica intervino. Incluso ahora, Davis notó cómo sus ojos se desorbitaban. Era morena, de voz ronca, con brazaletes de oro en sus esbeltos brazos y flores rojas prendidas en su largo pelo negro, de pecho alto y caminando con una serie de ondulaciones.

—Por favor, señora —dijo ella—. Tengo una idea.

—Dime, Elinor.

—Dice que es un Hombre —Elinor pestañeó mirando a Davis—. Que lo demuestre.

—¿Cómo? —preguntó ansiosamente Davis.

—Bárbara —dijo Elinor con un tono destacadamente científico.

—¿Quéé?

—Ciertamente —dijo Elinor—. Fertiliza a la Cabo.

Barbara dio un paso atrás, pálida como la cera.

—¡No! —murmuró.

—Oh, piensa en el honor, querida Babs —dijo Elinor—. La primera mujer en trescientos años que va a tener un hijo de un Hombre vivo. Me parece... ¿no piensa usted, señora, que cualquiera que fuese a tener tal honor debería ser ascendida?

—Claro que sí —dijo Claudia seriamente—. Cabo Whitley, hemos tenido nuestras pequeñas diferencias, pero ahora el futuro de Freetoon puede depender de ti. Cumplirás con tu deber.

—Mi deber no es...

—¿O es que tienes miedo? —murmuró Elinor.

Como Davis, Barbara, se ponía roja como una cereza. Apretó los puños y cerró los ojos. Al cabo de un largo minuto, volvió a abrirlos y le miró a él con firmeza y un aire de mártir que va al sacrificio por su país.

—Sí —dijo desafiante—. ¡Puedes fertilizarme, Davis... si es que eras capaz de eso!

Davis miró a los varios millares de rostros interesados. Deseó que se le tragara la tierra.

¿Cómo podía uno explicar el efecto de las costumbres sociales a una tribu que jamás haya oído hablar de tales asuntos?

—Ahora no —rogó con aspereza—. Dadme tiempo... intimidad... *aquí* no puedo hacer nada...

La Vieja Udall alzó una ceja escéptica.

—Oh, no importa —dijo Davis—. Como queráis. Soy un Monstruo.

VI

Bárbara no era feliz.

Aquel lamentable asunto de la plaza le había devuelto el favor de Claudia y le ganó una buena cantidad de respeto en todas partes. Después de iodo, nadie sabía si el Monstruo tenía colmillos envenenados. Recapacitando, sin embargo, podía sólo recordar cuán maltrecho y golpeado estaba aquel pobre individuo. Diablos o no, quienquiera cabalgase orgullosamente por entre las estrellas no debería ser interrogado ante una muchedumbre de personas estúpidas.

En los cuatro días pasados desde entonces, ella había estado de cacería. Los grandes pájaros herbívoros no podían domesticarse — ya era bastante furo domesticar a los carnívoros *orspers*— y las pequeñas aves de corral no proporcionaban mucha carne. Su deber en tiempo de paz era proporcionar carne y cuero a Freetoon. De ordinario, las cazadoras iban en grupos, para ayudarse y gozar de mayor seguridad; la caza local, escaseando a ojos vistas, tenía que ser rastreada a menudo durante días. En este viaje Bárbara prefirió ir sola. Halló aún más duro viajar en compañía.

Nosotras, las Whitley, somos un grupo estrambótico, admitió. Por una vez, la posibilidad de pensar era menos arrogante que triste. Quizás la visión del solitario Monstruo cautivo le había cambiado sus naturales puntos de vista. Si hubiera tenido más familia en Freetoon la cosa habría sido diferente; no podía haberse peleado con todas a la vez y recordaba a su madre como un cúmulo de amables ternuras.

Las amigas de la infancia se separaban al crecer. Esa era la maldición recaída en las Whitley. Poseyeron bastantes cerebros y una tradición lo suficientemente larga para ser iguales a las Latvala,

Trevor, Lundgard... pero tenían un genio corto en exceso, demasiado impolítico para pertenecer a una casta tan alta. Después de los ritos de convertirse en acolita, cuando empezaba el adiestramiento serio, se alzaba una barrera. En la temprana adolescencia, una Whitley casi siempre se encariñaba con una Trevor de más edad. Pero el efecto nunca era recíproco y, al cabo de unos pocos años, moría dejando su cicatriz, y la Whitley seguía su propio camino solitario a través de la vida.

¡Pero aquel Monstruo! Jamás desde que estuvo en la jaula con él experimentó tal tristeza. ¿Acaso el Monstruo la había hechizado?

La vaguedad del concepto era acongojante. Murmuraban de eso en las noches de invierno, hechizar, eso era algo que las antecesoras habían hecho, indefinido, oscuro y poderoso. Las castas inferiores tenían conjuros contra verse hechizadas por las Critter y las Cobbly, y otras diablesas jamás vistas de las montañas.

Para escapar ella misma, por tanto, Bárbara consiguió que Kim Trevor la diera permiso para ir de caza, ensilló un *orsper* y tomó otro para cargar sus presas en él, encaminándose hacia el norte, adentrándose en la Cordillera.

Localizó un rebaño de *triscadores* al segundo día y lo alcanzó al tercero. Después de anochecer, bajo una lluvia ligera, mató a uno de los animales y espantó al resto. De otro modo el viejo macho habría tratado de matarla. Tuvo que mantenerse en guardia contra los chacaloides que tosían y rugían en el bosque, atraídos por el olor de la sangre. Hacia la mañana dejó de llover y el cielo se aclaró; rudo ponerse a trabajar cortando al pájaro y terrino rápidamente.

Y ahora la noche se hizo fría de pronto, un brillante misterio en donde las húmedas hojas chisporroteaban doradas bajo Minos, un perfume de yemas jóvenes, la High Gaunt proyectando su imponente picacho rocoso como una lanza asestada a las estrellas. Una felicidad irracional se apoderó de ella. Hubo como un cántico en todo su alrededor.

Y esto tampoco era comprensible. Al cabo de un rato se asustó de su propio sentimiento y para el alba había vuelto a su negra depresión.

—¿Qué le habrá ocurrido al Monstruo? —dijo. Su voz le parecía innaturalmente alta en medio de las brumas. Ya era hora de

regresar a casa. Había seguido una ruta arqueada, de manera que podía llegar a Freetoon aquella noche si atajaba a través de los Geyser Flats y cabalgaba veloz. De pronto añoró con fuerza la áspera y sudorosa comodidad de los cuarteles.

Dormir no era problema. Normalmente una dormía cuatro horas de entre puesta y puesta de sol, pero las cazadoras podían resistir varios días dando simples cabezaditas. Bárbara dio de comer a sus *orspers*, cargó el pájaro de transporte y comenzó el regreso al trote. Comió en la silla, sin detenerse siquiera durante el sagrado tiempo del eclipse, cuando Bee quedaba detrás de Minos y salían las estrellas. Ay y Ariadne daban bastante luz para aquellos diez minutos largos y una plegaria musitada al Padre cumplía con el mínimo de los requerimientos.

Poco después llegó a la carretera de Ironhill. Era más amplia y más concurrida que la mayoría de las demás. *Todos los caminos conducen a Ironhill*. Sus habitantes suministraban metales de sus minas a cambio de madera de las gentes de los bosques, el grano y la carne ahumada de los puestos de los valles, la sal y el pescado de las ciudades costeras. Uno podía comprar cualquier cosa en Ironhill.

Por otra parte, no había mucho comercio entre las ciudades. Estaban demasiado desparramadas y eran demasiado hostiles.

Preocupada por su propia tristeza, Bárbara se olvidó de ser precavida. Dobló una curva y pudo haber recibido una flecha de las Greendale antes de darse cuenta de que sus enemigas estaban allí.

Una docena, con armadura completa, cabalgando hasta Freetoon... la abanderada portaba su insignia en una larga asta, el doble emblema solar, pero también estaba allí flotando debajo de él la nube blanca de la tregua. Bárbara frenó, carraspeando y miró con fijeza las ballestas que le apuntaban. Bárbara vestía sólo el jubón y la faldellina propias de una cazadora en ejercicio.

La jefa Greendale se echó a reír.

—No te haremos ningún daño hoy, querida, si te portas bien —dijo. Era una Macklin de mediana edad, con la nariz quebrada y falta de varios dientes—. De Freetoon, ¿verdad? Nosotras vamos hacia allá.

Bárbara asintió distante y se unió al grupo. No las odiaba, pero la guerra formaba una parte tan normal en su vida como la fiesta de la cosecha. Había participado en varias expediciones de ataque 7

escaramuzas desde que se hizo mayor y parientes suyas habían muerto a manos de las Greendale.

En la banda había una Whitley que era sargento de unos cincuenta años de edad. Bárbara cabalgó a su lado.

—Soy Gail —se presentó a sí misma la otra—. Veo que tuviste suerte. Hace quince años que ningún rebaño de *triscadores* se mete en nuestro territorio.

—¿Cuál es vuestra misión? —preguntó Bárbara con aire inocente.

—¿Qué piensas tú? —respondió Gail—. Creí que vuestra gente tenía más sentido común para no enviar espías cuando voy en servicio de patrulla.

—Oh. Entonces os apoderasteis de ellas —Bárbara reprimió un escalofrío.

—A todas. Capturamos a tres vivas. Una... Avis Damon, sí, así se llama... resultó muy herida en la refriega y antes que desangrarse hasta morir nos dijo cuanto sabía.

Eran malas noticias —muy malas—, pero la primera reacción de Bárbara fue de desdén.

—Siempre dije que esas Damon no eran buenas para el combate —luego añadió más tranquila—. ¿Qué creéis haber averiguado?

—Un navío estelar aterrizó en vuestro país —dijo Gail con cuidado y un relámpago de miedo asomó a sus ojos—. Un Hombre iba a bordo.

—Un Monstruo —corrigió Bárbara—. Le obligamos a reconocerlo.

—Hummmm... sí... eso pensé yo. No hubierais podido capturar a un hombre contra su voluntad.

Una Burke, delgada y morena, les interrumpió, sonando su voz por encima del rumor de las pisadas de los animales y del rechinar del cuero.

—¿Estás segura de que fue contra su voluntad?

Las Burke tenían un defecto. Pensaban demasiado, desconfiaban de todo el mundo. Bárbara notó cómo se crispaban sus manos.

—Sí —respondió—. Yo misma arrastré al Monstruo al extremo de mi lazo.

—Sin embargo, si eso constituye artículo de fe... —La Burke sacudió la cabeza dubitativamente.

—¡Cállate! —Había un acento duro y tenso en la voz de la capitana Macklin. Se volvió en redondo y dijo a Bárbara—: ¿Qué planes tenéis ahora?

—No lo sé. He estado fuera desde... Claro que hemos enviado una misión a los Doctores para preguntar qué debemos hacer.

—Y mientras tanto tenéis al Monstruo. El navío puede volar y el Monstruo sabe cómo gobernarlo —la cólera retorció el curtido rostro—. ¿Creéis que vamos a estar con los brazos cruzados y dejaros que os aliéis con el Monstruo?

—¿Qué es lo que queréis? —replicó Bárbara.

—Os llevamos un ultimátum —dijo Gail Whitley—. Vuestra Udall ha de confiar al Monstruo a una custodia conjunta hasta que recibamos noticias del Navío del Padre. Eso llevará muchos días y, mientras tanto, no vamos a dejaros poseer exclusivamente ese poder.

—¿Y si no aceptamos? —preguntó Bárbara.

—Guerra —fue la escueta respuesta de Gail.

Bárbara pensó en aquello durante un rato. Debería escapar, tratar de llegar a Freetoon antes que aquella patrulla... no, con eso sólo ganaría recibir una flecha por la espalda. Iba a haber una guerra; ninguna Udall renunciaría a una presa tal como el Monstruo. Las dos ciudades estaban muy igualadas. Freetoon no podía ser tomada por las de Greendale y las cosechas aún no habían crecido lo bastante para que las incendiaran... *de todas maneras, ¿quién dice que no podamos defender nuestros propios campos? Las haremos volver grupas y las perseguiremos hasta su propia casa.*

La batalla empezaría mañana probablemente, el ultimátum sería rechazado esta noche. Habían treinta horas de cabalgada hasta Greendale, menos por las carreteras, pero un ejército no quiere ser demasiado conspicuo en ruta. Las soldados enemigas debían haber partido ya y acampado en alguna parte de la Cordillera.

¡Eso era! Bárbara experimentó una bienvenida tensión, casi una ansiedad. Era un cambio agradable en comparación con su estado de humor de los últimos días.

La Burke sacó de las alforjas una arpa pequeña y todo el grupo rompió a cantar una de las viejas y excitantes canciones de la caballería que se decía se originaron en los propios Hombres...

Bárbara se unió a ellas, los *orspers* acometieron un brioso

trotecillo y todas disfrutaron durante el resto del viaje.

Bee y Ay estaban por debajo del horizonte cuando llegaron a Freetoon, pero Minos, Ariadne, Teseo y las dos lunitas Egeo y Pirithous daban bastante luz. Las patrullas exteriores las dieron el alto al borde de los trigales y luego, no atreviéndose a dejar el puesto, pudiendo hallarse cerca un ejército enemigo, las permitieron pasar, poniéndolas bajo la tutela de Bárbara.

La embajada había desmontado en el patio y entró en la Casa Grande cuando Bárbara comprendió que su utilidad había terminado. Entregó la pieza cobrada a las sirvientas y aposentó a los dos *orspers* en el establo. Pobres pájaros, estaban muy cansados. Luego se preguntó qué podía hacer. ¿Volver a los cuarteles, donde las chicas estarían sentadas en torno al fuego, hablando, bebiendo, jugando... volver a decirles lo que se esperaba? Debía hacerlo, pero no tenía ganas; ya se enterarían lo bastante pronto. Y si mañana había que combatir, ella debería dormir toda la noche, aunque se sintiera en exceso nerviosa.

—¿Dónde guardan al Monstruo? —preguntó sin cesar.

—En el cobertizo de debajo de la muralla norte, señora —dijo la moza de cuadras Nicholson—. No se atrevían a llevarle a ninguna parte como no fuera un edificio separado, así que le arreglamos el cobertizo y le llevamos allí la comida, le limpiamos la paja y le damos agua limpia mientras las guardas están de vigilancia. No ha hecho daño a nadie todavía, pero... él...

—¡Él! —dijo Barbara—. ¿Por qué le llamas él?

—Oh, ejem, dice que es macho, señora, y ejem, dice...

Barbara le dio la espalda y se adentró en el patio. No había razón alguna para que el Monstruo no fuera macho. Eran Hombre y Mujer las sabias parejas que habitaban las estrellas, e indudablemente los Monstruos también se dividían en dos sexos... ¿Pero por qué el pensamiento de esta masculinidad de Davis le parecía a ella tan raro, semiaterrador y casi odioso?

Recordó aquella ridícula escena final en la jaula. Las orejas se le pusieron coloradas... ¿y por qué? Si Davis hubiese sido un Hombre, habría sido un honor tan grande que... pero el caso es que únicamente Davis resultó humillado, atrapado en su propia patética mentira. Ella tuvo miedo, se indignó, se azoró, todo de una vez, y sin embargo...

¡Maldito Davis!

Barbara se dio cuenta de que había rodeado la Casa Grande y que se hallaba en su múltiple sombra mirando hacia la prisión del Monstruo.

Una puerta de barrotes de madera se había erigido cerrando el cobertizo. Ello... él... Davis estaba apoyado en los barrotes, bañado por la fría luz de Minos y la luna llena. Aparecía duro y claro en la radiación, pero esta misma le envolvía con parte de su propia brujería; las hundidas mejillas y el peludo pecho llano y los músculos abultados ya no parecían tan feos. Le habían proporcionado ropas, faldellín, capa y sandalias; se había peinado y en su rostro crecía una barbita amarilla.

Se cogía de las manos por entre los barrotes con una chica que llevaba una larga capa de plumas. Sus voces llegaron hasta Barbara... ¡Elinor Dyckman, entre todas las calamidades! ¿De dónde se tomaba el derecho de hablar a solas con Davis?

—Oh, de verdad que tengo que irme, Bertie —decía ella—. Esas odiosas Greendale... ¿no las viste entrar? Claudia estará *furiosa*.

—Quédate un poco más, guapa —la baja risita del Monstruo tenía una cualidad en cierto modo paralizadora. Barbara no podía ni moverse después de oírla—. Vale la pena que le echen el lazo a uno, le den patadas, le enjaulen y se burlen de él, solo por tenerte a ti aquí a solas por fin.

—De veras... Bertie, suéltame... me asustas —Elinor rió entre dientes.

—Ooooh, ahora, voy a comerte. Déjame que disfrute sólo con tu pelo sedoso, tus ojos estrellados, tu boquita de corazón, tu garganta de cisne, tu...

—¡Dices *cada* cosa! —Elinor se apretó más contra la puerta—. Nadie dice ternezas de esa clase aquí...

—Oh, nadie es capaz de apreciar lo que vales, mi pequeña. Pensar que crucé las estrellas y te encontré. Ha sido una proeza pequeña. Debía haber cambiado planetas de sitio, apagado soles, luchado contra dragones para merecer una palabrita tuya. Ven aquí... préstame esos labios adorables...

—¡Bert! ¡Yo... yo... aaaayyy... hummmm...!

La noche se enturbió ante Barbara. Se preguntó por qué, tragó saliva, se dio cuenta de que estaba llorando y se maldijo a sí misma.

—¡No *debo*, Bertie, querido! Claudia se pondrá tan furiosa. Tú eres un...

—Un hombre. Y tú una mujer.

—Pero si dijiste...

—Entonces no me quedaba más remedio.

—¡Oh, no puedo, Bertie, no puedo! Estás encerrado y...

—Pero sí podrías coger la llave, ¿verdad? Claro que sí. Ven, dame otro beso.

Era ya demasiado. Y una Whitley no era ninguna artera espía como una... una Dyckman. Barbara cruzó el patio a grandes zancadas, haciendo sonar sus espuelas cuanto pudo.

—¿Qué pasa ahí? —gritó.

—¡Oh! —Elinor soltó un gemidito—. Oh... Babs, ¿verdad? Babs, querida, estaba solo...

—Sé lo que estabas *solo*. ¡Vete, bruja, antes de que te haga tragar tus propios dientes!

Elinor gimoteó y se fue.

Barbara se volvió furiosa a Davis.

—¿Qué estabais conspirando?

El Monstruo suspiró, se encogió de hombros y la obsequió con una triste sonrisa.

—Nada diabólico —dijo—. ¿Otra vez tú, verdad? Parece ser que siempre me interrumpes cuando las cosas empiezan a ponerse interesantes.

Calor y frío se persiguieron uno a otro por todo el rostro de Barbara.

—Quizás el Padre me eligió para tal tarea —casi escupió su respuesta—. Alguien tiene que conservar Atlantis para cuando vengan los Hombres... ¡no para los de tu especie!

—Has de saber —contestó Davis—, que esto es la clase de cosas con que soñaba durante mi adolescencia. Un mundo nuevo, como la Tierra pero más hermoso y yo siendo el único hombre entre un millón de mujeres. ¡Bien... lo he encontrado y ahora quiero marcharme...!

Barbara alzó un puño.

—Sí, para que puedas volver a tu casa y llamar a tus amigos y regresar para atacarnos.

—No nos proponemos tal cosa —dijo Davis muy serio—.

Queremos ayudaros... maldita sea, nosotros no somos de vuestra clase de sanguinarios piratas. Y yo soy un hombre, tan humano como tú. Si no llegas a presentarte, Elinor Dyckman habría descubierto lo hombre que soy.

—¡Elinor! —exclamó Barbara con desdén.

—Está bien —dijo Davis blandamente. Su sonrisa se hizo además insolente—. ¿No quieres darme otra oportunidad? Sinceramente, eres una de las chicas más guapas que vi en mi vida.

—¡Maldición si lo soy! —Barbara le dio la espalda.

—No te vayas —rogó Davis—. Aquí uno se siente tan solo como en el espacio. Todo lo que he conseguido es discutir con esa reina vuestra que parece un tonel con patas.

Barbara no pudo evitarlo. El epíteto era demasiado bueno. Se echó a reír y no pudo parar en un minuto largo.

—Así es mejor —dijo Davis—. ¿Seremos amigos? —Sacó la mano por entre los barrotes. Barbara la miró, luego posó sus ojos en él, Davis alzó una ceja burlona y ella dio a la mano un pequeño apretón. ¡Le demostraría que no le tenía miedo!

—¿Por qué pretendes ser un Hombre? —preguntó—. Ya admitiste que no lo eres.

—Te dije que no me quedaba más remedio entonces. Le comuniqué a Su Alteza Claudia que soy un Monstruo bondadoso y que si me dejan ir hasta mi navío... custodiado, claro, si quieren... me volveré a casa y traeré luego a los Hombres. Y pensaba hacerlo además.

—Pero ella no se atreve —dijo Barbara con tristeza.

—Bueno, hasta ahí, no. Y no puedo censurarla. ¿Cómo puede saber ella qué poderes podría yo obtener, una vez a bordo de mi navío, y qué podría hacer? Dime, ¿has encontrado mi desintegrador?

—¿Tú qué?

—Mi arma. La tenía en una funda de cinturón se me cayó cuando tú... ¿No? Supongo que debe estar por la hierba, en cualquier parte. No encontrarías nada más útil en mi equipaje. Equipo médico, encendedor, cámara, unos cuantos aparatitos por el estilo. Me he ofrecido a enseñarla su funcionamiento, pero la vieja pelleja no quiere dejarme. ¿Hasta cuándo voy a estar encerrado aquí? —terminó Davis con un tono lastimero.

—¿Qué estabas haciendo cuando... te encontré? —preguntó Barbara.

—Sólo echando un vistazo. Analicé desde el espacio las condiciones básicas de la superficie, luego bajé para dejar que mis robots repasaran la bioquímica y la ecología. Además, no parecía haber peligro, así que quebranté toda doctrina y salí a dar un paseo. Comenzaba a regresar al navío cuando... Oh, diablos, me imagino que no entiendes palabra —Davis sonrió—. Pobre criatura. Pobrecita amazona.

—¡Sé cuidar de mí misma! —respondió ella llameante.

—No lo dudo. Pero ven aquí. No te haré ningún daño.

Barbara fue hasta la puerta. Davis le cogió las manos y apretó su rostro contra los barrotes.

—Quiero enseñarte algo —dijo muy serio—. Puede que así... con un besito, Barbara...

Ella no pudo evitarlo, se sintió infinitamente débil y se inclinó hacia él.

La puerta principal de la Casa Grande se abrió violentamente. Una antorcha flameó, desparramando la luz por las piedras del suelo; Minos de pronto empalideció. Sonó el hierro y la Greendale Macklin caminó con ostentosas zancadas, alta, orgullosa, irritada, su escolta femenina rodeándola briosa.

La voz devolvió a Barbara a la realidad. Se separó del monstruo y cogió la ballesta que llevaba al hombro.

—¡Esto significa la guerra!

VII

Las paisanas y las mercancías trasladables fueron llevadas al interior de la muralla aquella noche y las hembras armadas se pusieron en pie de guerra prestando servicio. Pero el combate no comenzó hasta bien entrada la mañana.

Davis sólo pudo oír los cuernos y los gritos y el estruendo del metal contra metal. Hubo una buena batalla en el lindero del bosque, según se lo imaginó. Miró a través del patio, repleto de mujeres, niñas y mercancías diversas y se preguntó qué tal sería la desolación.

Claudia Udall se presentó ante su celda, con armadura completa y esgrimiendo un hacha de combate. Elinor Dyckman onduló su cuerpo siguiendo a la jefe, evidentemente mimosa y asustada. Davis hubiese preferido mirarla, pero pensó que sería mucho más prudente fijar sus ojos en los de la reina.

—Bueno, Monstruo, ahora ha estallado la guerra por tu culpa —dijo Claudia ceñuda.

Davis la obsequió con una débil sonrisa.

—No fue idea mía... ejem, señora. ¿A propósito, para qué me quieren?

—¡Por el poder, claro! Cualquier ciudad que te tuviese a ti y a tú navío conquistaría al resto en pocos días —después de un silencio embarazoso preguntó—: ¿Y bien?

—Bien —repitió Davis—. Ofrecí... es demasiado tarde ahora, ¿verdad? Me refiero, teniendo a un ejército entre nosotros y el barco.

Claudia rezongó.

—¡Oh, eso! Habremos alejado a esas malditas Greendale para cuando el eclipse. ¿Entonces nos ayudarás?

Davis dudaba.

La ley de la Unión era irrazonablemente estricta acerca de las relaciones con los primitivos. Se podía luchar en defensa propia, pero utilizar armas atómicas para ayudar a una agresión local significaba una severa sentencia condenatoria.

—Déjame que suba a bordo de mi navío... —comenzó.

—Claro —accedió radiante Claudia—. Pero bajo Claudia.

—Ejem, sí, eso es lo que me temía —Davis sólo tenía intención de marcharse hacia Nerthus y no volver jamás. Que el Servicio desenredase aquel caos atlántico; para eso cobraban. Tragó saliva y sacudió la cabeza—. Lo siento, pero no puedo. Mira, ejem, bueno, tengo que estar solo para hacer que funcione el navío. Hay gritos y ejem...

—¡Bertie! —Elinor murmuró hacia él. Su rostro blanco poco acostumbrado a la intemperie estaba perlado de sudor—. Bertie, cariño, tienes que ayudarnos. Es la muerte para mí si las Greendale ocupan esta ciudad.

—¿Ejem?

—Sí —charlaba frenética—. ¿No lo comprendes? La Udall Greendale ya tiene a dos Dyskman como asistentes. No necesitarán a una tercera... las otras lo impedirían... ¡Ber-rtie!

Davis se pasó la lengua por los labios. No era comprensible. La favorita de una reina dejaba caer la insinuación y la caída de Elinor acabaría accidentalmente haciéndola degollar. El hecho que, en la parte vencedora, ella hiciese lo mismo que sus adversarias, no sería de consuelo.

—No digas tonterías, chiquilla —fulminó Claudia celosa mirando a ambos—. No pueden tomar Freetoon. No son tantas como nosotras y nos encontramos defendiendo la patria.

—Pero...

—¡Cállate! Monstruo, ahora las Greendale dominan la zona donde está tu navío. ¿Pueden entrar dentro de tu nave?

Davis sonrió nervioso para luego la sonrisa transformarse en carcajada.

—¡Hachas y lanzas contra acero inerte!, ¿verdad? ¡Me gustaría verlas probar!

Carentes de herramientas atómicas, había sólo un medio de abrir la escotilla. La había ajustado para que respondiese al sonido de sí

mismo silbando unos pocos compases de cierta balada.

—¿No quieres ayudarnos después que las hayamos alejado? —
Claudia contrajo los ojos.

Davis comenzó un largo discurso sobre amigos que vengarían cualquier daño que se le hiciese. Estaba llegando a la sección de navíos artillados cuando Claudia rezongó y se fue. Elinor la siguió, lanzando miradas implorantes por encima de su hombro.

Davis se sentó en la paja y gimió. Como si no tuviese bastantes problemas, aquella monada tenía que presentarse con una falda delgadísima y unos cuantos collares... y precisamente al alcance de la mano.

Entonces se encontró a sí mismo preguntándose por Barbara Whitley. Esperaba con todas sus fuerzas que la muchacha no sufriese ninguna herida.

Llegó el eclipse. Como ocurría diariamente, al mediodía en aquella latitud cuando Atlantis, encarándose eternamente a su primario, hacía que Minos se interpusiese entre B de sí mismo. Un espectáculo impresionante: el planeta, terriblemente iluminado por el remoto sol compañero, catorce veces tan grande como la luna de la Tierra, rebordeado de destellante luz refractada a través de la inmensa atmósfera... en el suelo. Davis miró con tambre a las estrellas. Estrellas civilizadas, urbanas, *agradables*.

El cálculo de la Vieja Udall no estaba muy equivocado. Una hora más tarde, la batalla había terminado y las chicas de Freetoon volvían al castillo. Davis advirtió que las guerreras estaban divididas en unos treinta genotipos, no más. Cuando cada una en fila individual de descenso era genéticamente idéntica, se desarrollaba con naturalidad el sistema de castas. Y, así, podía ver por qué las atlantianas habían vuelto a la vieja costumbre de colocarse el apellido después del nombre. La familia en el sentido del mal no era muy importante aquí; no podía serlo.

Las chicas con armadura, tropas a pie y a *orsper* (¿pájaro y caballo?), pedían comer, beber y cerveza. Traían cierto número de prisioneras; Davis vio una mujer batidora que era una edición con más años que Barbara. Entró altiva hacia el cobertizo donde albergaban a las prisioneras, ignorando una herida de su pierna. Era muy hermosa a pesar de las bandas grises de su pelo; Barbara, entonces, sería siempre una chica muy guapa. Si seguía con vida,

Davis contempló las bajas de Freetoon. No habían muchas muertas o gravemente heridas... no podía haberlo, con aquellas toscas armas impulsadas por músculos femeninos. Pero alguna había muerto, por medio del hacha, del cuchillo, del dardo, de la flecha...

—¡Barbara! —Davis gritó con potencia.

La alta pelirroja miró en su dirección y cruzó de entre la multitud. Su mano izquierda estaba envuelta en un vendaje húmedo carmesí.

—¡Barbara! ¡Cómo me alegro de que estés...!

Ella le dirigió una mirada hostil.

—Te equivocas, Monstruo. Soy su prima Valeria.

—Oh. Bueno, ¿cómo está?

La chica se encogió de hombros.

—Muy bien. Sin daños. Está ayudando a montar guardia en tu navío.

—Oh, entonces ganasteis vosotras.

—Por ahora. Las hicimos retirarse a los bosques, pero no han desistido. —Valeria le dirigió una verde mirada—. Ahora sé que eres un Monstruo. Los Hombres pelearían.

—Bonita posibilidad me habéis dado —dijo Davis—. De todas maneras, yo no temí que ocurriese esto. ¿Es que no podéis celebrar armisticios entre las tribus?

—¿Quién oyó jamás que una Udall aceptase un compromiso? —rió Valeria.

—¿Entonces por qué las obedecisteis?

—¿Por qué? Oh, son... ¡son las *Udalls*! —Valeria estaba sorprendida—. Cuando tomo las armas, juro... mejor dicho, cuando tomé las armas juré...

—¿Por qué fiasteis? Mi gente ha aprendido que hay cosas mejores que permitir gobernantes absolutos. Tenéis aquí a todo un mundo completo. ¿Para qué pelear, pues?

—Tierra, campos de caza, olor, botín...

—Hay tierra en abundancia si deseáis trasladaros a algún otro lugar.

—Un Monstruo sin entrañas *diría* lo mismo.

Valeria se alejó.

Davis se dejó caer sobre la paja. Después de todo, reflexionó, la raza humana no se hizo famosa por su sensatez y la ley del mínimo

esfuerzo era difícil de derrocar. Una vez las ciudades habían adquirido la costumbre de obedecer a aquellas Udalls...

El día se arrastraba. Las paisanas le esquivaron, supersticiosamente, y los soldados parecían tener otros asuntos a mano, descansando, reorganizándole, relevando la guardia. Le dieron de comer, pero por lo demás le ignoraron. Llegó la noche y trató de dormir, pero había demasiado ruido.

Hacia la mañana se quedó en una especie de sopor, abrigado por la especie de mantas de pluma, del frescor de aquella zona de alta montaña. Un rumor de trompetas y pasos apresurados le despertó.

¡Otra batalla! Se apretó contra los barrotes, mirando la oscuridad, preguntándose por qué ésta iba a ser tan ruidosa. ¿Y no se estará acercando? Las centinelas de la muralla estarán disparando y...

Elinor gritó mientras se abría paso cruzando el patio. Las múltiples sombras arrojadas por Minos y las lunas se desgarraron fantasmalmente ante ella.

—¡Bertie, tienes que ayudarnos! ¡Nos están haciendo retroceder!

Extendió la mano y acarició la de ella de manera nada fraternal.

—Vamos, vamos. Vamos, vamos —cuando el estado histérico de la muchacha empeoró, la gritó. Después de un forcejeo, se enteró de algunas cosas.

Las Greendale habían vuelto con aliadas. Sobrepasaban a las de Freetoon en la proporción de tres a uno y estas últimas se vieron obligadas a retroceder hasta las cercas de su propia ciudad.

Newburgh, Blockhouse y Highbridge agitaban sus banderas ante las murallas. Resultaba evidente para Davis. Habiéndose enterado de la espacionave y dándose cuenta de que no podía partir sola, la Udall Greendale había mandado por ayuda... hace días, probablemente. Y el precio parecía lo bastante grande para unir incluso por una temporada a aquellas facciones.

—Pero ahora Claudia no tendrá más remedio que pactar —balbuceó Davis.

—¡Es demasiado tarde! —sollozó Elinor—. ¿No puedes ver que ahora que finalmente nos tienen acorraladas, nos matarán a todas, y se repartirán la tierra entre ellas?... ¡Bertie, socorro! ¡Socorro! ¡Uuuuhh...!

—Hazme salir de aquí primero —respondió Davis. Empujó la

tosca cerradura—. ¡No puedo... augh!

—¿Qué?

—Déjalo —Davis se había dado cuenta de pronto que era inútil exponerse a aquellos combates de ballestas cuyos dardos caían con tanto peligro en el patio. Las aliadas victoriosas no le matarían si se mantenía completamente neutral. Incluso era posible que pudiese hacer un trato mejor con ellas.

Elinor gimió y corrió hacia la Casa Grande. Sólo se veían guerreras, las demás se habían retirado a sus grandes cobertizos.

La lucha no paró ni cuando el eclipse. A media tarde las puertas se abrieron y las supervivientes de Freetoon entraron en el patio.

Paso a paso las siguió la retaguardia. Davis vio a Barbara al extremo de la línea. Tenía un escudo redondo de madera en un brazo y agitaba en la otra mano un hacha ligera de largo mando. Un rizo rojo se le escapaba del maltrecho morrión y quedaba pegado encima de un rostro pequeño y tenso.

Una corpulenta guerrera la atacó. Barbara alzó el escudo y detuvo el golpe del hacha descendente. Su propia arma salió disparada sobre el casco del enemigo, buscando el cuello, falló y mordió en la coraza del cuero. No la atravesó; el acero con bajo carbono se embotaba pronto. La enemiga sonrió y comenzó a despedir golpes. Barbara retrocedió de un salto. La otra mujer la siguió. Barbara arrojó su hacha entre las piernas de la enemiga. La mujer cayó. La daga de Barbara apareció en su mano; se lanzó encima de la otra y efectuó un diestro movimiento de apuñalar.

El estómago de Davis se contrajo; se apartó para no verlo.

Cuando regresó a la puerta, había una especie de causa en la batalla. Las de Freetoon habían estado disparando flechas y jabalinas desde las almenas de la muralla, desmoralizando a las aliadas, interrumpiendo su avance lo bastante para poder cerrar las puertas. Había allí una especie de ordenado caos, las muertas y las heridas eran apartadas, las robustas y sanas saltaban sobre la muralla, y vertían sobre las enemigas brasas encendidas y marmitas de agua hirviendo. Davis pudo oír coléricos gritos femeninos.

Al poco Barbara en persona llegó hasta él. Estaba despeinada y estremecida de cansancio y los ojos al mirarle mostraban profundas ojeras. En la parte delantera de su armadura y en sus brazos se veían salpicones de sangre.

—¿Qué tal te va? —preguntó con aspereza.

—Estoy bien —con más ansiedad que un neutral debía sentir, preguntó—: ¿Estás herida?

—No. Pero me temo que éste es el fin. No podemos soportar un sitio prolongado. El año está en su principio, nuestros almacenes vacíos.

—¿Qué... qué piensas que ocurrirá? Me refiero a ti.

—Escaparé por último si puedo —su voz sonaba torpe.

Davis se dijo a sí mismo que aquel caos no era culpa suya. Había venido a traer el don de la civilización, de la Unión. Lo último que deseaba era...

Lo *primero* que quería, pensó, había sido la gloria de descubrir un nuevo planeta deshabitado.

Y los premios metálicos y las lucrativas comisiones de exploración, y las mujeres adorándole.

Pero no era cosa suya el que aquella mujer estuviese callada, con las manos rojas y el cuello doblado, esperando que la mataran.

—Maldita sea el ¡Cosmos! —gritó él—. ¡No puedo ayudar vuestra estupidez!

Barbara le dirigió una mirada turbia y se alejó.

La batalla se reanudó. Las invasoras habían talado árboles jóvenes para hacer escalas de asalto y en las murallas había una briosa pelea. Las guerreras chisporroteaban por debajo de grandes marmitas, pero aquella forma particular de repeler un ataque costaba de calentar.

Para la puesta de Bee, el enemigo había abanderado el intento y hubo una pausa para comer y dormir. Davis, que siempre tuvo un cierto aspecto romántico para los viejos tiempos bárbaros en la Tierra, decidió que esto era un buen ejemplo de que aquella edad nada tenía de encantadora... sólo personas que se cazaban y mataban mutuamente.

Claudia Udall pasó por allí cuando Ay se hundía en el horizonte. Se detuvo para dirigirle una palabra triste.

—¿Estás preparado para ayudarnos ahora?

—¿Cómo puedo pelear? —preguntó Davis razonablemente—. No tengo aquí ninguna de mis armas. Pero si me dejas salir y me dieras las cosas de mi equipaje, podría hacer algo por las heridas.

La reina me maldijo, concienzudamente y añadió:

—Si *nosotras* no podemos tenerte, Monstruo... puede que decida no dejar que te tenga nadie.

—¡Cáscaras! —exclamó Davis, retrocediendo.

—Aguarda un momento mientras consigo una ballesta —dijo la Udall y lo dejó.

—¡Eh! —dijo Davis—. ¡Eh! ¡Vuelve! ¡Os ayudaré!

Una nueva escaramuza se inició más allá de las murallas. Las trompetas aullaron y los soldados en descanso saltaron al suelo. A la luz de Minos Davis vio a Claudia apresurarse hacia la puerta.

Estalló un trueno y la madera gimió. Las mujeres de Greendale debían estar utilizando un ariete pesado. Quizás habían cortado un gran árbol, puesto una especie de tejado por encima, y atacaban con escaleras por otros puntos para entretener a los defensores...

El fuego se acrecentó fuera; subió una llamarada y pintó de rojo el cielo. De alguna manera una casa debía haber sido alcanzada. La parte superior de la empalizada se destacó negra contra las llamas; como una fila de dientes, las guerreras en las almenas parecían diablos silueteados. Davis se preguntó locamente cuál de ellas era Barbara, si es que Barbara estaba aún viva.

La puerta principal se estremeció y un gozne saltó del todo. Las de Freetoon saltaron de la muralla para formar una línea defensiva. Hubo un hervor de hachas donde el enemigo subía por sus escaleras y el fuego rugió, más y más alto hasta que la luz roja osciló por todo el patio.

Alguien galopó hacia él en un *orsper* frenético. Conducía a otros dos animales. Saltó de la silla y se plantó delante del cobertizo con un hacha en la mano.

Susurró Davis:

—Otra vez. Valeria.

La chica sonrió con un humor malicioso:

—Apártate, voy a sacarte.

Su hacha golpeó contra la cerradura.

—¿Pero qué... por qué...?

—Estamos acabadas —respondió Valeria—. Por ahora, de todos modos. Para siempre, a menos que puedas ayudarnos. Voy a ponerte en libertad, Monstruo. Escaparemos si es posible y veremos qué puedes hacer por remediar el asunto.

—¡Pero yo soy neutral!

Valeria sonrió desagradablemente.

—Tengo un hacha y un cuchillo, querido, y nada que perder. ¿Sigues siendo neutral?

—No, puesto que tienes esa opinión de las cosas.

Valeria se inclinó. Tras ella, la puerta se derrumbó y las invasoras entraron en la línea defensiva.

Otro *orsper* corrió desde los establos, con una jinete que tenía una montura de repuesto. Valeria se volvió, alzó el hacha, pero la volvió a bajar.

—¡Oh, tú!

—Veo que tuvimos la misma idea —respondió Barbara.

Claro, pensó Davis, las gemelas idénticas normalmente piensan de modo parecido.

—Ponte la capa, Monstruo —ordenó Valeria entre golpes—. Súbete la capucha. No molestarán a tres personas que tratan de escapar... ¡a menos que sepan que eres tú una de ellas!

Se libraba una confusa batalla en torno a la puerta. Una banda de invasoras había abierto un espacio en las almenas y ahora saltaban para atacar a las de Freetoon desde detrás.

El cerrojo cedió. Valeria arrancó parte de la cerradura que estorbaba y abrió la puerta. Davis salió tambaleándose.

—¡Sube en la silla! —Valeria agitó su hacha en dirección a la cabeza de Davis.

El hombre puso pie en el estribo y subió. Valeria montó otro pájaro a su lado; Barbara abría la marcha. Galoparon hacia la puerta rota, en donde Claudia y unas cuantas guardias aún luchaban ferozmente en medio de un anillo de enemigas. El paso del *orsper* no era tan suave como el de un caballo y Davis se acordó con dolor que un hombre que monte necesita usar pantalones ajustados. Aquel estúpido balancearse no era de ninguna ayuda ni tampoco le servía para nada la especie de faldilla que llevaba. Masculló un juramento y se puso en pie en los estribos.

Alguien salió corriendo de la Casa Grande, su grito le siguió.

—¡Socorro! ¡Oooohh! —Davis tuvo un vistazo del rostro de Elinor, frenético de terror. Se inclinó, la cogió por la muñeca, haciéndola girar hacia un *orsper* de recambio.

—¡Aparta de ahí a esa muñeca tonta! —gritó Valeria.

Elinor montó. Barbara desenfundó el hacha y partió en un

galope. Turbado, Davis la siguió.

Una banda de mujeres estaba plantada ante ellos. La flecha zumbó maligna junto al oído de Davis. El *orsper* de Barbara coceó con su pie grueso y peludo. Valeria se inclinó y giró expertamente golpeando a una forma sombría; saltaron chispas.

Luego pasaron al grupo de combatientes, fuera en la calle, entrando en los campos y en el bosque de más allá.

VIII

Por la mañana se habían adentrado tanto en las montañas que no pareció arriesgado tomarse un descanso. Davis casi se cayó en la hierba desde su silla del *orsper*.

Se despertó después del eclipse. Durante un momento sólo sintió un punzante dolor, por todo el cuerpo, luego recobró la memoria y respingó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Barbara.

—No estoy seguro. ¡Uf! —Davis se sentó. Alguien había extendido sobre él una manta, envolviéndole con ella. Le dolían tanto las piernas cuando cabalgaba como cuando estaba en pie, que creyó ya no podría volver a caminar jamás.

—¿Dónde estamos? —inquirió con tristeza.

—Nos dirigimos al norte a través de la Cordillera —Barbara señaló hacia un picacho grande y delgado, envuelto en brumas y que se veía por entre una arbolada garganta—. Ese es el High Gaunt así que debemos haber recorrido unos cuarenta kilómetros. Pronto comeremos.

Las alforjas contenían un equipo completo de campaña. Ella había encendido una hoguera sin humo y estaba tostando tiras de carne seca. Una pieza de áspero pan negro y un pedazo de manteca grasienta se veían a un lado. Había un manantial que nacía entre las rocas verdes a causa del pseudomusgo; Davis se arrastró hasta allí y bebió.

Luego se sintió lo bastante bien como para mirar en su tomo. Era aquella una comarca alta, bosques centenarios en escarpadas laderas. Hacia el norte el terreno se hacía más abrupto todavía; podía ver fajas de nieve no muy distantes y las cenicientas laderas de un volcán. El día era claro y ventoso; el sol se derramaba por

entre las floreadas pendientes y Minos transcurría remotamente en el firmamento, sobrepuesto por una luna creciente. Ay era una chispa cegadora hacia el este, diariamente, ocupando el lugar de la estrella más próxima.

¡Ahora, si alguno de aquellos pájaros murmulantes quisiera respetar el dolor de cabeza de un hombre...!

—¡Bertie!

Davis se puso en pie mientras Elinor venía del bosque. La joven se adornaba con una guirnalda de flores, grande y gruesa, que al tapar el cuerpo esbelto y redondo sólo le permitía a él captar retazos de turgentes formas verdaderamente provocativas, además el cabello negro suelto, le daba un aire todavía más voluptuoso. Se lanzó en sus brazos y le pesó profundamente.

—Bertie, me salvaste la vida. Oh, te estoy *tan* agradecida... debes saberlo, Bertie, *creo* que eres un Hombre...

—Pues bien podrías dar a tu Hombre un poco de pan —dijo Barbara con acritud.

Elinor dio un paso atrás, ruborizándose.

—¿Te has olvidado que soy la ayudante de una Udall? —gritó.

—Ya no hay más Udall en Freetoon, a menos que alguna de ellas haya logrado escapar como nosotros —repuso Barbara—. Jamás sabré por qué Davis arrastró consigo un pedazo tan inútil de carne como tú. ¡Ahora ven a ayudarnos o te freiré para que nos sirvas de desayuno!

Elinor se volvió a Davis.

—Bertie, ¿vas a consentir que esa bruja de casta inferior...?

—No me meto en eso —contestó él prudentemente. Se puso a llorar, Barbara se levantó, la cogió de las muñecas y la arrastró hasta la hoguera.

—Si quieres comer tendrás que trabajar.

Elinor hizo una colección completa de pucheritos y comenzó con torpeza a cortar el pan. Barbara miró a Davis.

—¿Por qué la trajiste? —preguntó despacio.

—Sagrado Cosmos —protestó él—, la habrían matado si...

—Mejores mujeres que ella están hoy muertas. Kim, Ginny, Gretchen... no sé si vivirán siquiera... y tú tuviste que... ¡Oh, cállate! —Barbara se reintegró a su trabajo.

Valeria apareció a la vista, la ballesta al hombro y en una mano

un rollizo pájaro.

—Eso se soluciona fácilmente —bramó—. La Dyckman no es preciso que venga. La dejaremos aquí.

—¡No! —Elinor se levantó con un grito.

—Puedes regresar, si quieres —se burló Valeria—. Sería bueno para ti. Y me atrevo a pronosticar que no pasaría mucho tiempo antes de que engatusaras a alguien y consiguieras un buen empleo.

—¡Me moriré! —gimoteó Elinor—. ¡Hay chacaloides en estos bosques! ¡Me matarán! ¡No puedes...! ¡Bertie!

—Será mejor que ella se quede con nosotros —dijo Davis.

—No te metas en esto —le espetó Valeria.

Davis se sulfuró.

—¡Que se me lleve el Diablo si lo hago! —rugió—. ¡Ya estoy harto de que me avasallen!

Valeria sacó su cuchillo. Davis cerró los puños. Había aprendido la ciencia de la defensa propia y el arte del boxeo... que no son iguales. En su actual estado de ánimo, habría agradecido una excusa que le permitiera golpear a alguien en la mandíbula. Barbara cogió a su prima por el brazo.

—Basta —dijo con frialdad—. Basta, los dos. Tenemos que mantenernos juntos y unidos. Davis, si insistes, lo dejaremos estar... Elinor vendrá hasta que lleguemos a alguna ciudad. ¡Ahora siéntate y come!

—Sí, señora —repuso Davis burlón.

Consumieron el almuerzo en silencio. El alimento les dio fuerzas; pareció devolver a Davis su virilidad. Después de todo... bueno, la situación era mala, pero había logrado salir de aquella lóbrega celda y era el ser humano más grande y fuerte de aquel planeta. Ya era hora de que empezara a imponer su criterio.

Las Whitley se calmaban con tanta rapidez como se exaltaban y Elinor mostró bastante tacto como para permanecer en un segundo término. Davis deseó con fuerza una taza de café y un cigarrillo, pero ninguna de las dos cosas era factible, así que se decidió por iniciar el consejo.

—¿Cuáles son vuestros planes? —preguntó.

—No lo sé —dijo Valeria—. Anoche mi único pensamiento era escapar. Ahora, ¿qué crees que podemos hacer?

—Depende —Davis se pasó la mano por la barba. Le picaba,

pero probablemente en todo Atlantis no había una navaja de afeitar —. ¿Qué ocurrirá exactamente en Freetoon? ¿Matarán las invasoras a todo el mundo?

—Oh, no —contestó Barbara—. De vez en cuando hay ciudades que son conquistadas y la Udall vencedora se erige en jefa. Todo cuanto tienen que hacer las civiles es obedecer a una nueva ama y pagarle sus tributos y realizar los trabajos de su servicio. Las hijas de los soldados se crían y educan en compañía de las de la ciudad ganadora... sí, por regla general las poblaciones se mezclan.

—De quien no se puede fiar es de los miembros más viejos de la casta militar —añadió Valeria—. Gentes como nosotras, que juraron servir a una dinastía Udall. A algunas de ellas se les toma nuevo juramento...

—A las Damon —precisó Barbara con desdén—, las Burke, las Hauser.

—... pero hay que matar al resto o expulsarlo. Supongo que muchas de nuestras chicas lograron escapar. Vivirán como proscritas en los bosques o emigrarán a alguna otra parte donde poder emplearse en un nuevo servicio militar. Ya te puedes figurar... en alguna ciudad lejana que nunca fuese enemigo...

—¿Por qué seguís aún leales a vuestras Udalls? —preguntó Davis—. No veo que saquéis de ellas muchos beneficios.

—¡Nosotras somos leales! —gritaron a coro las dos Whitley.

—Está bien, está bien. Pero, mirad... Claudia y sus hijas probablemente estarán muertas ahora. No tenéis jefa alguna. Sois libres.

Las primas primero le miraron con fijeza, luego intercambiaron miradas. En su interior sabían aquella verdad, pero sólo ahora comprendían la plena implicación.

—Quizás alguna escapó —dijo Barbara débilmente.

—Quizás. Pero ¿qué queréis hacer?

—No lo sé —Valeria frunció el ceño—. ¡Pero sí sé que los poderes de tu navío no van a ser usados por Bess Udall de Greendale! ¡No, después de que ella mató a mis cuarteras de cuartel!

—Pensé... —Barbara miró a Davis. El joven halló penoso aguantar la mirada de la muchacha, aunque sin saber por qué—. Pensé que quizás podríamos regresar sin que nos vieran, acercarte a

tu navío...

—¡Una gran oportunidad... imposible! —exclamó él con amargura.

—Las aliadas seguramente estarán dedicadas al saqueo —dijo Valeria—. Si esperamos un poco... No, alguien tiene que ganar y ese navío estará bien custodiado.

—Quizás podamos encontrar aliadas de nuestra ciudad —Barbara miró hacia las montañas del norte—. Dicen que hay personas extrañas que viven más allá del Smoky Pass. Nadie ha ido tan lejos desde hace... oh... generaciones. Si pudiéramos conseguir ayuda... prometiéndolas el botín que se obtuviese del saqueo al enemigo...

—¡Aguarda un minuto! —Davis empezó a sudar de nuevo. No estaba seguro de cómo la ley de la Unión juzgaría un caso como el suyo. Un explorador cogido en medio de una situación violenta podía emplear permisiblemente su fuerza si con ella salvaba su vida o ayudaba a rectificar un giro evidentemente maligno de las cosas; pero no pensó que un departamento Coordinador estuviera de acuerdo con Barbara acerca de lo que constituía una rectificación.

—¡Esperad! —dijo con rapidez—. Quizás podamos hacerlo, quizás no —el cerebro le rechinaba a causa de la velocidad a que funcionaba—. Pero... pero... pero... mirad... ¿no se ha enviado ya un mensaje a ese, ejem, ese sagrado Navío vuestro?

—¿A los Doctores? Sí —dijo Valeria.

—¿Y *sabéis* qué es lo que decidirán los Doctores?

—No... no, nunca ha sucedido nada...

El reglamento decía: cuando se dude, el explorador deberá cooperar con cualquier autoridad existente en la localidad. Y aquellos misteriosos Doctores eran lo más parecido a un gobierno central de cuantas otras instituciones hubiera en el planeta. Además, vivían en aquel Navío... ¿la nave original en la que llegaron las antecesoras?... y poseían bastante ciencia como para manejar una máquina productora de partenogénesis. Puede que tuviera más y mejores posibilidades de convencerles de la verdad que a ninguna otra de las mujeres de aquel mundo.

—Pues ya que la decisión final corresponde siempre a los Doctores, ¿por qué no vamos a ellos? —propuso—. Podríamos explicarles lo sucedido y conseguir justicia para Freetoon también.

—¡No es posible! —dijo Valeria espantada—. Barbara y yo no somos del todo iniciadas. ¡Y tú... el Navío es el templo consagrado al Padre!

Davis seguía pensando rápidamente.

—Pero yo soy un hombre —dijo—, o un Monstruo, si os empeñáis. Esa ley vuestra no se me aplica a mí —miró de reojo a Elinor—. Tú ya has estado allí, ¿verdad? —Ella asintió ansiosamente—. Está bien. Cuando lleguemos a la zona prohibida podrás acompañarme el resto del camino.

Se produjo un fuerte y prolongado forcejeo. Una vez Davis tuvo que gritar. Verse apabulladas por unos pulmones más grandes que los suyos fue una saludable experiencia para las Whitley. Al poco ellas cedieron.

—Pero no podemos ir a través del valle —dijo Barbara—. El camino del Río Sagrado estará custodiado. Has de comprender, Davis, que ya se te estará tratando de cazar, por toda la extensión de la Cordillera.

Davis carraspeó.

—Giraremos hacia el norte —decidió Valeria—. Pasaremos por el Smoky Pass y bajaremos por los valles del otro lado hasta la costa. Luego quizás podamos conseguir pasaje en alguno de los barcos de cabotaje —sus ojos relucieron—. Es muy probable que los Doctores ordenen que se te devuelva tu navío. Pero en cuanto a Freetoon, nunca se mezclan en guerras o política. Así que, si de paso podemos hacer nosotras algún trato con alguien...

—¡Eh! —carraspeó Davis.

Valeria sacó de su bolsa un pedernal y empezó a afilar su hacha. No parecía valer la pena seguir discutiendo. No, por ahora.

—¿Hay gente más allá de las montañas? —preguntó Elinor tímidamente.

Davis asintió.

—Tiene que haberla. Pude verlo desde el espacio, con los telescopios, que allí habían cultivos por toda aquella parte del continente.

¿Cuántas ciudades de amazonas habría en total... cuántas personas? Eso era algo que sólo podía saber mediante deducciones. Veamos, unos quinientos prototipos y trescientos años en que incrementar su número... menos las bajas de la guerra, animales

salvajes y otros accidentes... un cuarto de millón de mujeres era un cálculo bastante probable. Y no todas debían haber formado sociedades del género de las de aquella región.

Eso era esperanzador. Apenas Davis podía imaginarse una civilización menos cómoda que la de Freetoon y Greendale.

—¿Cuánto tiempo pensáis que tardaremos en llegar? —preguntó.

Valeria se encogió de hombros:

—Unas pocas semanas, si no nos tropezamos con enemigos o con una tardía tempestad de nieve.

Atlantis, girando casi vertical en el plano del ecuador de su planeta primaria, no tenía estaciones de la clase de las de la Tierra. Pero la órbita de Minos era muy excéntrica, como podría esperarse de un planeta en un sistema de estrellas dobles. Se estaba ahora a principios del verano, aún Bee estaba aproximándoseles, pero dentro de seis meses el sol se habría alejado todavía más y habría nieve en las tierras altas. En aquellas latitudes, unos veinte grados norte, y en aquella altura, Davis supuso que el clima equivaldría, digamos, al de Suiza.

Había una marea permanente de masas, de roca congelada; la gravitación de Minos, con una equivalente a la de cinco mil veces la de la Tierra, había deformado al gran satélite. La mayor parte de la tierra estaba por tanto en el hemisferio interior y aquel continente central era un laberinto de montañas. El viaje pues se presentaba duro.

Davis miró a los trabados *orspers*, que desgarraban sus raciones de comida con los doblados picos ganchudos...

—¿Tenéis equipo para coser?

—Claro —dijo Barbara—. Es verdad, Davis, necesitarás ropas de más abrigo para cruzar las montañas.

—Y yo también —lloriqueó Elinor. Las Whitley no la hicieron caso.

—Lo que necesito es... ejem... un traje especial —dijo Davis.

—Yo te lo haré —se ofreció ansiosa Barbara—. Déjame sólo que te tome las medidas.

Las orejas de Davis alcanzaron un marcado tono rojo tomate.

—¡No, gracias! Vosotras no comprenderíais.

Elinor parecía haber recobrado un poco de confianza en sí

misma.

—Si vamos a tardar tanto —dijo—, los correos de Freetoon habrán llegado al Navío delante de nosotros. Los Doctores ya habrán enviado su respuesta...

—Tienes razón —asintió Valeria—. Precisamente por eso no caeremos en manos de Greendale.

Y al hablar se pasó un dedo por la garganta en gesto significativo.

—¿Quieres decir? —preguntó Elinor con voz desfallecida.

—Y tú, Davis Bertie —prosiguió Valeria—, no sé si las de Greendale te matarían o no. Probablemente, no. Pero hay medios de obligarte a hacer lo que se le antoje a Bess Udall.

—¿Se atrevería ella a emplearlos? —inquirió Davis.

—Puesto que ayer en vez de hacer algo decidiste huir... sí. Claudia hablaba de tenazas al rojo vivo... la oí bien...

Davis no creyó que Valeria le mintiese.

Miró hacia Minos. El gran planeta aparecía casi medio lleno. No era tan brillante como durante el día, pero podía verlo con claridad... la faz ambarina estaba enturbiada por una agobiante y espesa atmósfera, hidrógeno y vapores de agua, metano, amoníaco; bandas nubosas cruzando la superficie, verde oscuro, azules, pardas; manchones negros que eran tormentas lo bastante grandes como para tragarse a la Tierra entera; la sombra de una luna más exterior. Se estremeció. Hasta casa había un larguísimo y solitario camino que recorrer. La luz necesitaría dos siglos para llegar a la civilización más próxima; el Servicio no tenía planeado visitar Delta hasta dentro de una generación más, por lo menos.

No creyó que pudiera sobrevivir tanto tiempo. *Tenía* que conseguir que le devolvieran su navío, bien fuera mediante los Doctores o gracias al plan de las Whitley de conseguir aliadas. Sabía que Bess Udall de Greendale —o su número opuesto en las ciudades aliadas, quienquiera de ella que derrotara al resto en la inevitable guerra— no le ofrecería la menor posibilidad de escapar.

En breve no tendré elección. Tengo que formar en el equipo de las Whitley.

Miró a las primas y luego a Elinor, ésta le sonrió. Podía ser aún mucho peor la cosa, pensó Davis complacido.

IX

Durante las dos primeras semanas —o una, si se contaban por vías terrestres— viajaron sin cesar. Una vez oyeron soplar cuernos y se escondieron en una caverna durante todo el día; Elinor sollozó en brazos de Davis demostrando a su modo el espanto que le dominaba, pero el joven se encontraba demasiado preocupado para disfrutar de aquel abrazo femenino.

Cabalgaba de manera ininterrumpida, desde que había luz solar y hasta que Minos alumbraba, descansando tres o cuatro horas de cada doce. Davis se encontraba en buenas condiciones, pero mantenerse en la silla montando un *orsper* requería músculos de los que jamás había oído hablar y dichos músculos se oponían con energía a su uso. Elinor estaba demasiado atontada incluso para quejarse mucho.

Vivían de la naturaleza. No era aún la temporada para las nueces o las bayas silvestres; caza había en abundancia, pero a Davis le aburría la dieta carnívora. De ordinario Elinor seguía la marcha con una de las Whitley, mientras que la otra se desviaba para cazar las raciones diarias. Un sentimiento de inutilidad oprimió al muchacho.

Probó la ballesta que era parte del equipo de la silla de su montura. Era un trabajo muy bien hecho e inteligente; el diseño original debió de ser debido a alguna proscriba de antaño que renunció después de larga búsqueda a hallar los ingredientes de la pólvora. (Presumiblemente el Navío no llevaba armas de fuego; no hubiese sido normal en una colonia recién instalada). Una cámara que mantenía seis cortos dardos con punta de hierro alimentaba automáticamente el disparador; un muelle espiral bien apretado proporcionaba la energía suficiente para disparar la ballesta varias

veces. Era un arma fuerte, segura, con una buena capacidad de fuego y Davis conocía bastante la ciencia de las armas para familiarizarse pronto con aquel aparato.

Pero Valeria le dijo con frialdad que hacía demasiado ruido y espantaba la caza.

Freetoon yacía en un mar de desfiladeros y colinas comparado con la cordillera que ahora se alzaba contra ellos. Era escarpada y terrible, con una franja larga y desnuda por encima de los bosques, cubierta de nieve y rebordeada por glaciares. No había senderos y las Whitley tuvieron que deducir todas las rutas hacia el paso, todos los caminos a seguir, que sólo conocían por referencias.

Poco a poco su constitución se adaptó y comenzó a sentirse con algo de energía supletoria. En la última noche pasada en el bosque se ofreció para montar la guardia. Tenía intención de descansar durante todo el tiempo de oscuridad, reuniendo fuerzas para cruzar la cordillera.

—Bueno... —Valeria pareció dudosa—. No, no tenemos necesidad de eso. Alguien podría deslizarse y caer sobre ti.

Barbara frunció el ceño.

—Eso no está bien, Val —dijo—. Puede ser que Davis no esté acostumbrado a esta tierra, pero es más fuerte que nosotras. A mí no me vendría mal dormir un poco más.

—Oh, muy bien —su prima se echó a reír—. No hay chacaloides ni lóbdos por las cercanías, así que le dejaremos que se divierta.

Davis se sintió agradecido a Barbara. No estaba seguro si pensaba en lo que acababa de decir. Quizás había sido sólo por llevar la contraria a Valeria; quizás ella notara que el héroe masculino necesitaba una lección. Pero el caso es que se puso a su lado y que había hablado con gentileza.

Las mujeres se envolvieron con sus mantas y se fueron a dormir. Davis se puso el tosco capote que Barbara había cosido para él, se colocó encima la capa con la capucha y extendió los entumecidos pies hacia el fuego. Se le estaban rompiendo las sandalias y allí no había botas para él.

Era una noche nubosa. Davis vio de rechazo a Teseo, casi lleno por encima de Minos, una luna rojiza con un halo causado por su propio medio de atmósfera, pareciendo volar entre las grandes oscuridades nocturnas. Su telescopio había descubierto allí signos

de vida inteligente, consideró pensativo, pero claro había aterrizado en Atlantis antes de visitar aquella velita ojerosa parecida a Marte.

Animó la pequeña hoguera para obtener de ella toda la cálida comodidad posible. Unos cuantos copos secos de nieve cruzaron por delante de su campo de visión. La raquítica maleza la rodeaba, demoníaca con sus sarmientos, las ramas torcidas y crujientes. A cierta distancia se oyó un ruido parecido a la risa de un idiota.

El suave resplandor ambarino cayó sobre el rostro de Barbara... ¿O era el de Valeria? No, la mano izquierda había salido de las mantas y no tenía cicatriz. Era Barbara pues. Parecía extrañamente inocente mientras dormía. Elinor tenía una apariencia venturosa incluso por encima de las mantas, pero Elinor ronroneaba.

Sin café y sin tabaco, productos en los que como más cerca estaba de su navío no podía ni soñar porque la nave estaba custodiada por un bosque de lanzas, Davis tuvo compasión de su propia soledad. Comenzó a dar cabezadas, se incorporó despierto, juró y comenzó a pensar en champaña, salsa mayonesa, ostras mutantes, buey a la tártara... ¡uf! Descubrió que se le había olvidado el gusto del buey a la tártara.

—¡Pip! —exclamó una voz.

—Cielos —dijo Davis. Tomó su ballesta.

El animal avanzó perezoso hasta ponerse a su vista. Era un pajarillo algodonoso, redondo como una bola de manteca, con un pico de loro y grandes ojos patéticos. Davis pensó en matarlo... no, tenían carne suficiente y el pájaro parecía feliz y satisfecho junto a él. Dedujo que le gustaba el fuego. Se aventuró a acariciarlo y el animalito tembló de placer.

—Claro, ponte cómodo —susurró Davis—. Es un pájaro muy simpático. Necesito hablar con alguien. Me siento muy sólo.

—Pip —volvió a decir el ave con simpatía.

Davis charló hasta que comenzó a sentir un sueño incontrolable. Sería mejor dejar que le relevase Valeria. Extendió los dedos por encima de las brasas y la empujó en el costado con cierto placer malicioso.

—Oh... oh, sí —la chica bostezó y apartó la manta—. No es mucho... ¡Eh!

Se quedó petrificada.

—¿Esto? —Davis acarició al pajarillo, que se había acurrucado

en su regazo—. Te presento a George W. Vino y...

Valeria estaba muy pálida.

—No te muevas —respiró a través de unos labios contraídos—. No te muevas si quieres vivir.

La mano de la muchacha voló al cinturón; despacio, muy despacio, sacó un dardo.

—¿Me oyes? Cuando lo mate apártate rodando. ¿Comprendido? ¡Ahora!

El proyectil voló de su mano y se clavó en el ave. Davis se puso en pie para libertarse de los picotazos agónicos del animal.

—¿Qué diablos...? —gritó.

Barbara y Elinor se sentaron. Elinor gritó.

Valeria emitió una risa falsa y quebradiza.

—Ese bicho tiene una picadura con suficiente veneno para matar a diez personas.

Davis no respondió.

—Queda relevado de cualquier servicio de guardia —espetó Valeria—. ¡Vete a dormir ahora... si puedes!

—Está bien —dijo Barbara mientras él se metía en su petate—. Tú no lo sabías, no podías saberlo, ¿verdad?

—Más estúpidas somos nosotras, por darnos cuenta —rezongó Valeria—. ¿Ese un Hombre? ¡Ja, ja!

Por la mañana ensillaron y comenzaron a cruzar el paso. Era necesario cruzar la lengua de un glaciar y los *orspers* protestaron a su manera haciendo que Davis y Elinor cayesen sobre la nieve. Las Whitley pegaron a los pájaros hasta someterlos, esquivando las coces con pericia, coces que pudieron haberlas destrozado de alcanzarlas.

Davis en realidad no podía censurar a los *orspers*. Al cabo de unas cuantas horas, pareció que había pasado una eternidad desde la última vez que sintió calor.

Aún estaban en el paso cuando acamparon de una manera harto triste, apiñados juntos para darse calor. El día siguiente transcurrió cruzando la nieve dura bajo los pies y tristes paredes azul grisáceas a cada lado y el viento ululando en sus rostros. El humo acre de un volcán cercano hizo que les escociera los ojos. Barbara expresó en alta voz sus preocupaciones acerca de las condiciones de las monturas.

—Cansadas, muertas de frío, cojeando, con un hambre atroz. Tendremos que darlas un descanso cuando volvamos a bajar de nuevo a los bosques.

El terreno se hacía cada vez más escarpado en el lado norte. Desde el paso, Davis miró hacia una verde inmensidad que formaba la ladera surcada por riachuelos y de vez en cuando la masa brillante de un lago. Deseó tener sus pinturas, para captar la escena. No descubrió señales de cultivo, pero debía existir sin duda alguno; sus cámaras telescópicas habían registrado pequeños claros y puntitos que podían ser casas.

—¿No tenéis idea de cómo es la gente de ahí abajo? —preguntó—. ¿Sois todas parecidas, me refiero a las que vinisteis en el Navío?

—No —contestó Elinor—. Mira, Bertie, cada ciudad lleva a sus propios grupos para ser fertilizados, por su propia ruta. Raras veces se encuentran dos grupos en el Navío al mismo tiempo e incluso si esto sucede, no se hablan una a otra si no que... Oh, no debe decir más.

—Hummm. ¿Y qué hay de una escolta? ¿Este grupo de esa clase no podría ser atacado?

—Oh, no. Todo el mundo sabe que una comitiva que se dirige al Navío, con sus banderas y su tributo regalos y todo... bueno, nosotras somos sagradas. Yendo o viniendo de tal misión, no nos deben de hacer daño. Si alguien nos atacase, oh, los Doctores se negarían a fertilizar a toda la ciudad para siempre después de conocido el ataque.

Eso sería una forma de excomunicación que realmente daría resultado, pensó Davis. Dirigió a Elinor una mirada de reojo. Tenía la nariz rojiza y con peladuras, había perdido peso, pero era todavía una lección interesante en geometría sólida. Y él deseaba mucho más de información acerca de ella, de lo que era prohibido a las no iniciadas o lo que se les permitía. Disfrutaría convencéndola para que hablase.

Mientras, sin embargo, tenían que bajar a donde hiciese más calor.

Más tarde se acordó de los siguientes desvíos sólo como una pesadilla de esfuerzos. Apenas podía creerlo cuando llegaron al bosque y el descenso casi vertical comenzó a hacerse menos escarpado.

Se trataba de un bosque de coníferas, árboles espaciados parecidos a los abetos. Aunque su olor era distinto, más dulce y más mareante. El suelo estaba cubierto de pardas agujas, troncos altos y líquenes en masa y se apoderaban de ellos las pisadas de los *orspers* quedando acolchadas. Vieron sólo pequeños pajaritos ruidosos, como saetas de rojo y oro entre ramas verde azuladas, pero se encontraban también los detritus de caza mayor.

Aún Davis podía darse cuenta de lo agotados que estaban los *orspers*. No había más remedio; tenían que descansar.

Al fin del día, llegaron a un lago de gran tamaño. Parpadeaba amistoso bajo el sol poniente y bolitas se estrellaban en sus riberas mientras los peces saltaban en el agua.

—No podríamos encontrar un mejor emplazamiento para el campamento, me parece —dijo Barbara.

—Orugas vertederas —dijo Valeria.

—No en esta época tan temprano del año.

—¿Sí? Mira pues hacia allá, cabezota, he visto orugas vertederas cuando...

Mientras discutían las primas, Davis desmontó. Elinor le miró.

—Oh, estoy tan cansada —dijo.

—¡Vamos! Salta, bonita mía —Davis extendió los brazos. Ella dio una risita y saltó.

O la joven pesaba más o es que él se encontraba más débil de lo que se imaginaba. Cayeron juntos, rodando por la pendiente. La posición en que terminaron fue bastante comprometedora.

Elinor se agitó.

—Estoy tan mareada —dijo—. Levántame.

—Aún no —sonrió Davis.

—¡Oh... Bertie, para! ¡Oh! ¡Oh, eres tan...!

Valeria apareció a la vista como un trueno.

Arrojó su hacha. Cayó en el suelo entre los rizos de Elinor.

—Acamparemos aquí —gritó—. ¡Levantaos, pareja de vagos y echadnos una mano!

Davis llegó a una decisión definitiva. No le gustaba Valeria.

Allí no había orugas vertederas. Eso no sirvió para que el humor de Valeria mejorase.

Los *orspers* necesitaban mucha comida para recuperar su salud. Por la mañana, ambas Whitley fueron a pie en busca de caza,

planeando estar fuera la mayor parte del día. Davis y Elinor se quedaron para aligerar el campamento y tratar de pescar: habían anzuelos y sedales en las alforjas, flotadores y cañas y no iba a ser difícil pescar aunque Valeria se enfadó al tener que dejarles un trabajo tan despreciable.

Davis miró cómo las gemelas se marchaban, Barbara se encaminaba hacia el este y Valeria hacia el oeste. Era un día fresco, de sol desvaído y un grupo de pájaros de buenos trinos estaban cantando en las cercanías. La sonrisa de Davis se hizo más grande que nunca.

—¿Por qué estás tan feliz? —Elinor parecía bastante ceñuda por causa de los utensilios que había estado preparando.

—Por tenerte a solas conmigo —Davis conocía el carácter de la joven.

—¡Oh, vamos... Bertie! Puede que haya en nuestro alrededor las cosas más terribles...

—Por ti de buena gana lucharía contra los dragones —dijo Davis —, aunque, claro, prefiero luchar contigo. Vamos a dar un paseo —señaló con el pulgar donde estaban los *orspers* tragando—. Jamás vi a nadie que mirase como esos pollitos crecidos.

—¡Bertie! ¡No! —Elinor hizo un pucherito—. Estoy muy cansada. Sólo quiero dormir.

—Como quieras —se fue a dar un paseo. Al cabo de un momento ella corrió en su busca. La cogió por la mano, apretándosela algo más de lo necesario.

—¡Bertie! ¡Bertie, ten cuidado, eres tan *fuerte*...!

Davis se dirigió hacia el oeste a lo largo de la costa del lago, con los ojos buscando un lugar solitario. No tenía prisa; ante él se extendía todo el día y también iba a disfrutar pescando. Hacía años que no pescaba.

—Eres una nenita muy valiente, Elinor —dijo—. Viniendo todo este camino y... —Se detuvo, aspiró profundamente y se preparó para soltar la gran mentira... nunca quejándote.

—Sé quejarme —dijo ella con amargura—. Estas terribles Whitley. Piel y huesos y un pelo odiosamente rojo y lenguas como cuchillos. Están celosas.

No hubiera sido provechoso asentir, pero por algún motivo Davis no pudo murmurar a espaldas de Barbara.

—Hay que andar un largo camino todavía —dijo—, pero espero que lo peor haya pasado. Debes decirme qué es lo que se debe esperar cuando lleguemos al Navío.

—No puedo, Bertie. No debo. A nadie que haya estado allí se le permite hablar con los demás que no estuvieron. Es demasiado sagrado para las criaturas.

—Pero yo no soy ninguna criatura —arguyó él—. Soy, de hecho, un Hombre. Tú lo crees, ¿verdad?

—Sí... has de serlo... aun cuando tus papillas *cosquilleen*.

Davis se acarició su corta barba amarillenta con gesto patriarcal. En los días pasados se le había ido convirtiendo agradablemente espesa.

—Bueno, entonces —dijo—, los doctores únicamente, ejem, hacen el papel de los Hombres... quiero decir... ¡Maldito sea todo! —retrocedió y volvió a comenzar—. ¿A qué se parecen los Doctores?

—No puedo —Davis se detuvo para utilizar un argumento agradable físicamente con el que convencer a Elinor. La tomó entre sus brazos y...— ¡No puedo... hummm... Bertie! —dijo ella y al cabo de un rato—: en realidad *no puedo decirlo*. Poseen su gran hermosa ciudad, con el Navío en el mismo centro. Hay un camino de emergencia por los pantanos. Pero jamás vi a un Doctor. Siempre van tapados con velos.

Davis se vio asaltado por una sospecha repugnante.

—¿Pero ellos son mujeres, verdad? —preguntó casi con un ladrido.

—Oh, sí. Sí, eso pude verlo. ¡Bertie, por favor! *No debo* decirte más.

—Me lo imagino. Oh, ejem, rito fertilizador... tiene que ver con una máquina, ¿no? ¿Una buena cantidad de tubos y cables y cosas?

—Si sabes tanto —dijo Elinor—, sí. —Puso una carita de pena—. No me gusta esa parte. Hace un poco de daño yo estaba tan asustada. Pero los demás ritos son hermosos.

Davis asintió distraído. La imagen comenzaba a tomar forma.

Hace trescientos años, la hiperimpulsión era nueva y la colonización más un arte que una ciencia. Uno no podía fiarse de un planeta de apariencia terrestre; había posibilidad de que su bioquímica fuese letal para el hombre. Era una buena suerte rara

encontrar un mundo como Atlantis.

Incluso los planetas en apariencia habitables podían albergar algún germen insospechado al que el hombre no tuviese inmunidad. Primero el planeta era explorado por entero. Luego aterrizaba una expedición compuesta sólo de hombres, pasaba dos o tres años edificando, analizando, probando. Por último venían las mujeres.

No conocía la historia del Navío de Atlantis. En algún lugar de los archivos del Servicio yacía una carpeta hablando de un transporte de hembras con una tripulación también de hembras... no se mezclaban los sexos en tal clase de viajes para evitar problemas y dificultades. A juzgar por los hombres y los fragmentos de las creencias cristianas, su formación había sido puramente americana; las distinciones regionales se consideraban importantes en aquellos días. El Navío partió para la nueva colonia, pero desapareció. Un torbellino de trepidación, claro... que fuese el mismo que rozó por poco en su viaje. Eso fue antes de que nadie se diese cuenta de tal cosa.

El Navío destruido. Se vio impulsado por una increíble falsa velocidad a través de doscientos o más años luz. La hiperimpulsión debió estropearse, puesto que no lo devolvió a su casa. Pero en cambio debió de emerger muy cerca de Delta Capitis Lupi.

Por pura casualidad y buena suerte aquel Atlantis era habitable. Indudablemente sus manos aterrizaron sin pruebas preliminares para efectuar las cuales no estaban equipadas... nada tenían que perder. Probablemente el Navío estaba averiado; se vieron interrumpidas de toda comunicación, no tenían modo de pedir ayuda ni tampoco de regresar.

Poseían muy poca maquinaria, ninguna arma, apenas conocimientos técnicos. La tripulación debió hacer lo que pudo, pero es imposible fabricar desintegradores y convertidores nucleares sin ciertas máquinas base. Descubrieron ellas que los granos comestibles y las aves domésticas eran, bien utilizadas, una fuente de subsistencia, iniciaron una agricultura primitiva, encontraron hierro y cobre en minas y establecieron toscas fundiciones, y dieron nombre al planeta y a las lunas siguiendo la clásica tradición... pero eso fue todo y su conocimiento se les escapó al cabo de unas cuantas generaciones faltas de escuelas y educación.

Pero en la primera generación hubo bioquímica. Es preciso que

lo hubiera. Al pensar en hacerse viejas y morir una a una, sin que nadie ayudase a las últimas débiles supervivientes, era irresistible. La partenogénesis humana constituía una técnica antigua. Las bioquímicas se llevarían cuanto equipo poseía el Navío para construir una tal máquina.

Los adecuados productos químicos bajo las correctas condiciones harían que un óvulo feraz se dividiese. Una vez iniciado el proceso, seguía su curso normal y al cabo de nueve meses nacía una criatura, frenéticamente idéntica a la madre.

—Es una situación abrumadora —dijo Davis—. Tendrá que remediarse.

—¿De qué me hablas?

—Ya lo sabrás —sonrió Davis.

Habían llegado a una pequeña bahía, con una suave hierba que llegaba hasta el borde del agua, bajo la sombra de unos árboles, fresca y agradable, con las montañas alzándose por encima como titanes. Las flores abrían sus pétalos casi con fiereza bajo los mismos pies de los caminantes y las pequeñas olas se estrellaban como un murmullo agradable contra la pared. Seguramente habría una profundidad allí desconocida, porque el agua era muy oscura, pero su superficie parecía plata líquida.

Era, en resumen, el sitio ideal para un romance.

Davis colocó su caña de pescar sujeta a una rama bifurcada, cebó el anzuelo con un pedazo de carne. Dejó a un lado su arco y el hacha que Barbara le había prestado, se sentó y extendió un brazo como invitación a Elinor.

La joven suspiró y se acurrucó a su lado.

—Mira que pensar... —susurró ella—. ¡El primer Hombre aquí en trescientos años!

—Ya era hora, ¿no? —Davis la abrazó con más fuerza. Ella cerró los ojos, respirando con dificultad.

Davis puso una mano sobre la rodilla de la joven. Ella no se opuso, así que él prosiguió hacia arriba. Hacia sus muslos. Elinor gruñó un poco. Sus propias manos recorrieron la espalda y caderas de Davis y volvieron a rodearle.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¡Tu faldita...! ¿Qué está pasando?

—Si quieres una demostración... —contestó él con ironía.

—Sí, sí... —La joven se retorció intensamente acalorada—.

¡Tengo mucho *interés*!

Él la dejó que resbalase hacia abajo en su abrazo, hasta que estuvo sobre la hierba. Ella se aferró a su cuello, apretando su cabeza hacia su cara ansiosa y no por ello carente de hermosura.

—Apriétame con fuerza —susurró la joven.

—Aguarda un momento y lo haré.

Algo rugió tras él.

Davis saltó un metro en el aire. Elinor gritó.

La cosa parecía como una foca con plumas de pingüino y pico de sierra, pero mayor. Había tragado el anzuelo y estaba furiosa. Las aletas la dispararon hasta la playa y le dieron un impulso de gran velocidad por encima de la hierba.

Elinor trató de ponerse en pie. Las aletas posteriores como patas se extendieron batiendo. Ella cayó y permaneció inmóvil. Davis trató de agarrar su hacha. El pico se cerró sobre su tobillo izquierdo. Tiró de la pierna con fuerza, vio correr la sangre, y golpeó con el arma pero el hierro suave era incapaz de perforar aquel cráneo tan grueso...

El pájaro foca lo derrumbó, lo sujetó con una aleta y le golpeó en la cara. Las mandíbulas se cerraron sobre el mástil del hacha y lo partieron por medio. Davis puso una mano en la mandíbula superior y otra en la inferior. Sin saber cómo, forcejeando se libertó, pasó una pierna por encima de la espalda del animal y apretó. La bestia rugió y se retorció. Notó cómo sus fuerzas se le escapaban, como los dientes afilados iban cerrándose sobre sus dedos.

El disparo de una ballesta se oyó con su zumbido peculiar y el proyectil se enterró en suco. Otro y otro disparo... Barbara corrió por la hierba, disparando sin cesar. El Monstruo volvió la cabeza y Davis se libertó las manos.

—¡Apártate! —gritó Barbara. Su arco estaba ahora vacío. Ella se agachó, sacando su cuchillo y levantándose hacia la criatura. El animal retrocedió, alzándose sobre las aletas traseras, rugiente. Le clavó el cuchillo tras proyectar primero el brazo izquierdo por debajo del pico, y forzar la cabeza hacia atrás.

Las aletas temblaron y el pájaro foca se inclinó sobre la muchacha. Davis vio de rechazo una esbelta pierna por debajo del vientre. Cogió su propio arco y disparó a bocajarro, sin apenas darse cuenta de lo que hacía. La sangre enturbió la voz del

monstruo.

Luego se derrumbó y la arteria sangrante fue un río rojo, bañando la resbaladiza hierba.

—Barbara... —Davis cogió el cuerpo débil y fútil. Su propia garganta temblaba.

Se puso en pie, jadeando y le miró con fijeza. Le corría la sangre por la cara, el pecho y los brazos, goteando hasta el suelo, parecía una estatua salpicada de rojo. Las rodillas de Davis cedieron.

—¿Te encuentras bien? —murmuró ella—. Bert, cariño, ¿te encuentras bien? —se precipitó tambaleándose hacia él.

—Sí... —Tenía una fea herida en el tobillo y las palmas de las manos laceradas, pero no era nada grave—. ¿Y tú?

—Oh, esa sangre no es... mía —soltó una breve risa, se hundió de rodillas ante él y comenzó a llorar.

—Vamos, vamos —acarició la bronceada cabeza, torpe e insegura de sí misma—. Todo ha pasado, Barbara, todo ha terminado ya... ¡Rayos de sol, habíamos pensado pescar...!

Se sacudió a sí misma, se secó los ojos y dirigió una mirada airada.

—¡Estúpido! —exclamó—. ¡Si yo hubiese estado... cerca... si no hubiese oído el ruido... oh, sesos de mosquito!

—Creo que me lo merecí —contestó Davis—. ¿Por qué me salvaste, de todas maneras?

—No lo sé —dijo Barbara levantándose—. ¡En pie!

Elinor se agitó, miró en su tomo y empezó a llorar. Puesto que no estaba muy herida, no consiguió que le prestasen mucha atención.

—¡Bueno! —murmuró.

Barbara se tragó con rabia.

—Jamás vi en mi vida una cosa así —admitió ella—. Supongo que tú no podías saberlo, Bert. Estabas luchando muy bien con el animal.

—Gracias —dijo de manera incómoda.

—Y como dijiste... carne en abundancia —cuadró los hombros—. Yo montaré la guardia. Tú llévate a Elinor al campamento y cuando Valeria vuelva arrastraremos entre todos a este animal.

—Sí —contestó Davis con debilidad—. Sospecho que es lo mejor.

X

Cuando Valeria hubo descargado bastante elaborando una magnífica descripción de la inteligencia, educación y personalidad de Davis, comunicó una noticia. Habían claros signos de poblaciones cercanas hacia el oeste; campamentos recientes, un sendero con muestras de ser concurrido, humo alzándose por encima de las capas de los árboles.

—Seguro que nos encontrarán —dijo—, y me extrañaría que no fuéramos directamente a meternos en su ciudad.

—¡Oh, sí! —Parloteó Elinor—. Aquí no podemos quedarnos, con esas cosas en el lago...

Una mirada asesina de Valeria la redujo al silencio.

Los ojos de Barbara relucieron.

—Puede que sea posible hacer un trato con ellas. Para cuando regresemos a casa con ayuda, las aliadas se habrán dividido y nuestras compañeras de los bosques se nos unirán. ¡Vámonos!

—Por la mañana, nena —contestó Valeria.

—¡No me llames nena! —gritó Barbara—. ¡Soy sólo tres días más joven que tú y mi cerebro es veinte años más viejo que el tuyo!

—Chicas, chicas —comenzó Davis. Entonces, aparentemente lo pensó mejor y se sentó a escuchar.

Ella le miró con interés. Habíale parecido un gran cobarde, reflexionó la mujer... y sin embargo no trató de huir del pájaro del lago, sino que salvó la vida a Elinor... ¡maldita Elinor, de todas maneras! Si Davis hubiera muerto por su culpa...

Y él había cruzado una distancia escalofriante hasta llegar a un planeta que en su mundo propio se desconocía. Quizás fuera que jamás tuvo el entrenamiento de ella. El concepto de diferencia cultural era algo nuevo; Barbara frunció las cejas y meditó en ello.

¿Cómo iba a poder un Hombre, rodeado por robots, con armas atómicas a su disposición, con vehículos que no necesitaban *orsper* para funcionar, sino que eran automóviles, con edificios tan altos como las montañas, cómo podía comprender aquello?

¡Pero era herejía admitir que esta criatura, casi de dos metros de altura, que podía sudar y sangrar y tener miedo, fuese un Hombre!

Entonces los Hombres eran algo más frío y remoto de lo que ella se había imaginado. Davis estaba *aquí*, cálido y respirando. Ella podía percibir el aroma propio de su piel; su barba era como espuma de oro a la luz del sol naciente y sus ojos eran azules con los brillos más fascinadores del mundo cuando reía. Sí, se puso a cantar para ella una dulce melodía mientras trabajaban y rió con Barbara, lo que quedaba muy por debajo de la pétrea dignidad de los Hombres.

Su mano rozó la rodilla de la muchacha, accidentalmente, y por un instante la rozadura pareció quemar y el mundo se nubló. ¿Qué la estaba pasando? Quería reír y llorar al mismo tiempo. Ya había llorado ayer, algo que ninguna Whitley hacía, una vez sobrepasaba la edad de doce años.

—¡Maldición! —exclamó Barbara.

—¿Qué pasa? —preguntó Davis.

—Oh, nada. Déjame sola, ¿quieres? —Pero en seguida—: No... ¡no quería decir eso!

Davis la obsequió con una larga mirada. Ella no pudo resistirla, necesitaba apartar los ojos. Frenética, acabó de ajustar el mango a su hacha. Davis se la sujetó y contempló cómo reafilaba el corte con unas piedras.

Valeria, en cierto modo con la ventaja de la ayuda de Elinor, había troceado al pájaro del lago. Su piel podía ser un valioso regalo para la Udall de la ciudad a que llegaran. Cargó a los *orspers* y dijo que sería mejor que ellas caminaran sin montar para no agotar más a los animales.

—Excepto Davis —dijo Barbara.

—¡Davis no importa! —saltó Valeria.

Barbara agitó el hacha hasta que la hizo silbar. El nuevo mango parecía lo bastante fuerte.

—Escapamos para librarle a él del enemigo —respondió rígida—. Ahora tiene una pierna herida. ¿Para qué habrá servido

llevárnoslo todo este camino, cabezota, si no nos cuidamos de él?

—Como quieras —se encogió de hombros su prima.

Caminaron despacio a lo largo de la playa. Davis cambiaba de montura de cuando en cuando. Hacia la tarde encontraron un sendero pisoteado que cruzaba un prado y pudieron divisar una columna ondulada de humo destacándose contra el Teseo poniente.

Barbara dirigió intranquilas ojeadas al sombrío bosque y empuñó la ballesta. Tenía la sensación de estar vigilada... sí, los pájaros cantores estaban demasiado callados. Bueno...

—Este camino parece encaminarse a la ciudad —dijo—. Podemos seguirlo.

Quien caminara por entre los árboles lo hacía sin ruido. Barbara estuvo segura de que allí había alguien.

Y este seguidor furtivo no obraba del modo que lo hacía la gente nacida cerca del Río Sagrado. Barbara se estremeció, recordando siniestras historias murmuradas por las viejas, de monstruos y diablos. Sin darse cuenta se encontró acercándose cada vez más a Davis.

Doblaron un recodo, donde una masa de juncos escondía lo que había detrás y fue entonces cuando tropezaron con las desconocidas.

Eran media docena, montadas, sus sombras negras y largas se proyectaban ante ellas. Eran todas Burke: mujeres altas y esbeltas con pelo negro y corto y ojos azules; sus rostros una pizca demasiado largos, pero las frentes amplias y las narices respingonas les habrían dado cierta gracia de no tener los labios demasiado finos. En su tierra las Burke eran soldados, artistas y artesanas en tiempos de paz... no muy populares por su costumbre de aparecer de pronto con ideas nada convencionales, pero a menudo llegaban a ser consejeras de las Udall.

Aquellas llevaban ballestas, jabalinas y en el cinturón un arma nueva para Barbara, un cuchillo o espada curva de un metro de largo, evidentemente diseñado para acuchillar desde lomos de un *orsper*. Iban peculiarmente vestidas, con pantalones de paño, camisas de mangas ajamonadas, jubones de cuero con una marca diferenciadora en cada uno de ellos.

Se produjo un ruido tras Barbara. Giró en redondo y vio otra docena de muchachas saliendo del bosque, rodeando al grupo. ¡Más

Burke!

Valeria alzó las manos desnudas.

—Venimos de Freetoon, más allá de las montañas —dijo—. Venimos en son de paz.

La mujer mayor, de unos cincuenta años pero todavía ágil, se adelantó a su tropa.

—¿A la otra parte de Smoky Pass? —hablaba con un acento entrecortado, difícil de seguir—. ¡Oh! ¿Qué es eso que va con vosotras?

Davis inclinó la cabeza en una reverencia.

—Soy un Hombre —dijo.

—¿Hummm? —Las Burke le miraron con dureza. No rompieron en una conversación entre sí, como habrían hecho las de Freetoon.

—¿Hombre? —repuso la más vieja—. ¿De dónde?

Davis señaló hacia al cielo.

—De ahí arriba, de las estrellas —las dirigió una sonrisa radiante—. Soy un artículo genuino. Tened cuidado con las imitaciones.

Hubo un largo silencio. La cosa era desconcertante.

—¿Qué queréis? —preguntó alguien.

—Eso lo discutiremos con vuestra Udall —dijo Valeria con altivez.

—Nuestra... oh. No tenemos Udall. Hablad al Consejo. Venid.

¡No tenían Udall! Barbara estaba demasiado estupefacta para hacer otra cosa que no fuera seguir a las jinetes cuando la apremiaron a que lo hiciese.

—Pero eso es terrible —murmuró Elinor temblando.

Davis contrajo los ojos.

—Aguardad un momento —exclamó—. ¿Hay alguien además de vosotras por aquí?

La jefa sonrió.

—No. Somos Burke de Burkeville. Yo soy Gwen, jefa del ejército.

—No parece mucho un ejército —dijo Valeria con altanería.

La dirigieron una mirada de desdén.

—No necesitamos gran cantidad. La guerra es estúpida. Si nos atacan, toda Burke se convierte en soldado.

No se dijo nada más. Barbara estaba azorada. *Claro, pensó con torpeza, claro que si todas son Burke pueden empuñar las armas. ¿Pero*

no tienen Udall? ¿Cómo deciden lo que hay que hacer? Luego, después de machacar un rato con el asunto: Supongo que todas deben querer lo mismo, así que en esa cuestión no debe haber mucho problema.

Ambos soles estaban bajos y Minos bien entrado en su segundo cuarto cuando llegaron a Burkeville. Había bastante claridad para ver por dónde se iba. La ciudad estaba construida sobre columnas en una estrecha bahía del lago, al estilo de las poblaciones lacustres o palafitos de la prehistoria terrestre, la constituían unos cincuenta edificios grandes, de madera y de un solo alero, con graciosas molduras labradas y pinturas llamativas. Esbeltas lanchas estaban amarradas a las pilastras, provistas todas de mástiles y velas plegadas... aunque Barbara no reconoció aquel detalle. Había un puente levadizo para cruzar por encima de diez metros de agua y que retumbó bajo las patas de los *orspers*.

Debió habérseles adelantado la noticia, porque Burke de todas las edades, salieron a las puertas de sus cuarteles. Hablaban poco una con otra, lo que no le pareció lo natural a Barbara. Aquí y allá, por encima de la cubierta de planchas que constituía el piso de la ciudad, se alzaban estatuas de madera. Parecían ser representaciones estilizadas de seres humanos y animales en plena acción violenta. El olor a pescado le dijo que Burkeville obtenía del lago la mayor parte de su alimento, probablemente sólo poseían pequeños campos cultivados en la orilla... sí, era casi seguro que fuesen un pueblo comerciante...

Unas dos mil adultas, calculó Barbara por lo que la azulada noche le permitía ver, y otras tantas chiquillas. Todas escasamente vestidas y con el pelo corto.

La partida se detuvo ante una casa del centro de la ciudad. Entraron sin la menor formalidad, dejando abiertas las puertas para que el resto de las mujeres pudieran mirar al interior. Una fila de labradas columnas rojas con parras y pájaros rebordeaba el salón. Había una chimenea, pero la mayor parte de la luz provenía de velas puestas en candelabros... quedando así la estancia positivamente brillante. Y hermosa, pensó Barbara, mirando sillas y mesas, los tapices de plumas y las placas de cobre.

Dentro se experimentaba mayor indiferencia hacia los vestidos que en Freetoon. La mayor parte de las mujeres apenas llevaban encima unos cuantos collares. Los ojos de Davis brillaron. Barbara

sintió una inmensa cólera. ¡De buena gana les diría unas cuantas cosas a aquellas frescas de escurridas caderas y pechos planos que parecían presumir de su desnudez ante Davis!

Varias mujeres maduras estaban repantigadas en sillones cerca del fuego. Se levantaron y miraron a Davis con fijeza. Al cabo de un minuto el joven se sintió incómodo.

—Hola —dijo.

—Saludos —la que habló iba un poco más adornada que el resto, con una falda de plumas y un plumón en el pelo. Contaría unos treinta y pico de años—. Soy Kathleen Segunda. Hablo en nombre del Consejo. Siéntate.

Davis lo hizo, sacudiendo la cabeza para aclararla.

—¿Qué pasa aquí? No entiendo. ¿Es que sois... ejem... todas Burke?

—Cierto. Vivimos como queremos. Todo el resto de mundo es estúpido —Kathleen dirigió una mirada retadora a las Whitley y ambas muchachas enrojecieron pero decidieron no tomarlo en cuenta—. Comenzó hace cien años. Flormead gobernaba y varias Burke se fueron juntas.

—Comprendo. Bien...

—En cuanto a vosotros. Oh, querréis comer y beber —Kathleen hizo un gesto con la cabeza a varias adolescentes que estaban cerca y que salieron en silencio—. Me alegro de veros. Sólo recibimos rumores de la otra parte de las montañas.

Valeria se aclaró la garganta.

—Hemos venido como refugiados, señora —dijo con la propia marca de orgullo y deferencia—. Pero no como pordioseros. Nuestras armas están al servicio de nuestras anfitrionas y si aceptas como regalo la piel de un gran pájaro que matamos ayer...

La estancia retumbó por causa de las carcajadas. Valeria se puso en pie de un salto.

—Perdonad —Kathleen se secó los ojos—. No es costumbre nuestra. Se dice que vosotras tenéis jefes y tonterías por el estilo. ¿Correcto? Como alguna gente de este lado, supongo.

—¿Y qué otra cosa podríamos tener? —preguntó Barbara excitada.

—Todas *nosotras* pensamos igual. Es natural. El Consejo toma las decisiones rutinarias. Eso no hace que las Consejeras sean

superiores a las demás. ¡Ah!

Las chicas volvían con pesadas bandejas. Davis, Barbara, y Valeria atacaron con hambre los alimentos. Elinor lo hizo con sus maneras afectadas. La bebida era simplemente jugo de cerezas sin fermentar. Kathleen y las otras les contemplaron.

—Y ahora —dijo la que llevaba la voz cantante cuando terminaron de comer—. ¿Quién eres tú? —Miró con fijeza a Davis.

—Davis Bertram —sonrió—. Un Hombre... un macho de la raza humana.

Hubo un rumor de susurros, pero sólo de las niñas.

¡De manera que lo afirma!, pensó Barbara. Estaba a punto de balbucir que mentía, pero cerró los labios. Valeria le dio un codazo al mismo tiempo. Sería de ayuda que las Burke quedaran convencidas.

—¿Historia? —preguntó por último Kathleen. Su rostro permanecía impasible.

Davis hizo un somero relato de su aventura.

Hubo otra pausa silenciosa. Se agitaron las cabezas despacio y los cuerpos esbeltos se pusieron rígidos. Unas cuantas lanzas se alzaron tras la puerta.

—Esperad —dijo Kathleen—. Esto es tan nuevo... que he de meditar... ¿Puedes demostrarlo?

—Claro —contestó Davis malicioso. Barbara sintió ganas de abofetearle.

—Hummm... nosotras jamás dimos mucho crédito a las historias divulgadas desde el Navío. Si los Hombres son machos humanos, eso significa que son tan humanos como... nosotras... no más. —Kathleen intercambió miradas con sus gemelas—. Asombroso. Duro de tragar, pero... —Y bruscamente preguntó—: ¿Cuáles son vuestros planes?

—Buscamos ayuda para recuperar Freetoon —dijo Barbara.

Hubo otra explosión de risas.

—No nos interesa —repuso Kathleen—. ¿De qué nos sirve a nosotras una ciudad mezclada?

—Nos dirigimos al Navío —añadió Davis.

—Hummm... sí, comprendo —Kathleen se levantó con cierta gracia displicente y femenina—. Ahora estáis cansados. Bienvenidos a Burkeville. Hablaremos mañana.

Era prácticamente una despedida, indicando que la audiencia había terminado.

XI

Las Burke vivían en cuarteles como las de Freetoon, pero no había distinción de las castas. Barbara fue conducida a una casa tan ornamentada como la sala del Consejo. El decorado carecía de un plan general; cada mujer poseía su propia zona de pared por encima de un lecho bajo y hacía allí lo que le venía en gana, pero el defecto general era de armoniosa repetición. Habían unos cuantos camastros vacíos, lujosos después de ver los montones de paja de Freetoon y de los petates de durante la marcha.

El ajetreo matutino la despertó. Se unió al resto de la cola para el desayuno, donde las cocineras servían pan y pescado frito. Era casi como estar en casa, excepto que las rancheras eran también Burke.

—¿Cómo arregláis a quién le toca cocinar? —se preguntó en voz alta.

—Todas, por turno, desempeñamos los menesteres inferiores —dijo una ciudadana—. Por otra parte, cada una se ocupa también de sus asuntos individuales.

La flota pesquera había zarpado ya. Por todas partes las Burke labraban, pintaban, tejían y había una sentada con un arpa componiendo una canción. Barbara sacudió la cabeza.

—¡No pueden hacer todo eso!

—Cualquier persona puede hacer muchas cosas —le dijo Davis—. Conozco a dos hermanos gemelos idénticos, en la Tierra. Uno es un psicotécnico y el otro capitán de espacionave. Y ambos tocan el segundo violín en una orquesta de aficionados. Yo mismo soy una especie de pintor.

—¡Oh, un *artista*! —gimoteó Elinor.

Davis parecía hoy menos interesado en ella. Por lo menos tuvo

el suficiente gusto de decantarse por las Burke, pensó Barbara con cierto rencor... y no es que eso fuese decir mucho. Habían algunas niñas nadando alegremente entre las playitas; los monstruos de al lado debían haber aprendido que aquella bahía no era segura para ellos. Davis miró la fresca superficie reluciente del agua, se desnudó y se dio un chapuzón. Al cabo de un momento, las Whitley le siguieron.

Davis era un buen nadador. Gritó, se zambulló y cogió a Barbara por un tobillo. Ella emergió jadeando. Él surgió a su lado y sonriendo la besó en los labios.

—¡No lo hagas! —carraspeó Barbara.

—¿Por qué no? Confidencialmente, Val y tú sois las más bien formadas de Atlantis.

—¡Basta de tonterías! —exclamó Valeria—. Estamos aquí a prueba. No me gusta ni pizca esta situación.

Se alejó con largas brazadas. Davis la miró malhumorado. Barbara utilizó la oportunidad para escapar... *¿escapar de qué?*, se preguntó. Aún tenía el fresco y agradable sabor en su boca, fruto de los labios de Davis.

Después se sentaron en el muelle, secándose, mientras las Burke se apiñaban en su torno. Hubo ansiadas preguntas y éstas alcanzaron respuestas lo suficientemente libres. Pero Barbara advirtió una especie de relajamiento y también una especie de relevos puesto que las palabras iban siendo pasadas de una a otra hasta la sala del Consejo. Eso la inspiró una sensación de intranquilidad.

Las Burke hablaban poco entre sí, según se dio cuenta; de ordinario no había motivos para la conversación. Había sí, algo psíquico en aquel lugar, decidió... jamás tuvo miedo a ninguna mujer, ni siquiera a la Vieja Udall, pero estas Burke eran demasiado extrañas para tener tranquilidad.

—¿Y de verdad que eres un Hombre? —preguntó una joven. Las chiquillas constituían una multitud, presentes en todo y muy por encima de cualquier restricción a su curiosidad infantil.

Davis asintió.

—Lo soy. Pero como dijo Kathleen, soy sólo humano.

Valeria y Barbara se miraron una a otra. ¡Charlando como un niño! ¡El muy estúpido! Si al menos pudiese actuar como lo haría

un Hombre, tendrían posibilidad de dominar a toda Burkeville.

Una mujer vieja frunció el ceño.

—Nunca hicimos mucho caso a los viejos cuentos —dijo—. Las Burke piensan por sí mismas. En la antigüedad, como razón natural, debió haber algún naufragio...

—Cierto —asintió Davis.

—Los Doctores tienen fuerza porque solamente los Doctores pueden fertilizar. Tratamos de construir una máquina fertilizadora. No tuvimos suerte. Así que hemos de pagar tributo y aguantar sus estúpidos ritos como el resto del mundo.

—¡Oh! —susurró Elinor—. ¡Hablando de esas cosas delante de... *criaturas!*

—¿Así que tenéis iniciaciones en vuestro lado de las montañas? Gran secreto. Igual que la gente de los pantanos. Pero todas conocemos la verdad desde que tenemos uso de razón.

El universo de Barbara, ya bastante maltrecho, se tambaleó y perdió unos cuantos más de sus ladrillos constructores. Aquellas Burke rompían toda ley del código existente. ¿Podría ser que el Padre no estuviese detrás de los Doctores?

Esperó un trueno. No ocurrió nada. Retadora, repitió el pensamiento. Al mirar por encima de su propia forma bronceada, no advirtió el menor incidente.

¡Pero entonces, pensó con frenesí, entonces todo lo que pretendía Davis tenía sentido! ¡Entonces él podía actualmente *ser* un Hombre!

Vagamente, a través del clamor de su corazón latiendo con fuerza, oyó la seca voz de la Burke:

—Claro que no decimos a los Doctores lo que pensamos. Educamos a nuestras hijas para que tengan la boca cerrada cuando llegue el legado.

—Chicas sensatas —comentó Davis.

Ahora estaba ya seco y se volvió a poner su faldellín y la capa. Las Whitley hicieron un rodete con su pelo mojado y le imitaron vistiéndose. Se las guio en torno a la ciudad, enseñándoles los lugares más típicos; la paz y plenitud de Burkeville fueron desplegadas ante el grupo y Barbara tuvo que reconocer que había cierta verdad, abundante verdad en lo que fanfarroneaban aquellas mujeres.

—Pero la vida debe ser aburrida —murmuró Valeria. Las primas habían encontrado una excusa para alejarse solas; el interés se centraba sobre todo en Davis—. La misma persona, una y otra vez...

—Sin embargo, una sola persona con muchas facetas o cuerpos...

—Sí... Val, estaba pensando... nosotras, nuestro modo de vivir, debe habernos degenerado en cierto modo. Cada cual sabe una sola cosa, tiene una pericia... cualquiera de esas Burke puede hablar de todo, hacerlo todo.

—Quizás tengas razón —asintió Valeria—. Hoy he albergado nociones parecidas y el Padre no me mató por tal blasfemia. Pero en realidad no creo que las Burke sean mucho mejor que nosotras.

—Hummm... sí. Comprendo lo que quieres decir. Ellas hacen todas estas cositas tales como elaborar y demás, pero una obra de cualquiera de estas mujeres es parecidísima a la de las demás. Y se pierden la diversión de hablar con alguien diferente. ¿Te acuerdas cómo discutíamos con Kim y Ginny?

De pronto las lágrimas asomaron a sus ojos. Vigorosa ante ella se alzó Freetoon... pero aquello estaba hecho, terminado, muerto. Incluso si volvía triunfal, expulsaba al enemigo y encontraba a todas sus amigas aún vivas... para ella no sería lo mismo, era todo demasiado estrecho y solitario.

Nunca podría volver a casa.

Quería encontrar a Davis y confiarle sus penas.

—Sería mucho mejor si vinieran los Hombres —dijo Valeria con suavidad—. Nunca hemos vivido como el Padre... o quién hizo las estrellas... que deseaba que viviéramos. Hemos vegetado tan sólo, esperando, durante trescientos años.

Barbara sintió que una sonrisa se le asomaba a la boca.

—Sería estupendo tener a un hijo varón —musitó. Luego, con una comprensión dolorosa exclamó—: ¡Pero Val! ¡Ber es un Hombre!

—Un podrido ejemplar de Hombre —repuso Valeria.

Barbara se sintió turbada. Pensaban de manera tan parecida que era difícil ver por qué Valeria despreciaba a Davis.

Su mente voló de nuevo al Hombre y se olvidó de la pregunta.

—Mejor será que volvamos —dijo Valeria—. No me fío nada cuando Davis está fuera de mi vista.

Elinor estaba sentada en el exterior del cuartel que les había sido destinado como alojamiento. Parecía pequeña y asustada. No había nadie más alrededor; las Burke se apiñaban de nuevo junto a la sala del Concejo.

—¿Dónde está Davis? —preguntó Barbara. Notó cierta tirantez en la garganta.

—Ahí dentro —Elinor señaló a la casa—. Enviaron a por él... ¡Esa Kathleen! —Alzó la cara, tenía los ojos casi desorbitados—. ¿Cuándo nos iremos de este terrible lugar?

—Tan pronto como sea posible —dijo con aspereza Valeria—. En cuanto podamos. Aquí no hay ayuda y yo no quisiera permanecer más tiempo.

Elinor comenzó a llorar, silenciosamente, ansiando estar de vuelta al lado de su querida Claudia. Las Whitley la miraron fulminantes y se apartaron.

—Daría cualquier cosa por oír lo que están diciendo —susurró Valeria—. Ya que no nos han mandado a llamar... la cosa no parece muy buena para nosotras.

—Quizás no pensaron —Barbara cruzó las planchas del suelo hasta llegar al borde de la multitud—. Dejadme entrar, por favor.

—Lo siento, pero no —una Burke armada agitó un sable—. Discusión privada.

—¿Qué hay de privado *aquí*?

Otras guerreros con pantalones se acercaron. El sol destellaba en sus cascos. Barbara maldijo y volvió al cuartel.

—Creo que deberíamos intentarlo —dijo Valeria—. El puente está todavía bajado y hay *orspers* frescos nada más cruzar la calle. Nadie mira...

—¿Y qué demonios sacaríamos? —repuso Barbara—. Sin Davis, no somos más que proscritas. Pero si yo pudiese oír...

Las Burke agrupadas susurraban, confiándose una a otra lo que se decía dentro del salón. Las más jóvenes seguían mirando furtivamente a las de Freetoon.

—Entremos —dijo Barbara—. Tengo una idea.

Después de aquellas miradas el encontrar el cuartel vacío fue un alivio. En el suelo había una trampilla, que se abría sobre el lago; algunas veces a las Burke les gustaba pescar por ella, o lanzar piedras a los barcos enemigos.

—Creo que puedo llegar al salón por aquí —dijo Barbara—. No hay nadie en el otro lado.

—Yo iré —exclamó Valeria.

—¡Tú *no* irás! ¡Yo lo pensé primero!

—Si... si alguien tiene que vigilar a esto —Valeria dirigió a Elinor una mirada hostil—. Ve, pues. Si me atacan, tengo mi hacha y puedo resistir un buen rato.

Barbara se desnudó y abrió la trampa. Se colgó del borde con las manos... el agua quedaba a tres metros por debajo. Valeria sonrió y le entregó un lazo de su equipo. Barbara bajó con precaución y comenzó a nadar.

Sol y sombra se mezclaban por debajo de los pilares que servían de soporte a las edificaciones lacustres. A través del agua clara, pudo ver el fondo poblado de algas y los peces escurriéndose por encima de las piedras. Las velas de la flota rojas y azules brillaban a unos cinco kilómetros, el bosque era verde y el firmamento brillante. Se estaba muy cerca del eclipse. Esperó hasta que Bee se colocó detrás de Minos. Ay derramaba una débil luz y el planeta lucía fantasmal y cubierto de bandas de densa oscuridad. Barbara subió por la escalera situada en el extremo lejano de la cubierta. Apenas pudo ver a la multitud instalada en el lugar opuesto del salón. Sus capas ligeras relucían. En cambio las formas de Barbara bronceadas por el sol tenían que ser visibles a aquella distancia.

Los trabajos no se detuvieron durante el eclipse... ¿Es que aquellas brujas no respetaban nada? Barbara cruzó corriendo las planchas, aprovechando cada casa para ocultarse. El salón estaba ante ella. Se deslizó hasta una de las grandes ventanas y con cuidado miró al interior.

Había sólo unas cuantas Burke hablando directamente a Davis. Todas excepto Kathleen eran viejas: las Consejeras más experimentadas. Se habían encendido velas para iluminar el salón durante el eclipse y Davis formaba una figura impresionante en medio del resplandor.

Habló y Barbara pensó —incluso ahora— que su voz profunda era algo maravilloso. Las Whitley eran contraltos, pero todas las Burke eran chillonas sopranos y...

—Está bien, Kate, así que te he convencido de que soy un Hombre.

—No del todo. Necesito una prueba final —¡Kathleen ni siquiera se ruborizó!

—¡Pues claro! En cuanto podamos conseguir algo de intimidad.

—Oh, ¿quieres que estemos a solas? Muy bien.

—Quién... ejem...

—Yo... Si todo va bien, si no resulto lastimada...

—No resultarás lastimada, nena —Davis sonreía como un besugo.

—Bueno.

Kathleen se despojó de su capa dejándola que cayese a sus pies. Debajo no llevaba nada. Se puso rígida, echando hacia atrás los hombros y el pecho provocativamente hacia delante. *¡Bueno, ella está exhibiendo cuanto tiene!*, pensó Barbara. Pero luego, obligada por un tozudo realismo: *Pues no está tan mal. De veras que no. Algo delgada, pero no hay nada mal formado. Tiene carne ocultando los huesos y formas bien dispuestas como cualquiera.*

Y pensó: *Davis también se ha dado cuenta* se preguntó por qué las lágrimas le turbaban la visión.

Kathleen cogió las manos del Hombre entre las suyas y le miró.

—Creo que el besarse es una costumbre muy extendida entre las tribus familiares —dijo ella.

Davis paseó la vista por la imposible audiencia, se encogió de hombros un poco, sonrió torcidamente y apretó contra sí a Kathleen. Ella colocó las palmas de las manos de él en sus redondas caderas de mujer y le acarició el cuello. Mientras se unían los labios, Barbara se dijo para sí con una maldición, que por más que tuviera ganas no gritaría, no protestaría.

—Bastante agradable —dijo Kathleen—. Veo posibilidades en una elaborada técnica de esto. ¿Qué métodos me recomiendas?

—Bueno, ejem, tú debieras intentar moverte un poquito —dijo Davis casi sofocado.

Ella se agitó. Los dedos le acariciaron con pericia, sensibles a las respuestas nerviosas del hombre. Cuando Davis apartó la boca para respirar, jadeó:

—¡Gran Cosmos! Nunca... creí que... una intelectual como tú... pudieras...

—Todas las artes mejoran cuando son analizadas —Kathleen estaba tan ruborizada y acalorada como él, que comenzaba a

respirar con dificultad—. Una vez consiga la experiencia necesaria, puede... sí... puede que originemos los dos nuevos estilos en este arte.

—¡Por todos los cielos! —estalló Davis—, vamos a acumular esa experiencia, rápidamente.

—Sí. En seguida. De todas maneras por el bien de todo Burkeville, será mejor que nos apresuremos a culminar ese proyecto. Vamos —le cogió por la muñeca y le guio hasta el interior del edificio.

Davis se vio asaltado por la duda. Su mirada se posó en las Consejeras. Todas tenían una expresión de avidez, pero la atmósfera era en cierto modo, antibiológica. Davis se aclaró la garganta.

—Aguarda un momento, tesoro. Comprendo tú, ejem, curiosidad natural. ¿Pero es que tenéis planes más allá de todo eso?

—Claro —Kathleen le sonrió—. Sabemos bastantes cosas, necesitamos Hombres. Pájaros vigilantes en primavera. Vosotros dais nueva experiencia, vida saludable, a toda la ciudad.

—¡Hummm... sí... en el transcurso del tiempo!

—¡E hijos! —El tono de Kathleen creció en fiereza—. ¿Piensas que nos gusta sometemos a los Doctores? Tú nos liberarás de los Doctores. Tendremos que esconderte, primero, jugando a la espera. Pero cuando tus hijos comiencen a crecer... ¿comprendido? *¡Poseeremos Atlantis!*

La mandíbula de Davis cayó. Dio un paso atrás.

—¡Espera! —exclamó—. Espera un momento. Pensé que me ayudaríais a recuperar mi propio Navío... y que yo podría traeros a los Hombres que necesitáis...

—¿Y que Burkeville se convierta en nada? No, no Davis. Tú te quedarás aquí.

—Pero...

Kathleen no hizo ninguna señal. Tampoco fue necesario. Una docena de guerreras salieron de la multitud, entraron en el salón y alzaron sus lanzas.

Davis miró en su tomo, frenético.

—¡Pero mis amigas! —balbuceó.

—Comida para los peces.

Un viento fresco se levantó, ondulando las oscuras aguas del lago. Barbara se soltó de la ventana. Nadie miraba en su dirección...

¡No debía haber nadie! Encontró la escalera y volvió al lago. Nadando despacio para tranquilizarse encontró las fuerzas necesarias.

Subió por la cuerda y entró en el sombrío cuartel.

—¿Y bien? —preguntó Valeria.

—¡Padre, Val! Esas brujas... van a conservarlo aquí... a matarnos... ¿dónde está mi armadura?

Elinor gritó. Barbara la cogió por los puños.

—¡Cállate! ¡Cállate o te mato!

Las Whitley comenzaron a ayudarse unas a otras, sujetándose las corseletas por encima de las faldas y faldellines de hierro, metiéndose las botas, calándose los cascos.

—¡Deprisa! —dijo Barbara—. El eclipse casi ha pasado. Elinor, ¿ves aquel establo de la otra parte de la calle? Saca cuatro *orspers*... de refresco... y... ¡sí! —Cogió una rama ardiendo de la pequeña hoguera—. Echa esto en la paja.

—Yo... yo... yo...

Valeria la ayudó a salir con una violenta patada.

—O haces eso o dejas que te corte la garganta, querida —dijo.

El borde oriental de Minos se volvía incandescente cuando las Whitley estuvieron vestidas. Se apresuraron a salir a la calle mientras Elinor empujaba a cuatro pájaros a través de la puerta del establo. ¡No había tiempo para ensillarlos ni para recoger petates!... pero sí eran necesarias riendas y la cabezota aquella se había olvidado de eso, claro. Barbara penetró en el establo. Las llamas comenzaban a crecer de una pila de paja seca. Arrebató de la pared los arneses y salió corriendo.

Una niña Burke las vio y gritó. La multitud se les enfrentó despacio, dificultada por su propia masa. Barbara colocó el bocado en el pico de un *orsper*, oyó el chasquido del cierre, tiró de la pieza superior y la pasó en torno a la tiesa cresta azulada, hizo que el pájaro se agazapase y montó, apretando el bucle al hacerlo. Elinor gimoteó. Valeria se inclinó en su montura.

—¡Enjaeza uno para Davis! —gritó.

Entonces las Whitley cargaron contra las Burke.

Que el Padre sea alabado, los *orspers* eran lo bastante estúpidos para volverse contra sus propias amas y aquéllos habían sido adiestrados como pájaros de Freetoon. Barbara dejó que picos y

zarpas se abriesen paso mientras se apoyaban hacia la derecha y empuñaba su hacha. No supo si iba a matar a alguien, ni le importó.

—¡Bert! ¡Bert, sal!

Una lanza arrojada rebotó en su coraza. Un sable mordió en su pierna, cortando la bota. Ella retrocedió y por poco cae. Hubo una comitiva de las Burke; gritaron y trataron de correr tropezando unas con otras. Las mujeres armadas hubiesen contenido fácilmente a las de Freetoon, pero la multitud las estorbó apartándolas en su huida.

Davis apareció. Osciló entre sus poderosos brazos los restos de una silla y dio un grito. Parte del cerebro de Barbara dijo que jamás había visto en aquel universo estrellado figura tan marcial y tan hermosa.

Bee se apartó de Minos, el pleno día iluminó el lago. De algún modo las Whitley y Davis habían vuelto al establo. El fuego se asomaba pálido a la puerta, los *orspers* de dentro gritaban. Barbara les tuvo compasión, pobres pájaros; esperó que los pudiera libertar, deseó que no hubiera sido necesario excitarlos demasiado para que galopasen durante un buen rato.

Davis se cogió de la cresta de un *orsper* libre. El animal se inclinó y le dejó montar, siendo un asiento precario sin estribos. Barbara advirtió con débil sorpresa que Elinor iba en su propia montura... había esperado que la Dyckman se quedase retorciendo las manos hasta que las Burke la mataran.

El puente levadizo atronó por debajo de ellos. Había un camino que partía de él, hacia el oeste, en la grande pendiente hacia el mar. El polvo se alzó bajo las acolchadas patas y Barbara se entregó al bamboleante ritmo de una galopada a toda velocidad.

Las Burke apagarían el fuego, pensó con tristeza, calmarían a sus *orspers* y les perseguirían con sillas y monturas de recambio. Confió que su grupo para entonces tuviera ya una ventaja insuperable.

XII

A varios kilómetros de la ciudad del lago, el *orsper* de Valeria tosió sangre y cayó sobre su pecho.

—Eso agotará rápidamente a tu pájaro —jadeó Barbara.

—Podemos turnarnos —contestó Valeria.

Reanudaron la marcha a un paso más lento. El camino era amplio y profundamente enraizado; debía ser una carretera comercial. El bosque se alzaba a ambos lados. El aire era ya más cálido. Los árboles tenían un tronco de madera dura y producían especias; insectos parecidos a las moscas relucían al sol. Aquella comarca formaba una fuerte pendiente que debía desembocar en algún valle producido por un gran río.

—Será mejor que abandonemos la carretera lo antes posible —dijo Barbara.

Davis asintió.

—Nunca... bueno, no diría que me hayáis salvado de un destino peor que la muerte, niñas, pero os estoy agradecido.

—Quizás ahora te portes bien —repuso la muchacha.

Davis se encogió de hombros. El gesto por poco le cuesta perder su asiento en los resbaladizos lomos del *orsper*. Se concentró en la monta.

¡Maldición!, pensó con rencor, *no estaba bien que le colocaran en un planeta lleno de chicas guapas y que le interrumpieran cada vez que las cosas se le ponían interesantes y prometedoras en el terreno amoroso.* Tuvo la sensación de que abusaban de su bondad.

Su mente volvió al abandonado *orsper*, muriendo en aquel calcinante camino polvoriento... pensó también en las Burke, las Greendale, las Freetooner, en la muerte y la crueldad, en Barbara y Valeria arrancadas de su hogar y cazadas a través de las altas

montañas. La situación no era noble para nadie. Y Davis Bertram era quien la había provocado.

Ningún tribunal le echaría la culpa. Pero, sin embargo, él *había* cristalizado en su tomo la crueldad y la muerte y su propia torpeza empeoró las cosas. Fortaleza, educación, un bien si de algún modo la mente enmohecida le daba el poder, y con él la responsabilidad, para tomar decisiones cruciales. Hasta ahora había fracasado en tal tarea.

Llenó su cerebro de tal cantidad de buenas resoluciones que en su agitación por poco vuelve a caerse. Costaba trabajo montar aquellos pájaros sin silla.

Muy abajo el camino se retorció, serpenteando por entre ribazos de viñedos. Los soles bajos destellaban en sus rostros. De vez en cuando se detenían para cambiar el doble peso de un animal a otro animal; cuando no, continuaban recordando las lanzas que quedaban a sus espaldas. Davis pensó que las Burke le matarían si no las concedía la exclusiva absoluta de sus servicios como macho. Estaban demasiado celosas de su propia sociedad. Aquella era una cultura que el Servicio decidiría si debía o no ser protegida.

Mientras, sin embargo, los *orspers* estaban cerca del agotamiento.

Valeria rompió el largo silencio.

—De nada nos servirá seguir cabalgando en estas bestias más tiempo. Nos cansamos nosotros y ellas y el enemigo tendrá pájaros de repuesto.

—También sillas de montar —añadió Barbara—. No podemos luchar contra jinetes adecuadamente instalados en sus sillas.

—Será mejor que lo hagamos a pie —terminó Valeria—. Los golpes pueden ser más efectivos. Si no soltamos a los *orspers* en estos bosques, les doy mi permiso para que nos asen bien doraditos y se nos coman para su desayuno.

—¡No! —Elinor se volvió verde de miedo.

—Sí —dijo Davis—. Desearía que no hablaseis de comida. He pasado todo el santo día sin que probara bocado.

Bee pareció fundirse en un ocaso de nubes cobrizas. Débil, a su derecha, se podía oír el rumor de una catarata. Barbara se frotó pensativa la naricilla.

—¿No hemos dejado atrás, a cosa de un kilómetro, un sendero?

—preguntó.

—Sí... un caminito con la hierba poco crecida —asintió Davis.

—Bueno, eso significa gente, y no creo que haya mucha gente amiga de las Burke. Especialmente si mantienes la boca cerrada, Bert, y te comportas como lo haría un Hombre.

—¡Uff!

Condujeron a sus *orspers* fuera de la carretera, desmontaron con cuidado y azuzaron a los pájaros para que siguieran bajando por la amplia ruta. Valeria se deslizó dentro del bosque; Barbara cerró la marcha en retaguardia, borrando las huellas. Después hubo un esfuerzo colectivo a través de la densa espesura hasta llegar a una zona más despejada.

La luz de Minos se desparramaba fría por entre las espesas hojas. El sendero era minúsculo, evidentemente raras veces utilizado, hundiéndose entre peñascos salientes y cañas subtropicales. Había un pesado olor a hierba verde, a vida verde, creciendo y pudriéndose; árboles salpicados de hongos fosforescentes, casi agobiados por las enredaderas; la cascada se oía cada vez más fuerte.

Pasaron dos horas largas antes de que llegaran a ella. Entonces emergieron sobre las mojadas piedras para ver un gran río, de brillo metálico bajo Minos, saltando por un precipicio de más de un kilómetro de altura. El planeta rey crecía brumoso en una fresca niebla en donde bailoteaban arcoiris. El estrépito de las aguas apagaba todo sonido de voz humana.

El sendero, desnudo y resbaladizo, se inclinaba para bajar al interior de un cañón. Valeria señaló hacia allí. A través de la brumosa y fría luz, Davis vio cómo la muchacha alzaba las cejas en interrogación y asintió. Ella se puso a la cabeza de nuevo, tanteando con cuidado el camino mientras la muerte irisada rugía junto a ella.

Davis dirigió una mirada a Barbara. La chica contemplaba el torrente con los ojos muy abiertos y los labios separados. Gotitas de humedad relucían como joyas en su pelo.

Pasada la medianoche llegaron al fondo del acantilado. Descansaron un rato, mirando el torbellino y la blanca columna de la catarata. Luego, con un suspiro, Barbara se puso en pie y siguió la marcha.

El sendero transcurría por la ribera. Al brillante e irreal

resplandor del planeta, Davis vio que las paredes del cañón se extendían delante de él hasta varios kilómetros. Pero el río también se ensanchaba, hasta que una masa de agua tan amplia como un lago manaba mansamente por todo el piso del cañón; aquel río era tan grande como el Colorado.

A través de un roto haz de rayos de luz de Minos, pudieron ver pequeñas islitas rocosas salpicando la superficie. Ahora que estaban bien alejados de la caída, el aire volvía a ser más cálido. Pero no había espacio para bosques allá abajo, ni siquiera para hierba. La caza sería pobre, si realmente había alguna.

Davis contó sus pertenencias. Las chicas llevaban su equipo de combate: armadura, hachas, ballestas, dagas, lazos enrollados en torno al hombro, y sedales en sus bolsas. Ningún petate ni sartén... oh, bueno, ahora estaban en un clima templado.

Él y Elinor sólo llevaban sus faldellines maltrechos y las sandalias que se desintegraban a cada paso.

Y mi fuerza, claro. Davis se miró complacido los músculos de su brazo. Dada la inicial distracción del ataque de las Whitley, había tenido poca dificultad en abrirse paso para salir de la Casa Grande de las Burke. Kathleen Segunda tendría un chichón en la cabeza como recuerdo suyo. *Y mi educación.*

Lo malo era que las ballestas sentían escaso respeto hacia la fuerza muscular y de nada servía que supiese cómo pilotar una espacionave y disparar un desintegrador si no se tenían a mano espacionaves y desintegradores.

Hacia la mañana, bajo un rosado firmamento en levante, Davis descubrió delante de él una isla realmente grande. Era casi circular, de unos diez kilómetros de diámetro y muy poblada de árboles. Nació a pocos metros de la orilla y pensó llegar a ella a nado.

Luego el resplandor del alba le mostró lo inaccesible del lugar: un borde gigante basáltico, negros acantilados alzándose verticales diez metros, con los árboles creciendo en su cima, nadie podría...

—¡Eh! —Valeria se detuvo; las piedrecitas rebinaron bajo sus pies.

Al cabo de un momento, Davis también lo vio: un esbelto puente colgante que iba de la parte del acantilado a la ribera. Quedaba anclado por cables de enredadera entrelazada a un mohoso pilote por aquel lado, llegando por el otro a los frondosos árboles de la

isla.

La ballesta de Barbara adoptó la posición de tiro.

—De manera que alguien vive aquí —susurró.

—Aquí es donde termina el sendero —asintió Valeria—. La cuestión es: ¿quién y cómo podemos hablar con los habitantes?

Davis sintió que era de su incumbencia abrir la marcha, aunque las entrañas se le contraían sólo de pensar en que le podían disparar con toda tranquilidad. Habló rápidamente, con la boca seca.

—Quienes quieran que vivan aquí no deben hacer mucho caso a las tonterías de las Burke o de nadie, a no ser de los Doctores. Esa isla debe ser autosuficiente y no puede ser tomada.

—¿No? —Gruñó Valeria—. Sola me abriría camino por ese puente.

—Todo cuanto tienen que hacer es disparar desde la protección de los bosques. Y mientras, con cortar esos cables, todo resuelto. El puente se derrumbaría. ¿Cómo se puede construir uno nuevo con las isleñas disparando impunemente contra los constructores?

—¿Y cómo llegaron ahí las primeras isleñas?

—Con escaleras, supongo. Lo que no resultaría teniendo enfrente una defensa adecuada.

—Hummm... sí. Comprendo —habló despacio, como si le supiera mal reconocer que él tenía razón.

Davis se detuvo al pie del puente. Debía haber alguien vigilando en el otro extremo, a la luz crepuscular, bajo los árboles. Hizo bocina con las manos y bramó:

—¡Hola, ahí! ¡Venimos en son de paz!

El eco multiplicó la voz a lo largo del río, devuelta la llamada por los muros empinados y los taludes del cañón. Hubo una breve espera.

Luego, una esbelta muchacha que como toda vestidura llevaba su larga cabellera castaño y unas cuantas flores, se adelantó a la cabeza del puente. Llevaba ballesta, pero no les apuntó con ella.

—¿Quiénes sois? —preguntó tímidamente.

—Es una Craig —murmuró Barbara a Davis—. En casa son todas poetisas y tejedoras. ¿Por qué una Craig ha de prestar servicio de centinela?

Davis se detuvo, adoptando el más impresionante de sus portes.

—Sabed que soy Davis, un Hombre venido de la Tierra para

cumplir la vieja promesa —entonó, aunque se sentía algo estúpido. Barbara reprimió una risita.

—¡Oh! —La Craig dejó caer su ballesta y soltó un gritito tembloroso—. ¡Un Hombre... *oooooh!*

—Vengo como vanguardia de todos los Hombres, los que regresarán para buscar a sus leales mujeres y expulsar el mal del mundo Atlantis —vociferó Davis—. Déjame cruzar vuestro puente para que pueda, ejem, reclamar vuestra ayuda en mi... ejem... cruzada. Sí, eso es, cruzada.

La Craig dio un gritito y cayó de bruces. Davis empezó a cruzar el puente. Era demasiado escarpado para hacerlo con una andadura impresionante, pero el resultado quedó perfecto... Bee empezaba a alzarse en una dorada llamarada por encima de la cascada. Barbara y Valeria subieron tras él; incluso Elinor pareció recuperar suficiente fuerza como para alisarse su cabellera.

Pasado el puente había un sendero descendente; la isla tenía forma de copa. Sólo los bordes contenían verdadero bosque; por las demás partes Los árboles crecían en ordenados setos. La hierba del suelo estaba recortada y había macizos de brillantes flores.

Unas pocas mujeres más salieron de entre los árboles, con sus ballestas y hachas bajadas. Eran tan esbeltas y bronceadas como la primera, así como escasas de ropa. Sus reacciones fueron satisfactorias, un aspecto de vasallaje y de sorpresa inaudita.

—Más Craig, un par de Salmon, una Holloway, una O'Brien

—murmuró Valeria—. Clases artistas, artesanas, histriónicas y de poetisas allá en la patria...

Davis se detuvo junto a la primera muchacha y la levantó del suelo.

—Puedes mirarme, querida —dijo untuoso. La muchacha misma era digna de ser contemplada también—. Vengo como amigo vuestro.

Ella se quedó como clavada y se ruborizó en varios lugares de su lindo cuerpo a la vez.

Una Holloway, bastante grande y corpulenta, se aclaró la garganta tímidamente:

—Nunca creímos que se nos concedería tan gran honor —susurró—. Pensamos que cuando vinieran los Hombres, ellos...

Davis se irguió.

—¿Dudas de que sea un hombre? —rugió.

—¡Oh, no, señora! —La Holloway se retorció las manos, temiendo caer fulminada por algún posible rayo—. Eres exactamente como dicen las canciones, grande y hermoso, con una voz como el Agua de la Cascada...

Ella misma, como las demás isleñas, tenía una voz muy agradable. El acento local era una mezcla curiosa de exacta pronunciación y melodiosos semitonos altos; todas ellas debían de haber pasado por una academia de dicción de primera categoría.

Mirando más estrechamente más allá de ella, Davis vio los macizos y jardines arreglados con un gusto exquisito.

Pero haría mejor en exponer su teología de manera directa.

—Hay mucho mal hecho aquí —declaró—, y es necesario deshacerlo. Yo, el Hombre, soy el encargado de esta misión... y la cumpliré, con estas mujeres que son mis leales ayudantes. Estoy aquí para unir a mi causa a todas las hembras de buena voluntad. Los Hombres ayudarán sólo a quienes se ayuden a sí mismas.

—¿Vendrán a nuestros hogares, señora?

—El tratamiento que me corresponde no es el de *señora* sino el de *señor*. Sí, descansaremos y nos refrescaremos con vosotras y luego conferenciaremos con vuestras jefas —Davis las regaló con una sonrisa espléndida y dio una palmada—. No... quiero decir, que no temáis. ¡Regocijaos!

—Gran charlatán —le susurró Barbara al oído.

—Cállate —murmuró Davis—. Ya me cuesta bastante mantenerme serio.

Las guardas no necesitaron más que su consentimiento para regocijarse. Alguna echó a correr delante, voceando la noticia, mientras que otras se precipitaban a cortar flores y arrojarlas delante de Davis, para que las pisara al avanzar. Cuando hubo caminado por dos kilómetros largos de parque, sonriendo como un político representando a su gobierno en una misión cultural, y con toda la población a su encuentro.

Según vio, había unos veinte genotipos, todos de la variedad artística-artesana. En total sumarían más mil almas, incluyendo las niñas. Se habían puesto sus mejores ropas, vestidos de lana, turbantes de encaje, bonetes de pluma, blusones drapeados...

El efecto total le dejó asombrado, era una masa de colores cuidadosamente escogidos, rojo llama y azul cobalto, verde bosque y oro cálido y cobre bruñado.

Todas mostraban señales de llevar una buena vida; las más viejas estaban enormemente gruesas y las jóvenes esbeltas y llenas de gracia, con rostros intrincadamente pintados.

Bailaron a su alrededor, cantando a coro, flautas silvestres y un gran tambor atronaron el aire del bosque. Las flores llovían a su paso y se enredaban en el crecido cabello de Davis.

Hubo madres que apretaron a sus hijas contra su cuerpo o que las tendieron para que las rozara con las manos. Pájaros domésticos con colas como fuego llameante, revolotearon por la hierba; imponentes árboles se vieron repletos de estatuas vivientes que desde sus ramas contemplaban el paso del Hombre; el viento matutino fue como una bendición acariciando la tierra.

El pueblo estaba anidado en el fondo de la copa, era sorprendentemente grande. Pero cada choza de sencilla hierba seca albergaba a pocas personas...

¡Por Cosmos, aquel era un lugar donde uno podía gozar de cierta intimidad, cosa que no parecía posible en Atlantis!, pensó Davis.

Había una gran casa en el centro de la ciudad hecha de una especie de bambú, probablemente dedicada a fines públicos. Daba a una plaza verde rebordeada de hornos domésticos.

Las últimas doce horas abrumaron a Davis. Logró sin embargo inyectar suficiente pompa a su demanda de desayuno y cama donde dormir. Le trajeron huevos, fruta, pastelillos y vino de cerezas. Luego le condujeron hasta la casa de la jefa y lo acomodaron en una hamaca de plumas, arrullándole dulcemente mientras le mecían.

Nadie habló ni susurró en todo el tiempo que pasó dormido.

XIII

Davis despertó cerca de la puesta del sol. Una chica acostada junto a su cama agitó su brazo a través de la encortinada puerta. Otras que debían haber estado esperando entraron, para arrodillarse con toallas y jofainas de agua caliente, o quedarse en pie tocando el arpa.

—Bien, bien —Davis dio un bostezo enorme—. Esto es más apropiado. ¿Cuándo comemos?

—Se ha preparado un festín, con nuestras mejores pero quizás despreciables golosinas, si el Hombre quiere dignarse probarlas.

Davis saltó de la cama. Habían cubierto el suelo con pétalos de flores. Las chicas evidentemente esperaban verle bañarse, pero las echó de allí jugando con ellas.

Un faldellín bordado, un penacho emplumado, brazaletes de oro y una daga con su funda de cuero repujado le habían sido preparados. Se vistió y cruzó la puerta.

Bee estaba bajo entre los árboles del borde de la isla; las sombras sobresalían del gran cuenco, pero el aire era suave. Las mujeres se apresuraban en torno a los hornos de asado. Cuando Davis salió, un grupo de músicas atacó una composición y otra banda de muchachas elegidas por su juventud y belleza salieron al césped verde para bailar ante él.

Valeria estaba en pie esperando. Se había aflojado su pelo rojo, abandonado la armadura en favor de un simple faldellín y corpiño, pero la mano izquierda con la cicatriz estaba apoyada en su espada.

—Bueno —dijo—, te ha costado bastante. Nadie podía comer antes que tú, y yo estoy hambrienta.

—Parece que hemos encontrado la clase de lugar que nos merecemos —dijo Davis. Comenzó a rodear la plaza hacia una

marquesina ricamente drapeada con capas de plumas, Barbara se le acercó indolente, mirando a la Claudia que llevaba los ornamentos de la jefatura y un bastón de mando ricamente elaborado.

—No lo sé —contestó Valeria—. Son lo bastante amistosas, pero sin entrañas. Este lugar es tan fácil de defender, que ni siquiera necesitan una casta guerrera... nunca la han tenido.

—¿Cómo se llama?

—Lysum. Es otro vástago de la misma no conquistada de la que las Burke huyeron. En este caso, sólo cierta clase de piernas consiguieron reunirse. Pueden pescar en el río, tienen aves domésticas, frutos y nueces durante todo el año, madera y metal que quedan ya almacenados... ¡jamás tienen que recurrir a ninguna parte! —Valeria parecía disgustada.

Davis se dio cuenta de que su amiga estaba siendo injusta. Su propia joya de virtudes repulsivas, la dureza y la falta de miedo, serían aquí tan abundantes como los colmillos en una tortuga.

—¿Entonces, cómo pasan el tiempo? —preguntó él.

—Oh, hacen el escaso trabajo que hay aquí y el resto de las horas se dedican a las artes, a la poesía, artesanía, música, flores... ¡Va!

Mirando la madera delicadamente labrada, sutilmente diseñada en sus ornamentos, con intrincadas figuras de danza, escuchando la música coral que era felinamente excelente, Davis se hartó de Valeria. Nadie tenía derecho a ser tan estrecho de miras, aquí en Lysum parecían todos tan libres como Burkeville... no, infinitamente más; aquí no existía la mortal monotonía de un sólo genotipo. Eventualmente, sin duda, esta cultura moriría si se la dejaba sola... pero hoy era joven, creadora y feliz.

La Craig de la marquesina y el estrado se puso en pie para recibirle. No era lo bastante vieja para estar gorda; si tuviese una barbilla más fuerte quizás sería muy bonita... aunque Barbara, en faldellín y jubón, era superior en belleza.

—Se habían venido entre nosotras, Hombre —ahora que la primera impresión había desaparecido, la Craig hablaba con confianza—. Atlantis no había conocido jamás un día más feliz que éste... ¡oh, estamos tan *emocionadas*! Que el Lysum es tuyo.

—Gracias —Davis se sentó y ella bajó hasta el suelo para colocarse ante él—. ¿Eres tú la jefa de aquí?

—Sí, señor. Yvonne Craig, Prezden de Lysum, tu servidora.

Davis miró en su tomo.

—¿Dónde está Elinor?

—Aún durmiendo, claro —repuso Barbara con desdén—. ¿Quieres esperarla?

—¡Cosmos, no! ¡Cuando queramos... quiero decir, Prezden Yvonne, el banquete puede empezar!

Sonaron los cuernos, el baile terminó, las mujeres de Lysum ocuparon apresuradamente sus lugares. El rango parecía estrictamente de acuerdo con la edad, la más vieja se sentaba en el suelo al lado de Davis... lo que era una lástima, en cierto modo, aunque resultaba también agradable ver una sociedad sin castas. Las niñas comenzaron a servir en seguida y aquello resultó un alivio.

La comida fue deliciosa; lo primero cocinado que había encontrado en Atlantis. Y los platos se sucedieron y los vasos de vino de madera se mantuvieron siempre llenos.

El sol poniente ardía a través del firmamento. Teseo, medio lleno, salió de detrás de Minos para añadir su luz rojiza; las estrellas empolvaban un cielo de terciopelo y una cálida brisa manó desde el borde de la isla con un olor a especias. Davis siguió comiendo.

Sonaba la música y nadie hablaba. Se inclinó hacia Yvonne.

—Estoy complacido con lo que he visto aquí —le dijo.

—Eres *tan* dulce... quiero decir, gracioso —soltó una risita de felicidad.

—En todas las demás partes el diablo anda suelto. La voluntad de los Hombres es que haya paz total, pero primero han de castigarse a los malhechores.

—Tu mujer de servicio —eso consiguió que Barbara frunciese el ceño y Valeria hiciese un gesto de desdén—, me ha dicho que las Burke se habían atrevido a retenerte por la fuerza.

—Oh, sí. ¿Entonces conoces a las Burke de Burkeville?

—Ligeramente, señor. ¡Mala gente! En realidad, no sé dónde va a parar el mundo. ¿Por qué no se dejan en paz las personas unas a otras? —Yvonne había bebido algo más de lo prudente, como casi todo el mundo, y hablaba de prisa—. ¡*Sinceramente*, señor, tú no *creerías* cómo son algunas de esas ciudades! Gracias al Padre que no tenemos mucho que ver con ellas. ¡Son simplemente *viles*!

Las Whitley flanqueaban a Davis a ambos lados de su asiento. Valeria se inclinó y susurró:

—¿Ves lo que yo quería decir? No encontraremos ayuda aquí. Le dije a esa gordinflona que necesitábamos que nos dieran algunas lanzas y ella por poco se desmaya.

—Hummm... sí —Davis sintió un momento de tristeza. No podía buscar en Lysum asistencia armada, si se lo ofrecía, serviría poco menos que de estorbo, ni tampoco podía quedarse allí anclado para siempre. No le extrañaba que Val tuviera tan bajo concepto de las isleñas; ella se sentía más desencantada que intolerante. No era una mala chica, Val, aun con su carácter agresivo. Davis agitó su vaso de vino. Su mano libre rodeó la cintura de Barbara. Ella lo miró brumosa.

—Fuerte, esta bebida —dijo ella—. ¿Cómo se llama?

—Un vaso de vino y tú —sonrió Davis.

—Burbujas en mi cabeza... —Barbara se apoyó contra él.

—Oh, aquí viene el postre —dijo Yvonne.

Davis apenas pudo fijarse en la elaborada confección.

La Prezden le dirigió una larga mirada. La luz de Minos se desparramaba sobre las acurrucadas formas femeninas.

—¿Nos solicitarás a todas nosotras esta noche?

—¡Sí! —exclamó Davis.

—Adelante —el tono bajo de voz de Valeria sonaba malhumorado—. Supongo que no ofenderá las costumbres de aquí.

—¡Y un infierno! —Barbara abrió los ojos, se sentó erguida y le dirigió una mirada asesina a Davis.

Yvonne parecía azorada. Barbara parecía estar lo bastante atenta para iniciar una discusión y eso no sería conveniente. Davis derramó en cierto modo una generosa benevolencia.

—Te doy las gracias —dijo—. Sin embargo, no sería adecuado. Esta noche debo, ejem, pensar en pesados problemas. Quisiera estar solo.

Yvonne inclinó su cabeza de largas trenzas.

—Como el Hombre desee. Mi casa es la suya —su dignidad se colapsó en un balbuceo—. Yo también soy suya, si él cambia de idea. O cualquiera de nosotras; se mostraría tan *emocionada*...

¡Rayos de sol!, pensó Davis. Aquella era una ocasión demasiado buena para desperdiciarla. ¿Qué diablos le pasaba a Barbara?

Estaba sentada mirando pensativa a Minos, a punto de llorar. Sin duda, demasiado vino.

Yvonne se puso en pie y dio unas palmadas.

—El Hombre desea estar solo esta noche —gritó—. ¡Todas vosotras, muchachas, marcharos!

A los cinco minutos las cortinas que hacían oficio de puerta se habían cerrado tras la última isleña. Davis se ha quedado boquiabierto. Eso no era lo que él deseaba, lo que había querido decir.

Valeria se puso en pie, puso un brazo debajo de los hombros de Barbara.

—La llevaré a la cama —dijo con frialdad—. Buenas noches.

—Oh, no, no lo hagas —contestó Davis—. Vete tú sola. Babs y yo tenemos que discutir un asuntillo acerca de quién es el jefe aquí.

Valeria sonrió.

—¿Te atreverías a impedirme que me la lleve... Hombre?

Davis las vio desaparecer en una de las chozas.

—¡Muerte y destrucción! —exclamó triste, y se sirvió otra copa.

Se sentía achispado, pero no tenía sueño. Al poco caminó cruzando un retazo de césped cubierto de reluciente escarcha, bajó a la sombra de los altos árboles.

El hecho es, y podemos encarnarnos a él con nuestra usual modestia, que Barbara se ha enamorado de mí. Quizás ella no se haya dado cuenta todavía, pero conozco los síntomas. ¿Y bien?

Davis se dio cuenta de que se encontraba algo asustado... no de ella, decidió después de meditar un poco, sino de las consecuencias que en sí mismo traería. De vez en cuando, había habido chicas así y él huyó de ellas como un conejo asustado. ¡No quería verse atado todavía!

Trepó por la larga ladera hasta que estuvo al borde de la isla y miró a través de la atorbellinada oscuridad del río. El agua murmuraba y succionaba bajo él, en su torno, la luz de Minos y las dos lunas se rompían en la superficie; vio espuma en donde una roca sobresalía del nivel del río.

Permaneció en pie un rato, mirando. Después de todo, él no era importante; no era nadie, aquella rota espesura de piedra y agua y de luz y la luna. No podía alejarse simplemente de Barbara; la necesitaba cuando menos para guía. Pero él no era tan

irresistiblemente maravilloso como para que la joven no pudiese olvidarle en cuanto llegasen otros hombres del espacio.

Si ella se ponía furiosa con él, pensó angustiado, la ayudaría a recuperarse del deslumbramiento del amor. ¿Y cómo podría enfadarla? Oh, con los celos. Un Hombre tiene todos los derechos del mundo de cambiar de opinión; no habría desilusión en Lysum si él... Sí, ya se habían desencantado con él; sería mejor que remediasse la situación.

Comenzó a volver rápidamente hacia el pueblo. Veamos, ahora, el protocolo hacía indudablemente a Yvonne como candidata para pasar la noche... ejem, ¿y en qué choza se albergaba la jefa ahora?

Salió a un claro, con el valle abierto ante él bajando hasta las oscuras calles y casas, y se detuvo. Se le acercaba una forma humana.

—Barbara —dijo con un murmullo.

Ella se le aproximó, sonriendo y sacudiendo el cabello rojo para que quedase libre sobre su espalda, pero con ojos muy grandes, solemnes, algo temerosos.

—Bert —susurró—. Quería hablar contigo.

No tenía derecho a estar tan guapa. Davis se sofocó. Ella se detuvo y se plantó con ambas manos entrelazadas a su espalda, como una niña. Era la única apariencia infantil en ella, cosa que Minos se encargó de dejar bien claro.

—Ejem..., claro... lograste desembarazarte de esa despreciable prima tuya, comprendo —comenzó débilmente.

—Está durmiendo. Yo quería que esto fuese una cosa entre tú y yo, entre los dos solos.

—Ejem, sí, claro. No se puede arreglar nada con Valeria metiendo la nariz en el asunto. Hazle una pregunta civil y conseguirá una guerra civil.

—Val... ¡oh! —La chica apartó la vista. Luz y sombras la bañaron y de pronto volvió la cabeza para mirarle de nuevo—. ¿Qué es lo que tienes en contra de Valeria?

—¿Qué es lo que tiene ella contra mí? —Davis se encogió de hombros—. Supongo que es quisquillosa por naturaleza.

—Tiene buena intención. Lo que ocurre es que ella... nunca sabe del todo qué es lo que dice... y te tiene miedo.

—La conozco. *Somos* de la misma sangre. ¿No puedes...?

—¡Que se hunda Valeria! —dijo Davis con voz gruesa—. Ven aquí tú.

Ella se deslizó entre sus brazos, quitó las manos de donde las tenía enlazadas en su espalda y las cerró en torno al cuello varonil. Él la besó, tomándose tiempo y saboreándolo... Su respuesta tenía una provocativa torpeza. La respuesta de ella.

La joven apoyó el rostro contra el pecho del varón.

—No podía soportarlo, Bertie —confesó—. Tú y todas aquellas mujeres...

—Cuando lo pones de ese modo, parece como si cada mujer de la galaxia se muriese por mis pedazos —dijo Davis.

Ella alzó de nuevo la vista; la fría luz dorada brilló en sus lágrimas.

—¿De veras piensas en lo que me has dicho?

—Claro que sí —dijo Davis, sincero después de todo. Por lo menos, estaba dispuesto a pasar por alto el mundo en Lysum si...

—Yo tenía tanto miedo —dijo ella de manera entrecortada—. No sé lo que me está pasando, creí que estaba embrujada.

—Pobre pequeña Babs —le acarició el pelo—. Siéntate.

Pasaron un minuto sin decirse palabra. Davis estaba encantado de ver lo aprisa que ella aprendía.

—Yo siempre me encuentro sola —dijo la muchacha por fin—. Tenía que estarlo, ¿no lo comprendes? Era duro para mí admitir... que yo podía pertenecer a otra persona...

Conmovido, la besó con más suavidad. Estaban a la sombra de un frondoso árbol; apenas podía verla excepto en su forma cálida y vibrante muy próxima a su cuerpo.

Ella aguardó un poco, como si estuviese reuniendo valor, luego dijo:

—Haz lo que quieras conmigo, Bert.

Davis extendió los brazos para cogerla... y se detuvo, frío, se detuvo, frío.

Una cosa era hacer el amor a Elinor, a Kathleen, a Yvonne. Barbara era un caso por entero distinto. No podía echar a correr y abandonarla; él tenía que ser consecuente consigo mismo, con su conciencia. No era un bribón de aquella calaña; la joven era también muy sincera y cordial y si la abandonaba la heriría demasiado, si la abandonaba, si al final se marchaba.

Al mismo tiempo, él no iba a humillarla con una marcha tormentosa y brusca. Ese había sido el plan, media hora antes, pero las condiciones habían cambiado. Se necesitaba tiempo para decidir a ver qué es lo que realmente él quería.

—¿Y bien? —preguntó la muchacha.

—Bueno, esto es un asunto serio —dijo Davis—. Será mejor que te lo pienses durante un ratito.

—Vida mía, me lo he estado pensando durante días.

—Sí, pero...

—¡Nada de peros! ¡Ven aquí! —Las manos pequeñas y callosas se cerraron en sus muñecas.

Davis habló extensamente, pero no estaba seguro de lo que decía. Al final, con el sudor corriéndole por las costillas, le preguntó si entendía.

—No —suspiró ella—. Pero supongo que tú tienes mejor criterio.

—Me preguntaba... ¡Pero no importa! Claro que sí lo tengo.

—En realidad ya ha sido suficiente estar aquí contigo. Habrá otras ocasiones. Cuando tú quieras...

—¡No digas eso! —gimió Davis—. Dame un beso y vete a la cama.

Ella se lo dio y se marchó. Luego, al levantarse:

—Hay una cosa, amado mío. Las otras de nuestro grupo...

—Humm, sí. Sé arreglármelas con Elinor, pero me sabría mal pensar en lo que diría Val.

—No se lo cuentes a nadie. Ni siquiera a mí... ni aun cuando estemos a solas.

—Está bien. Así la cosa será más fácil. Vete, tesoro mío. Necesito pensar.

—¿En la Craig? —preguntó ella con frialdad.

—¡Cosmos, no!

—Te mataré si lo haces. Y lo digo de verdad.

—Sí —murmuró—. Estoy seguro de que sí.

—Buenas noches, Bertie. Te quiero.

—La palabra —le aclaró él—, es *te amo*.

—Entonces, te amo —ella se echó a reír mezclando un sollozo y bajó corriendo la colina.

Davis se puso en pie. La joven corría como un ciervo, pensó... ¿Por qué no se la podría adiestrar para la exploración espacial? Los

matrimonios formando equipo eran bastante comunes...

La chica tropezó y extendió las manos, recobró el equilibrio y continuó.

Davis se quedó sin aliento. En la mano izquierda de la joven había una cicatriz.

XIV

Barbara despertó y deseó no haberlo hecho.

Había martillos golpeando detrás de sus ojos y tenía una sed abominable. Un jarro de agua junto al lecho fue como una tabla de salvación. Tomó un larguísimo trago. En seguida el planeta comenzó a valsear en torno a la muchacha.

Se cogió la cabeza y soltó toda una sarta de juramentos de caballería. La joven

O'Brien

que estaba mirándola se ruborizó.

—¿Desea algo mi señora? —preguntó tímidamente.

—¡No me grites! —repuso Barbara con un aullido—. ¿Qué fuego y trueno me hicisteis beber anoche?

—Solamente lo que tomó todo el mundo en el banquete, señora mía, y el vino... oh, comprendo, si mi señora me lo permite... —

La O'Brien

se marchó de nuevo.

Barbara giró hasta quedar tumbada sobre su estómago y enterró el rostro en las manos. Recuerdos nublados le volvieron a su mente; sí, Val la había ayudado a acostarse y entonces se durmió... Davis estaba haciéndole ojitos a la panzuda Yvonne... ¡Padre!

La O'Brien

volvió con un cuenco de té de hierbas. Eso la alivió. Sirvió después el desayuno y la vida tuvo un aspecto meramente desolado. Barbara salió bailando al exterior.

Era poco después del eclipse. Las isleñas se preocupaban de sus asuntos ordinarios con sus modales naturalmente descuidados. La Prezden Yvonne corrió zalamera a saludarla, pero recibió una mirada asesina y retrocedió. Barbara logró encaminarse hacia un

seto frutal.

Apareció Valeria a la vista, con el pelo suelto y reluciente de humedad.

—Oh, hola pequeña —sonrió—. Te recomiendo un chapuzón. El agua está estupenda.

—¿Qué motivos tienes para sentirte tan feliz?

Valeria dio unos cuantos pasos de la danza militar del hacha.

—Hermoso, hermoso día —canturreó—. *¡Amo este lugar!*

—Entonces la cosa será mala cuando nos marchemos de aquí.

—¿Y para qué tenemos que irnos?

—¿Qué motivos tenemos para quedarnos? ¿Quieres que Davis se las entienda con todas las mujeres de Lysum? —Barbara dio una triste patadita al suelo—. Me imagino que él sigue todavía acompañado.

—Bueno, se fue a la cama un poco tarde, querida mía —dijo su melliza—. Pero se quedó paseando por ahí, solo, pensando.

Barbara comenzó:

—¿Cómo lo sabes?

Valeria se ruborizó:

—Yo no podía dormir. Me senté y estuve mirando hasta casi salir Bee.

—Entonces hoy deberías estar roncando.

—No necesito dormir —Valeria saltó para coger una fruta roja, la sopesó y la mordió con sus pequeños dientes blancos—. Mira, Babs, no tenemos ninguna clase de prisa. Necesitamos descanso y éste es el lugar más adecuado para obtenerlo. Además, hemos de conseguir *orspers*... negociar con alguna otra ciudad; aquí no los tienen...

—Me imaginé que lo sabías. Una de las mercaderes locales me lo dijo ayer. Este río desemboca derecho al mar y la catarata de detrás nuestro es la última. Ahí tienen lanchas. Tripularemos una y haremos el viaje más rápidamente. Así es cómo van las Lysumitas al Navío. Se paga el pasaje a la gente de mar y...

—Oh, infierno, Babs —Valeria le puso una mano sobre el hombro—. Tenemos la máxima oportunidad de que nos maten en algún lugar del camino y la vida es demasiado buena para desperdiciarla. Por lo menos, tomémonos unos cuantos días de descanso.

—¿Qué demonios te ha pasado? —Barbara contrajo sus ojos.

Valeria no respondió, se limitó a alejarse por la ladera hacia el pueblo.

Barbara deambuló triste en dirección opuesta. El consejo de su primera era duro de rechazar, pero no le gustaba. Aquel lugar era inmensamente dulce. ¡Aquella Yvonne... agh!

Pasó junto a los guardas del puente, ignorando su saludo y caminó cruzando la playa. El agua apareció limpia y fresca. Se quitó las ropas y se metió despacio y malhumorada en la suave corriente.

El nadar fue una ayuda. Sentada de nuevo en la rocosa ribera, se encontró con la cabeza lo bastante clara como para afrontar el problema. Lo que ella deseaba es que Davis fuera suyo, de ella solamente.

Lo que eso significase, no lo sabía, pero el pensamiento hacía que en su cuerpo el calor y el frío se persiguiesen por toda su piel. Estaba su chocante y lenta risa, sus canciones y su gentileza...

Entonces lo más indicado era decírselo a Davis. Esta noche, cuando todo el mundo durmiera, ella saldría en secreto, lo buscaría y... sin saber cómo el pensamiento le dio vértigo. Pero saber qué terreno pisaba y qué es lo que quería, era como un vaso lleno de bebida refrescante. Quizás tan traicionero como el licor, pero no se podía vivir sin correr riesgos.

Se volvió a poner la falda y regresó casi feliz.

Elinor se hallaba delante de la Casa Grande charlando con una Holloway.

—Oh, querida, no lo creerías, es simplemente *terrible* cruzar el paso, con sinceridad pensé que me moriría de frío y ya sabes que yo estaba acostumbrada a cosas *mucho* mejores en Freetoon, era en realidad muy importante... Oh, Barbara.

La Whitley sentía una benevolencia general.

—Hola, querida —sonrió y acarició el pelo de la otra muchacha—. Estás guapísima —agitó la cabeza y se fue.

—¡Bueno! —exclamó Elinor—. ¡Bueno, jamás lo creí! Después del modo en que me ha estado tratando, venir a acariciarme como... prudencia, cariño, déjame que te cuente...

Davis salió de la cabaña de la Prezden. Parecía decepcionado. El corazón de Barbara se volcó hacia él con piedad. Corrió en su busca llamándole por su querido nombre y preguntándose por qué Davis

se sobresaltaba.

—Bert, ¿qué te pasa? El día es hermosísimo. ¿No te sientas bien?

—No —dijo Davis con voz hueca.

Valeria se les unión. Barbara jamás había visto a su prima caminar de aquella manera tan ondulante... oh, casi parecía una Dyckman. ¿Es que todo el mundo se estaba poniendo cursi y odioso?

Davis comenzó:

—Sacadme de aquí —dijo con un murmullo.

Las mejillas de Valeria flamearon.

—Hola —dijo. Su tono no era tan frío como de costumbre.

—Puaff —exclamó Davis, retrocediendo.

Barbara le cogió por el brazo y miró con reproche a Valeria.

—Es una vergüenza que vosotros dos no os llevéis bien —dijo—. Juntos hemos pasado muchas calamidades.

Valeria sacó su cuchillo y comprobó el filo con pulgar. Davis se volvió verde y se apartó bruscamente de Barbara.

—No me encuentro nada bien —dijo—. Dejadme tranquilo, por favor, durante un rato, las dos.

Mientras se marchaba tambaleándose, Barbara se volvió a su melliza rabiosa.

—¿Por qué no apartas de una vez tus zarpas de mis asuntos?

—¿Qué asuntos? —Valeria lanzó el cuchillo haría arriba y lo cogió en un vuelo.

—¡Cuando tengo asuntos privados que hablar con él, no te quiero cerca!

—Oh... ¿de modo que es eso? —Valeria permaneció plantada un rato, pensando—. Creí que tendrías bastante decencia para quedarte en tu choza por la noche.

—Sólo porque tú eres un besugo idiota con un pedernal por corazón...

—De hecho —empezó Valeria—. Debo insistir, Babs, que...

El musical sonar de un cuerno las interrumpió.

Ambas notaron sus tendones tensos.

—Del puente —dijo Bárbara con la boca contraída—. Alguien viene.

—Puede que no signifique nada —respondió Valeria—. Pero no corramos riesgos. Será mejor que nos apartemos de la vista. Recoge

a Elinor, yo me haré cargo de Bert. Nos reuniremos en esa espesura que se alza sobre el borde.

Bárbara asintió y se fue corriendo. Elinor, desperezándose lánguidamente ante la corpulenta Holloway, se vio de pronto arrastrada y llevada casi en volandas.

—Vamos —dijo Barbara.

—¿Qué te propones, tú... tú *criatura*?

—Salta —una daga relució bajo el firmamento.

Valeria vio a Davis tras ellas. Cosa rara, parecía casi aliviada ante la perspectiva de entrar en acción. Entraron en los matorrales y desde su escondite miraron hacia el camino del puente.

—Todo el mundo nos ha visto subir aquí corriendo —dijo Davis—. Si se trata de un enemigo...

—Podemos saltar por el acantilado y nadar hasta el muelle de los botes —dijo Barbara. Las venas destacaban en su piel.

Elinor cerró los ojos y se acurrucó hacia Davis. Él se apartó y la chica dio en el suelo con un gritito de rabia.

Había ajetreo en el pueblo; sus habitantes corrieron a formar filas ceremoniales. Del parque salió un batallón de guardias. Una mujer con velo a lomos de un *orsper* mandaba a otros cuatro pájaros, trabados solemnemente en fila.

—¡Padre! —susurró Valeria—. ¡Es un legado!

—¿Un qué? —preguntó Davis.

—Una mensajero de los Doctores. ¿Qué querrá?

Bárbara atisbaba por entre las ramas y la aprensión de ocho años atrás se alzó en su interior. Aquella fue la primera vez que estuvo un legado en Freetoon. Había habido una cosecha fallida y ella llegó para ajustar el pago del atributo anual.

Era alta, identificable bajo la vestidura blanca manchada por el viaje, la capucha y la capa azules, los pantalones y las botas recamadas en oro. Uno de los *orspers* llevaba carga, los otros iban simplemente ensillados. Cuando desmontó la legado, Yvonne se postró a sus pies.

Valeria chasqueó los dedos.

—Me parece que ya lo tengo —dijo excitada—. Recuerdo, enviamos nuestros correos más rápidos de Freetoon hasta el Navío cuando Bert llegó. Deben de haber llegado a su destino hace un par de semanas. Ahora los Doctores están enviando a cada ciudad... la

noticia acerca del Hombre...

—Espera un momento —dijo Davis—. El Navío está a mucha distancia. Nadie podría llegar allí tan pronto.

—Un legado sí —le contestó Bárbara—. Pueden requisar lo que necesiten... comida, *orspers*, guías... y están allí instaladas para cabalgar durante días y noches sin detenerse.

—Bueno —dijo Davis—. ¡Bueno, eso es terrible! Nuestras penas terminaron, muchachas. Vamos a verla.

—Todavía no —musitó Bárbara—. Enviaré a por nosotras cuando desee hacerlo.

—¿Sí? —repuso Davis—. ¿Y quién se cree que es?

—Lo sé, lo sé —dijo Valeria—. ¿Pero para que ofenderla?

Davis se encogió de hombros.

—Como queráis.

La mujer envelada entró en la Casa Grande. Se hicieron cargo de su equipaje y lo entraron tras ella, luego se quedó sola. Un grupo de chicas comenzó a subir corriendo por la ladera.

—¡Hombre! ¡Hombre, te buscan... la legado quiere verte!

Davis sonrió al sentirse importante y salió de los arbustos. Las Whitley le siguieron, ignorando las murmuraciones de las demás personas.

Bajaron hasta la plaza. Yvonne, con su mejor bonete de plumas puesto, se puso un dedo cruzándose los labios.

—¡Chissst!

—Quiero ver al legado —dijo Davis.

—Sí, señor, sí... saldrá en cuanto esté dispuesta... espera aquí.

Davis se fue hacia el estrado.

—¡Oh, tú no debes sentarte, señor! —Yvonne le tiró del brazo—. ¡No cuando está aquí el legado!

Davis le dirigió una mirada glacial.

—Para tu información —le dijo—, un Hombre sobrepasa en dignidad al legado en seis puestos.

Yvonne parecía desgraciada.

Una quietud se extendía sobre la isla. Las Lysumitas se apiñaban juntas, mirando a Davis y a la Casa Grande, con ojos asustados. Bárbara y Valeria se le unieron, pero no se atrevieron a sentarse. Elinor se arrimó a la Prezne y se estremeció.

Hubo una espera de media hora. Davis bostezó, se desperezó, se

rascó y a cada momento parecía más belicoso. Bárbara tuvo miedo de lo que pudiera pensar la legado.

Se puso rígida. Él era su Hombre, ¡y lucharía con el Navío entero por él si era preciso!

El Padre no la hizo morir en un arrebato de ira. Bárbara notó una sensación de triunfo, como si el hecho constituyese una victoria personal.

Sin embargo, cuando la legado salió, se derrumbó de rodillas.

La mujer se había puesto el atuendo completo de ceremonia. La bata verde caía hasta sus pies, una mano enguantada empuñaba un largo cetro de algún metal desconocido y brillante, una máscara emplumada con la forma de la cabeza de un *orsper* cubría la suya y le daba un aspecto fríamente inhumano.

Davis se puso en pie.

—Hola, señora —sonrió.

La alta mujer no se movió. Permaneció alejada unos cuantos metros, extraña bajo los largos rayos de sol, y esperó. El sudor se perló en la frente de Valeria, Bárbara también lo notó en la suya. Se puso en pie rígida, como si estuviese en una revista militar.

—Soy el Hombre —dijo Davis—. Tú, ejem, ¿sabes algo de mí?

—Sí —dijo la legado. Tenía una voz baja, curiosamente distorsionada por la máscara y con un acento rígido.

—¿Entonces, ejem, has venido por mí?

—Sí. El Navío y todo Atlantis han estado esperando al Hombre durante trescientos años. ¿Cuántos habéis venido?

—Yo sólo. De otro modo nadie hubiera venido todavía hasta pasar muchísimo tiempo.

—¿Te seguirán otros?

—Claro. Si vuelvo y les hablo de este lugar, habrá Hombres en abundancia.

—¿Y si no lo haces, no?

—Yo no sé cuánto sabes de la situación —Davis avanzó hacia ella.

—Vino una noticia de Freetoon de que un Navío había aterrizado con alguien a bordo que podía ser un Hombre. Han sido enviadas legados a todas partes para preguntar si había más. ¿Cómo vinisteis hasta aquí, tan lejos de Freetoon... acaso volando?

—Bueno, no —Davis aclaró su garganta—. Mira, hubo un... un

mal entendido. Cuatro ciudades más se aliaron contra Freetoon para capturarme a mí y a mi Navío. Nos vencieron. Estando sin armas, conseguía escapar con tres amigas. Íbamos hacia los Doctores, para solicitar su ayuda y que me devolviesen mi nave.

La voz permaneció sin mostrar la menor emoción; no era *humano*, pensó Bárbara con un escalofrío, saludar de aquel modo esta noticia.

—Pero las ciudades aliadas no pueden utilizar tu Navío, ¿verdad?

—Oh, no. Ni siquiera pueden entrar. Sin mí es imposible —Davis se acercó más, con una sonrisa ocupándole todo el rostro—. Lo entregarán de nuevo, si lo ordenas tú y yo iré en busca de los Hombres que vosotras necesitáis.

—Era un riesgo —dijo tranquila la legado—. Si hubieses muerto en este viaje, ningunos Hombres más habrían venido tras de ti.

—Cierto —contestó Davis—. Mira, soy un explorador y la galaxia es tan grande... —se contuvo. Bárbara pensó que parecía demasiado cariñoso, pero por lo mismo era adorable.

—¿Tienes armas? —preguntó la legado.

—No, ya te lo dije. Sólo este puñal de aquí... pero...

—Comprendo.

La legado se apartó de él con varias zancadas, se dirigió a las guardas del puente que estaban sujetando sus arcos en lo que Bárbara consideró una miserable aproximación a un desfile militar. La voz sonó vibrante:

—¡Este no es un Hombre, es un Monstruo! ¡Matadle!

XV

Durante un momento nadie se movió.

La legado giró sobre Yvonne.

—Te lo ordeno en el nombre del Padre —gritó—. ¡Matad a esa cosa repugnante!

Davis extendió las manos asombrado en un gesto de desamparo.

Las mujeres de Lysum gimieron; una niña rompió a llorar; Elinor Dyckman soltó un agudo grito.

Bárbara no tuvo tiempo para pensar. Saltó, arrebató la ballesta a una guarda medio paralizada y se la llevó al hombro.

—La primera que se mueva la atravesaré la barriga de un disparo —anunció.

La daga de Valeria destelló directamente delante de la legado.

—Y le cortaré la garganta a esta bruja —añadió—. ¡Estate quieta, tú!

En Freetoon las ballesteras se habrían lanzado ya al ataque. Pero aquéllas eran gente tímida, que no habían conocido el combate durante generaciones.

—Dejad caer vuestras armas —dijo Bárbara. Apuntó la suya de guarda a guarda mientras retrocedía hacia la casa—. ¡De prisa! ¡No, lo digas!

Disparó y la Salmón que había alzado su arco lo dejó caer, mirando estúpidamente su mano herida antes de desmayarse.

—La próxima vez apuntaré al corazón —anunció Bárbara.

Las armas se apiñaron en la hierba. Hubo un gruñido que cruzó la multitud.

Davis sacudió su embozada cabeza.

—¿Qué pasa? —Gruñó—. Soy un Hombre. Dame una oportunidad para demostrarlo...

—Ya lo has demostrado —gritó la legado—. Demostraste ser un Monstruo cuando asaltaste a la enviada del Navío. ¡Prezden, cumple con tu deber!

Yvonne Craig se estremeció mientras retrocedía, alzando sus manos desvalidas.

—Tú no debes —gimoteó— No puedes...

—¿Qué no podemos? —le respondió burlona Valeria. Agitó la daga delante mismo de la bata verde—. Pórtate bien, o Lysum será la primera ciudad del mundo en donde una legado muriera acuchillada.

—¿Qué significa esto? —preguntó después Valeria a la enmascarada.

—Que se hace estéril —maldijo la legado—, y proscrita en Atlantis.

Bárbara miró a través de una bruma de terror a Davis. ¡Seguramente el Hombre podría combatir a tal maldición!

El joven se sacudió violentamente y habló con rapidez:

—A menos que quieras morir, mujer, será mejor que digas a estas gentes que nos obedezcan.

Valeria recalcó la orden con otra floritura. La malévolamente respondió a Davis.

—¡Así sea, entonces... por ahora! No creáis que escaparéis al Padre.

Davis se volvió a las Whitley. Estaba pálido y respiraba con dificultad, pero las palabras se le oyeron con claridad:

—Tenemos que salir de aquí. Apuntad a estas personas. Tú, tú, tú... —Con su dedo señaló a muchachas jóvenes y horrorizadas—. Recoged sólo nuestro equipo. Y el de la legado. Vosotras, las de ahí, necesito comida en abundancia. Pan, frutos, gallinas, pescado seco. ¡Haced un buen paquete!

Yvonne se dejó caer de rodillas y se tapó el rostro.

—Perdónanos, señora —murmuró—. Haremos lo que tú digas... cualquier cosa...

—Déjales que ahora de momento salgan con la suya —dijo la legado con frialdad—. El Padre todavía no está preparado para derribarles con un rayo.

—Recoge unas cuantas ballestas, Elinor —ordenó Davis.

—No... no, tú, Monstruo... —jadeó la muchacha.

—Como quieras —Davis soltó una áspera risotada—. ¡Quédate aquí, si quieres en cuanto nos hayamos ido!

Temblorosa, ella recogió un puñado de armas.

Las chicas salieron con sus bultos.

—Aquí, dadme un hacha —dijo Davis—. Nos vamos. Babs, Val, cubrir la retaguardia... que todo el mundo nos siga a distancia para que ellas no puedan disparar desde el bosque. Yo me cuidaré de la querida legado.

Bárbara obedeció de modo mecánico. Su mente estaba aún trastornada; no sabía si podría moverse más tiempo sin él, es decir, sin que él pensase por ella.

Subieron por el sendero, un asustado y malhumorado pueblo siguiéndoles a varios metros detrás y mirando los puntos de mira de las Whitley. Davis dijo a las mujeres que se detuviesen en la careza o principio del puente, hizo que su propio grupo cruzase, luego cortó los cables con unos cuantos y certeros golpes de hacha. El puente se derrumbó en el agua y se rompió.

—¿Cómo vamos a volver? —gritó una joven Holloway.

—¿Vas a comernos? —Se estremeció una Craig.

—No si os portáis bien —contestó Davis—. En cuanto a volver, podéis nadar y pedir que os echen cuerdas para subiros. Precisamente lo que quiero es que no trascienda una palabra de esto durante una temporada, y costará un par de semanas por lo menos volver a construir un puente para que los *orspers* puedan cruzarlo. Ahora, llevadnos a esos botes de los que oí mencionar.

Las mujeres cargadas abrieron la marcha a lo largo de la escarpada orilla. Yvonne permaneció plantada en los acantilados y gritando maldiciones. Valeria se dio media vuelta cuando estuvieron lejos del alcance de las ballestas y dijo despacio:

—Bert, jamás pensé que pudiera ser tan...

—*Esta* clase de situaciones las puedo manejar —dijo.

La tensión de Bárbara se fundió al mirarle. El valor físico era bastante fácil, en especial cuando uno está desesperado, pensó, pero él estaba siendo tan rápido en sus decisiones como una Udall... e incluso mucho más elegante.

Una lengua de tierra se adentraba en el río delante de ellos, ocultando una pequeña caleta en donde las *lysumitas* habían construido su muelle. Una serie de largas y esbeltas canoas de

corteza de árbol con quillas y proas delicadamente labradas estaban sobre la tierra. Davis dijo a sus prisioneras que cargasen una de las lanchas.

—Incendiar las demás —añadió a Bárbara—. Me sabe mal, pero tenemos que dejar embotellada la palabra de lo que ha ocurrido, hasta que podamos estar libres de toda represalia.

Ella asintió y sacó pedernal y eslabón de su bolsa. Las llamas no tardaron en lamer los cascos y las chicas de Lysum se pusieron a llorar.

—Está bien —Davis seleccionó palas y material para posibles remiendos—. Ahora ataremos a nuestra invitada y zarparemos. ¡Marcharos, vosotras, hembras! ¡Hale! —Agitó los brazos y las jóvenes huyeron lanzando una serie de grititos de espanto.

Bárbara encontró cierta satisfacción en atar las muñecas de la legado y sus tobillos y en arrojarla entre las provisiones como un fardo. Elinor se acurrucó cerca de la cautiva; de gran ayuda estaba siendo a menos que pudiesen sacarle lo que sabía del Navío... pero una gira casacas como ella, de cabeza hueca, no se había fijado en nada útil... Empujaron la canoa hasta las aguas profundas y subieron a bordo.

—¿No habéis usado nunca una lancha como esta? —preguntó Davis—. ¿No? Bueno, pronto le cogeréis el tranquillo. Será mejor que paleemos dos a la vez... Val, colócate en proa. Babs ocupa la popa. Elinor y yo os relevaremos; supongo que puedo remediar sus deficiencias. Ahora, vamos, remad, arrodilladas, sujetando la pala así...

La corriente era rápida en el centro. Bárbara no tardó en acoplarse al ritmo del paleo; no era un trabajo pesado, aunque se tenía que tener cuidado con las rocas.

Ariadne se levantó por encima de la apuesta de Ay y Teseo ya había salido. Sería una noche brillante. Bárbara podía haber deseado nubes, se sentía demasiado expuesta bajo el firmamento desnudo; había un manchón en Minos como un gran ojo sangriento mirándola fulminante.

No, se dijo a sí misma, el Padre era una mentira... por lo menos, el rígido y tonante Padre del Navío no existía; o si lo hacía, entonces Bert con sus largas piernas y ojos azules y barba indómita, era más fuerte que aquel Dios. Simplemente al mirarle le nacían

ganas de llorar.

—Davis sonrió ante la mirada de la muchacha y se limpió el sudor de su rostro.

—¡No quiero volver a pasar de nuevo eso! —dijo—. Me costaría una semana volver a recobrarme.

Valeria miró por encima de su hombro.

—Nos alejamos —susurró—. Gracias a ti, nos alejamos.

—¿A mí? ¡Rayos y truenos! Si vosotras dos no hubieseis... bueno, el problema ahora es, ¿qué vamos a hacer?

¿*Qué se podía hacer?*, pensó Bárbara. Un Hombre y tres mujeres... dos mujeres y media... con todas las manos de Atlantis en su contra... Pero él pensaría en algo. Sabía que él lo haría.

Davis miró a la legado pensativo, que yacía entre los comestibles empaquetados.

—Me preguntó qué es lo que hay debajo de ese casco tan gracioso —murmuró—. Veamos.

—¡Te freirán por esto! —Escupió ella.

—No lo hagas —gimoteó Elinor.

—Cállate —Davis se inclinó y alzó la falsa cabeza de orsper. Bárbara, que había estado casi esperándose hados o cosa por el estilo, se sintió algo desencantada cuando el pelo corto rubio ceniza y los rasgos fríamente regulares de una Trevor aparecieron debajo de la máscara.

Elinor se tapó los ojos y se agazapó temblorosa.

—Yo... no quería... ver, señora —suplicó.

—Criatura, has caído en malas compañías —dijo la Trevor. Luego, se dirigió a Davis—: ¿Estás satisfecho, Monstruo?

—No —se pasó la mano por el despeinado pelo rubio—. ¿Qué tienes contra mí? ¿No sabes que soy un Hombre? Podéis tener *algún* conocimiento biológico para operar ese aparato de partenogénesis.

—No eres un Hombre. No puedes serlo. No es posible —la Trevor yacía de espaldas, ceñuda a la luz que se derramaba desde el firmamento—. Hay cierta señal por la que los Hombres se daban a conocer...

—¿Qué señal? ¡Rápido!

—Es un secreto sagrado —contestó ella.

—Querrás decir que no se te ocurre nada para justificarlo —dijo Davis—. E incluso en Freetoon, donde también dudaron de que

fuera un hombre, no quisieron matarme por si acaso.

Al cabo de un momento, prosiguió, casi para sí:

—Es un vicio común en la Historia. Vosotras las Doctores lo habéis estado pasando bien durante trescientos años... por lo menos durante doscientos, una vez que estas personas se desparramaron e ignoraron lo bastante acerca del actual sistema de reproducirse. Siempre debisteis temer el día en que los Hombres llegasen por último y destruyesen vuestro estupendo sistema de comercio. Cuando te dije... estúpido de mí, ¿pero cómo iba a saberlo?... Cuando te dije que estaba solo aquí y que hasta pasado bastante tiempo no habrían otros Hombres, que no vendrían aunque tardase en regresar... bueno, tus jefas en el Navío ya te habrían dicho lo que tenías que hacer si ese era el caso.

—¡Eres un Monstruo! —exclamó la Trevor. Tan dogmática como siempre.

—Incluso si sinceramente pensases que lo soy, no habrías dicho que me matasen. Hasta un Monstruo puede volver a su hogar y avisar a los verdaderos hombres. No, no, amiga mía, sois un grupito muy especial y traicionero las del Navío; ya habíais decidido acabar con la competencia.

—¡Ya verás cómo el Padre te mata al instante!

Davis sonrió. Dejó que ella renegase durante un momento.

—Es inútil que sigas con esas, aunque puedes hacerlo si te gusta —dijo—. No te muevas mucho de todas maneras, porque una canoa es fácil de volcarse. Nosotros podríamos llegar a la orilla nadando, pero tú estás atada.

La Trevor se quedó rígida.

Davis asintió y miró a Bárbara.

—Habrán enviado a legados a cada ciudad en este continente —dijo—. Con órdenes de enterarse de cómo van las cosas. Se parlamentará con los Hombres si hay muchos de ellos o si pueden reclamar ayuda... de otro modo se les matará y se negará cuanto afirmen.

—Me gustaría, pues, matarla —dijo Bárbara entre dientes.

—Vosotras las Whitley siempre fuisteis una casta descreída —exclamó la Trevor.

—¿Cómo lo sabes? —respondió Davis—. ¿Babs, tienes alguna idea de quiénes son los Doctores... cuántos, de qué familias?

—No estoy segura —la muchacha frunció el ceño, tratando de recordar. Una niña siempre captaba pedazos de información dirigidos solamente a las iniciadas... podía escuchar esto, aquello otro que se murmuraba a escondidas por alguna charlatana...—. Creo que hay unas cuantas miles. Y se dice que proceden de las mejores familias.

Ajajá. Eso pensaba. Los tipos inferiores no podrían mantener este sistema. Incluso con esa tremenda ventaja suya... que depende de ella la siguiente generación... habría habido más conflictos entre la Iglesia y el Estado... al menos... ahora sí. Trevor, Whitley, Burke, esa clase... las castas altas de Freetoon, con conocimiento, valor y personalidad para dominar a cualquier jefezuela local... Bueno.

Bárbara introducía su pala entre las aguas murmulantes. La lancha avanzaba con rapidez. Las paredes del cañón eran ya más bajas a ambos lados mostrando su desolación a la luz de Minos.

—¿Pero qué vamos a hacer? —preguntó con tono desvaído.

—Creo... en realidad pienso que podemos salir con bien. ¿Cuánto nos costará llegar a un lugar donde haya guerreros?

—Esa chica con la que hablé en la isla decía que habían unos diez días de canoa hasta el mar donde gente marinera tiene allí una base.

—¡Bueno! Nadie habrá salido de Lysum durante ese tiempo.

—Yo lanzaría una cuerda y saldría en busca de ayuda —dijo Valeria.

—Ellas no. Ya sabes cómo son. O incluso si lo hiciesen, la noticia quedaría bastante detrás de nosotros cuando llegásemos a la costa —Davis aspiró profundamente—. Ahora, pues. O cualquiera de vosotras dos es del mismo tamaño que esta dama. Es fácil que una de vosotras pueda hacerse pasar por legado...

Bárbara se atragantó. Al cabo de un momento, Valeria sacudió la cabeza.

—No, Bert. No se puede hacer. Cada criatura en las familias de los soldados, piensa eso nada más para hablar... ¿Por qué no se puede hacer pasar a una Whitley de Freetoon como una Greendale? Porque hay contraseñas y palabras clave para impedirlo.

—No me sorprende —dijo Davis—. Pero no es eso lo que quería decir. Mirad. No lo intentaremos dentro del Navío, pero una de vosotras se pondrá esta bata y la máscara. ¿Cómo van a saber las

gentes marineras que no sois una verdadera legado, trayendo consigo a un Hombre genuino? Todo será a nuestro favor y nuestra petición de una escolta y una cantidad de rápidos *orspers* será atendida. Volveremos cabalgando a Freetoon, exigiremos que me devuelvan mi espacionave... oh, sí, nuestra domesticada legado puede también ordenar que liberten la ciudad. Entonces todos nos meteremos en mi cohete y marcharemos a Nerthus... ¡Y volveremos con un millar de Hombres armados!

Bárbara pensó turbada, que sólo él podía haber elaborado semejante plan.

XVI

Ocho días atlantianos más tarde, la canoa embocó la bahía de Shield Skerry.

Las mareas en aquel mundo variaban con la posición de las otras lunas, pero siempre eran enormes... unas siete veces las correspondientes a la Tierra. Una marea allí, alcanzaba la importancia de una inundación. Excepto en los casos frecuentes de escarpados acantilados, los continentes no tenían definidas líneas costeras, sólo pantanos salados que se desvanecían en el océano. A doscientos kilómetros el río se hacía salobre; otros cien kilómetros y su estuario se perdía en las marismas.

Aquella era una tierra fantasmalmente gris, alzándose lúgubre entre la corriente y los encharcados estercoleros donde se sedimentaban los restos dejados por las mareas; aves marinas llenaban el aire con sus alas y ásperos gritos, mientras buscaban peces varados por el mar al retirarse, y siempre con un viento húmedo del Oeste, oliendo a algas putrefactas. La vida local se había adaptado al medio ambiente. Los árboles crecían tristes asomando por encima de las mareas; la bajamar mostraba hierba anfibia en rodales apelmazados; parientes próximos del monstruo del lago, salían arrastrándose y emitiendo sus graznidos. Habría sido un viaje bajo el tormento de la sed, marchando perdidos por entre la desolada marisma, de no haberles salido al encuentro las habitantes del lugar.

Eran pocas las mujeres que vivían allí, construyendo sus miserables chozas en cualquier terreno alto existente, deslizándose en piraguas para cazar y pescar, recogiendo el agua de la lluvia en toscas cisternas. Eran las familias más débiles y torpes, la clase servil en Freetoon, quienes habían colonizado un país que nadie

quería y que habían caído a una desnuda época neolítica con ritos primitivos y huesos atravesando las narices como adorno. Pero eran bastante inofensivas, especialistas en guiar expediciones entre la base marina y el valle superior. Así ganaban unas cuantas mercancías para comerciar.

Valeria, impresionante con su velo y su bata, se limitó a ordenar ayuda. Unas cuantas corpulentas Nicholson, tomaron las paletas e hicieron que la canoa avanzase como un rayo. Mientras, Bárbara se sentaba al lado de la Trevor con su daga en la mano y una dulce sonrisa en el rostro.

Varios días antes, Valeria había sugerido cortar la garganta a la prisionera, pero Davis se opuso.

—¿Por qué no? —preguntó Valeria—. Es una precaución perfectamente normal. Ella es sólo un estorbo peligroso.

—Bueno, eso no debe hacerse. ¡Cosmos! Les costará a los psicotécnicos cien años civilizarlos a vosotras, gatas montesas — Davis buscó una razón que ella pudiera comprender—. Quizás hallemos medio de que nos sea útil... información, rehenes...

Valeria se encogió de hombros dubitativa. Pero ninguna de las primitas estaba dispuesta a discutir con su Hombre.

La falta de intimidad y el cansancio del incesante palear, guardia tras guardia, era una bendición, pensó Davis. Le despojaba de su propio problema. La noción de que algún día tendría de nuevo que enfrentarse a él —quizás a solas en el espacio con dos Whitley celosas, porque no podía dejarlas indefensas a merced de la venganza de los Doctores— hizo que sus nervios se le crisparan y se estremeciera frecuentemente de pies a cabeza.

No es que al principio eso pareciera una mala idea. Incluso llegó a jugar con pensamientos de bigamia. Ahora que había logrado ver un poco dentro de Valeria, halló que no era diferente a su gemela. Ambas eran gatas rencorosas, sí, pero un Hombre podía aprender pronto a manejarlas. Le resultaba a Davis imposible imaginar otras dos chicas a quien deseara con más ímpetu saber dominar. En lo que respectaba a la ley civilizada, e incluso a la costumbre en la mayoría de los planetas, su vida sexual era algo que sólo a él concernía...

Inspirado por la hermosamente lógica simplicidad de todo, decidió una tarde presentar la sugestión. Estaba libre de servicio,

descansando cerca de la proa, mientras la canoa se deslizaba entre boscosas riberas. Elinor y Trevor dormían; Valeria arrodillada en la popa, manejaba su pala con el mismo ritmo potente que su hermana.

Davis miró alternativamente a una Whitley y a otra. La luz del sol se derramaba sobre sus rojizas cabelleras. Las desnudas pieles bronceadas relucían de sudor. Cada vez que las palas mordían el agua, los músculos se destacaban en la espalda de Bárbara y en el vientre de Valeria, y sus senos subían y bajaban turgentes. Davis se puso de rodillas, precisamente detrás de Bárbara y se arrimó, más. El cálido y dulce perfume de la mujer era embriagador; las sienes le batían.

—Babs —susurró acariciante.

Ella volvió la cara lo bastante para que Davis viera lo suave que era su mejilla.

—¿Sí? —Su respuesta sonó baja y no del todo tranquila.

—Quería decirte que... lamento haberte metido en esto...

—No me metiste —jadeó ella—. E incluso si lo hubieras hecho, yo no lo siento. No, mientras estés tú también en el mismo apuro.

—Después de que todo haya pasado... ¿no podríamos quizás... los tres... seguir bien juntitos?

Más tarde, se dio cuenta de que ella no había advertido el detalle de *los tres*.

—Adoraría eso —murmuró ella.

Davis, por detrás, encerró sus senos en la palma de sus manos y ella se recostó contra él, temblorosa.

Un cuchillo se clavó en la madera cerca de ellos. La pala de Valeria, lanzada con fuerza, rebotó en la cabeza de Davis.

—¡Apártate de él, gusano de seda! —gritó Valeria.

Bárbara rauda se volvió sacando su propia daga.

—¿Quién te crees que eres para decirme a mí lo que tengo que hacer?

La canoa estuvo a punto de volcar antes de que Davis lograra restaurar la paz. Después de aquello, él abandonó toda noción de *ménage a trois*, proponiendo el insoluble problema de elegir a una de las dos y se concentró en los asuntos inmediatos.

Trató de sonsacar a la legado. Más allá de la información de que su nombre era Joyce, y de que él era un Monstruo destinado a la

parrilla más caliente del infierno, ella nada le dijo. Bárbara declaró de manera práctica que las Trevor nunca cedían a la tortura y Davis pensó que una canoa inestable no era lugar para *apretar las tuercas*.

Elinor había estado muy callada durante el viaje. Se mostraba muy servicial con Joyce, probablemente demasiado temerosa de ambas partes como para poder llegar a una decisión. Davis la compadeció.

Y luego, por fin, salieron de las marismas.

La jefa Nicholson le contó en su argot apenas inteligible que aquello era una gran bahía... sí, había oído decir que una sarta de islas cerraba la bahía protegiéndola de las potentes olas del mar abierto... muchas, muchas marineras en muchas islas, gentes de todas clases. Shield Skerry no era sólo un puerto en donde los sagaces comerciantes costeros desembarcaran a las mujeres cuyo destino era el interior de la tierra, o las recogieran si deseaban embarcar en dirección opuesta; eso era todo lo que ella sabía. Ni tan siquiera se mostró curiosa con respecto al Hombre.

La roca era grande, lavada por la pleamar. Casi quedaba escondida por las paredes de piedra que se alzaban en su parte posterior: trabajo experto, bloques masivos cortados cuadradamente, un faro primitivo en el que ardían llamas de aceite tras la pantalla de vidrio, aumentada la luz por reflectores de cobre pulimentado, dos largos muelles encerrando una pequeña rada. La canoa enterró su morro en una ola, se cubrió de espuma, subió, se meció, y volvió a bajar. Elinor se agarró a la borda, deseando estar muerta, e hizo una serie de débiles observaciones acerca de la cólera del Padre.

Davis miró atrás. Las marismas eran una masa vaporosa y gris, bajas en el mar; una tormenta de pájaros gritones formó una blanca nube alada por debajo de Minos y los dos soles, mientras que lo demás lo constituían las grandes olas espumosas que venían del Oeste. El agua era de un frío color gris acero, el viento tenía un timbre agudo al oído.

La superficie estaba tranquila entre los dos muelles. Davis advirtió que un navío de buen tamaño —según el término medio en Atlantis— estaba dentro. Una grúa de madera contrapesada y movida por la rueda de un cabrestante, se hallaba descargando balas de mercancías, presumiblemente para el comercio con tierra

adentro. Había un ajeteo de bronceadas mujeres, descalzas y vestidas con pantalones y tirantes, el cabello cortado precisamente por debajo de las orejas. Más allá del muelle había una pequeña colección de almacenes y tinglados. Las construcciones eran de piedra, un solo tejado, con el mismo estilo cuadrado y nada comprometedor que la muralla de la ciudad y el faro.

El navío era tipo carabela, ancho de manga, con la popa alta y un mascarón de bronce corroído con la figura de un pez volador. Davis dedujo que necesitaría tener una quilla profunda y un centro de gravedad bajo para mantenerse gobernable en aquellas aguas alborotadas. No había signo alguno de mástil, pero un marco de madera se alzaba esquelético en el centro del barco con un gran molino de viento girando en su parte más alta.

Por lo demás, el muelle o puerto albergaba sólo unas cuantas lanchas, rápidas en apariencia, más o menos aparejadas convencionalmente al estilo de yolas.

—El mayor exponente de tecnología que yo vi aquí —observó Davis.

—¿Qué? Oh, te refieres a sus artes —dijo Bárbara—. Sí, se dice que las marineras son las mejores artesanas del mundo. Hasta se afirma que unas cuantas de sus capitanas pueden leer lo escrito.

—Espero no tener que aprender eso —murmuró Valeria detrás de su velo—. Pensé que sólo los Doctores sabían tanto.

Davis asumió que las colonias oceánicas eran viejas, fundadas quizás antes de la ruptura final de aquella civilización naufragada. El mar contenía abundantes alimentos si se sabía qué hacer con ellos. Y ellas debían estar en contacto más estrecho con el Navío que cualquier otra tribu. Eso indudablemente les sería valioso; conseguirían insinuaciones en cuanto navegaran pasado el estuario del Río Sagrado y vieran la colonia de los Doctores.

—¿Qué clase de gente son? —preguntó.

—No sabemos mucho de ellas en el interior —dijo Bárbara—. Tengo entendido que son violentas, difíciles de soportar, aun cuando comercien mucho y efectúen transportes en abundancia.

¡Si ella las consideraba violentas...!

—Bueno —repuso Davis—, no tardaremos en averiguarlo —sus entrañas parecían un duro nudo—. Déjame que hable yo la mayor parte del tiempo, Val. No recelarán tanto de mis posibles errores.

El trabajo en los muelles se suspendió. Un cuerno dejó oír sus estentóreos sonos y las mujeres salieron a torrentes de los edificios y bajaron corriendo por las empedradas calles.

—*Una legado, otra legado... ¿y qué es lo que va con ella?*

La Nicholson timonel, condujo expertamente la canoa hasta el embarcadero. Las otras cuatro remeras bajaron sus palas y cogieron la cuerda que se las arrojó. La jefa Nicholson dobló la cabeza.

—Llegamos hasta aquí, señora —dijo con humildad.

Valeria no le dio las gracias; no habría sido conveniente. Aceptó la mano de una musculosa Macklin y saltó al muelle. Davis la siguió. Bárbara pinchó con su cuchillo a la maniatada Trevor y la obligó a bajar. Elinor se descolgó detrás.

Se había reunido ya una multitud, empujándose y apretándose. Unas pocas mujeres debían ser policías o guardas; llevaban cómicos cascos con visor y corseletas de malla por encima de los pantalones. El resto no iba armado. Davis se fijó en llamativos tatuajes, pendientes, gruesos brazaletes de oro... y en todas las clases. Una Nicholson estaba junto a una Latvala; una Craig se abría paso por entre una Whitley y una Burke para poder verlo todo mejor; una Holloway, portando martillo de forja, charlaba amablemente con una Trevor que ostentaba lanza y armadura. ¿Qué...?

Valeria alzó su cetro.

—¡Silencio! —gritó.

El parloteo cesó, poco a poco. Una mujer de pelo gris, corpulenta y fea, con un brazalete de cobre de aspecto oficial en un brazo, añadió con un rugido:

—¡Callaos todas! ¡Es una legado!

—Sí, señora —repuso una voz chillona—, ¿pero qué es lo que va con ella?

La mujer gris —una Udall, reconoció Davis intranquilo— se volvió hacia Valeria e inclinó la cabeza.

—Te pedimos perdón, señora, pero acabamos de llegar de un rudo viaje y algunas de las chicas han estado bebiendo.

—¿Eres tú quien está al mando? —preguntó Valeria.

—Creo que sí, señora, por ser la capitana de esa bañera flotante... *Fishbird*... se llama... salido de la Isla Farewell. Nelly Udall, señora, a tu servicio.

Joyce Trevor abrió la boca. Estaba pálida de ira. Bárbara la

pinchó un poquito y la legado volvió a cerrar los labios.

Valeria quedó plantada solemnemente durante un momento.

Creció lo bastante el silencio para permitir que se oyeran las olas rompiendo en la escollera. Luego alzó su velado rostro y gritó:

—¡Regocijaos! ¡Los pecados de las madres han sido ya lavados y los Hombres vienen!

Tuvo el efecto deseado, aunque explosivo en cierto modo. Davis temió que le mataran arrollándole para expresarle su cariño. Nelly Udall se plantó ante él para contener a las más entusiastas y gritó con voz de trueno:

—¡Atrás! ¡Quietas donde estáis! ¡Mostrad algún respeto, vosotras, hijas de...! —Lo que siguió fue una sarta de insultos y obscenidades que hasta la propia Bárbara se ruborizó, y eso que pertenecía a la caballería.

Cuando los ánimos se hubieron calmado un tanto, Davis decidió hacerse cargo de la situación.

—Soy un Hombre —dijo con su voz más profunda—. La legado me encontró en las montañas y me trajo hasta aquí. Sabe que sois un pueblo piadoso.

—Bendita seas, querida —dijo la Udall en medio de una súbita irrupción de lágrimas—. Claro, somos tan piadosas como el infierno. Cualquier condenada cosa del Padre que quieras, señora, no tienes más que decirlo.

—Pero el mal anda suelto —bramó Davis—. Yo soy sólo la vanguardia de los hombres. A menos que os mostréis dignas, ayudándome a destruir el mal en Atlantis, no vendrán otros hombres.

Una cierta aprensión comenzó a infiltrarse en aquellas duras cabezas. El espectáculo se tambaleaba y Davis, con voz meliflua y más cariñosa se dirigió a las marineras.

—Quisiera hablar contigo y con tus consejeras en privado —dijo—. Debo hacerte conocer mi voluntad.

Nelly Udall parecía confusa.

—Claro... claro, señora. Sí, tu virilidad, lo que tú digas. Sólo que... ¿te refieres a mi primera ayudante, quizás?

—Oh... ¿no hay autoridad aquí, verdad? Bueno, ¿dónde está la Udall de la gente marinera?

—¿Qué Udall? —La mujer miró en su torno como si esperase

que alguien apareciese surgiendo de algún imaginario valle—. Hay una prima mía que es patrón de tierra en Angry Fjord, pero eso es un simple y pequeño pueblecito.

Davis sacudió la cabeza.

—¿Quién es vuestra gobernante... reina, jefa, presidenta, o como queráis llamarla? ¿Quién toma las decisiones?

—Oh, oh, Laura Macklin es la primer ministro, señora, si es que no han elegido a otra ya por votación —balbuceó Nelly—. Está en Nueva Tierra, que es la capital. ¿Pero deseas que todo el mundo venga aquí y vote, señora?

Una república era la última cosa que Davis esperaba encontrar. Pero era plausible, ahora que lo pensaba. Incluso en este planeta, donde la infinita variabilidad de la raza humana se había visto congelada de manera antinatural, sería difícil instaurar el despotismo entre una raza de marineros. El más pequeño bote de cabotaje con unas pocas rebeldes esclavas a bordo, podía navegar tan de prisa como el mayor buque de guerra.

—No lo entiendo —dijo Bárbara con una vocecita extraña.

—No importa —respondió majestuoso Davis—. Me temo que me malentendiste, capitán Udall. Llévanos a un lugar donde podamos hablar a solas contigo.

—¡Sí, señora! —Los ojos de Nelly se iluminaron al posarse en el rostro malhumorado de Joyce Trevor. La señaló con un arrugado y torcido pulgar—. ¿Enemiga tuya, señora? ¡Yo misma la degollaré!

—Eso no será necesario —dijo Davis—. Traedla con nosotros.

Nelly se acercó a Elinor y la acarició la barbilla.

—Pobrecilla —dijo—. Toda piel y huesos, ¿no? No importa, pollita, ya te haremos engordar.

Elinor retrocedió y miró a la Udall con ojos que destilaban terror.

—¡Está bien, está bien, paso libre! —rugió Nelly—. ¡Paso al Hombre! ¡Vosotras, apartaos! Ya podréis echarle un vistazo más tarde. ¡Abrid camino! —Su puño reforzó la orden, golpeando, pero nadie pareció impresionarse. Dura gente aquella.

Davis abrió la marcha detrás de la Udall, a través de un callejón estrecho hasta un ahumado cuchitril que tenía un ancla pintada en la fachada.

—Emplearemos esta taberna —dijo Nelly—. Abriremos un barril

de... ¡no, sesos de atún! ¡Esto es privado! Ya os enviaremos un tonel para vosotras cuando el Hombre haya terminado. ¡Fuera! —Y les cerró la puerta en las narices.

Davis tosió.

Cuando pudo ver a través de las lágrimas que se asomaban a sus ojos, contempló una habitación cuyo techo estaba compuesto por un entramado de rústicas vigas, llena la estancia principal de bancos y mesas.

Una notable colección de barricas se alineaba a lo largo de una pared; por lo demás, la taberna estaba adornada con conchas y pescados disecados. Todo un pájaro-tiburón estaba asándose en la chimenea.

Instalaron a Joyce en un rincón. Elinor se acurrucó junto a ella. El resto se congregó alrededor de una mesa convenientemente cerca de una de las barricas, mientras Nelly llenaba generosa grandes copas, ayudándose mediante el gesto de inclinar el barril de líquido ambarino.

—¿Por qué no te quitas ese velo, señora? —preguntó a Valeria—. Hasta las legados tienen sed.

—Gracias, lo haré —se lo quitó, tomó una de las copas y hundió en ella su nariz—. ¡Uuuuu!

—Oh... lo siento, querida... quiero decir, señora. ¿Creíais que era vino? ¡Coñac!

Davis dio un sorbo con precaución. Era un licor muy fuerte, que le dio un calor interior agradabilísimo. ¡Vaya, de manera que la gente de mar conocía el arte de la destilación... buena gente, buena!

—Ahora, pues, tu virilidad, puedes hablar —Nelly se arrellanó, mostrando un par de piernas que parecían columnas de piedra—. ¡Muerte y corrupción! ¡Un Hombre, después de tantos años!

Perder el tiempo en formalismos hubiera resultado inútil con ella, decidió Davis. Si las marinas no eran propensas, el ceremonial hierático no les impresionaría en absoluto. Le contó la historia censurada que había improvisado, de Lysum.

—Ya oí hablar de esas rameras —rezongó Nelly—. Bien, señora... lo siento, pero dijiste que el tratamiento era *señor*, ¿no?... ¿qué pasó después?

—Apareció esta Trevor —dijo Davis—. Era una de las agentes

del mal, la misma que provocó a Greendale y a otras ciudades para que atacaran Freetoon. Trató de incitar a Lysum contra mí. La capturé, como ves, y vinimos río abajo hasta llegar aquí.

—¿Por qué no le cortas el cuello, señor?

—Los Hombres somos misericordiosos —dijo Davis—. ¿Tienes algún lugar donde la podamos encerrar dejándola incomunicada?

—¿Un qué? Tenemos un calabozo.

—Eso es perfecto —Davis continuó con el resto de sus demandas: pasaje hasta la boca del Río Sagrado y una escolta hasta Freetoon, en donde la dama legado comunicaría las órdenes del Navío.

Nelly asintió.

—Podemos hacerlo, señor. Si tienes prisa, ni siquiera es preciso que pasemos por Nueva Tierra. Hay veinte buenas tripulantes en el *Fishbird* y un estribón que va desde el Navío hasta las marismas...

—No es necesario que nos detengamos en el Navío —dijo Valeria rápidamente—. De hecho, tengo órdenes de no acercarme a él hasta que el Hombre no esté en camino para ir a buscar más Hombres. Y esto tiene que mantenerse en secreto, o quizás tengamos más jaleos, ejem, las agentes del infierno.

—Está bien, señora. Abandonaremos el barco en Bow Island y conseguiremos *orspers* y cabalgaremos tierra adentro. Hay un ribazo rocoso que podemos seguir para cruzar las marismas.

Davis frunció el ceño. Cualquier legado que hubiese ido a Freetoon podía haber divulgado el cuento de que él era un Monstruo y que había que matarlo en cuanto se le pusiera la vista encima. O no, probablemente, no... *esa* legado no tenía manera de saber que él era el único macho humano en Atlantis; tendría que regresar en busca de órdenes.

—Cuanto más aprisa, mejor —dijo.

—Zarparemos mañana, al salir Bee, señor —contestó Nelly Udall. Sacudió la cabeza y miró fijamente a su copa—. ¡Un Hombre! ¡Un verdadero Hombre vivo! ¡Maldito sea el Padre, soy demasiado vieja ya... pero te he visto, señor! ¡Creo que con eso me conformo!

XVII

El calabozo de Shield Skerry era un cuchitril repugnante, pero sólidamente construido. Davis observó cómo Nelly transmitía las órdenes a sus compañeras con una buena serie de golpes casi cariñosos, arrojaba a Joyce dentro, cerraba la puerta con llave y colocaba a un guarda para asegurarse de que la prisionera no veía a nadie excepto a un ayudante que le trajese la comida... y que ni siquiera hablase con esa persona.

Luego ella condujo a su grupo hasta el muelle, donde Davis tenía que cenar y pronunciar un pequeño pero significativo discurso a las mujeres reunidas. Las preguntas de la legado predecesora —si habían visto al Hombre— habían preparado el camino a su llegada; ya no había nadie que no creyese en él. Dudaba, sin embargo, que su petición del más estricto de los secretos fuese respetado muchos días: no era humanamente posible. Pero el *Fishbird* podía encaminarse hacia el Sur y estar en el Río Sagrado después de tres o cuatro revoluciones de Atlantis. Por lo tanto, después, cabalgando duro sobre *orspers* de refresco, se adelantaría a la noticia... ¡Cosmos! ¡En dos semanas de Atlantis —una sola semana terrestre— podría estar de vuelta al espacio!

Masas de nubes se acumulaban oscuras hacia el Oeste y una bruma gris escondía la puesta de Ay. El viento se alzó agudo y frío en ráfagas y las calles estaban desiertas. La marea hizo que las olas rugiesen en las rompientes. Davis sintió el cansancio de verse cazado. ¿Cuánto tiempo llevaba ya así?

—Me voy a retirar —dijo—. ¿Estaréis preparadas para zarpar al alba?

—Sí, señor, si las chicas no están demasiado borrachas —Nelly le dirigió una mirada pensativa—. ¿De veras que no quieres venir

hasta Ancora con nosotras y...?

—¡De veras! —exclamaron a coro Bárbara y Valeria.

La multitud le siguió hasta una casa grande que Nelly indicó estaba reservada para los oficiales del Navío.

—Lo mejor que podemos hacer, señor. No es mucho, pero si en algo podemos servirte... por aquí, señor, señoras mías.

Había una especie de habitación común, con un vestíbulo que conducía a un pasillo al que daban pequeños dormitorios. Elinor se metió en el primero; oyeron cómo pasaba el pestillo de la puerta nada más entrar. Valeria ocupó el siguiente, luego Davis, después Bárbara... El hombre cerró las ventanas, apagó la lámpara de petróleo y se metió en la cama en medio de una profunda oscuridad.

¡Aaaah! ¡Qué alivio!

Ahora que estaba acostado y que la galerna no era más que un arrullo, no era fácil dormirse aun así. Tenía demasiado que pensar. Demasiados recuerdos de su patria...

Se hallaba medio inconsciente cuando se abrió la puerta. Mientras se cerraba de nuevo, se despejó de los vapores del sueño y se sentó. Unos pies desnudos caminaban por el piso.

—¿Qué es eso? —Davis alargó la mano y palpó en busca de su daga, arrojada junto con el montón de sus ropas. El pelo se le erizó.

—¡Chisssh! —Una voz acariciadora captó sus oídos. Extendió la mano y notó una cálida y suave redondez—. Bertie... ya no podía aguantar más, necesitaba estar contigo...

Davis hizo unos cuantos débiles movimientos de reconocimiento. La chica soltó una risa tímida y se deslizó debajo del embozo de la cama del joven. Él recorrió con la mano cuanto pudo y trató de separarse un poco, pero dos fuertes brazos se cerraron en torno a su cuello.

—Has de saber, Bert —susurró ella—. Has de saber muchas cosas...

La moralidad de Davis se alzó indignada, y cayó. Un hombre no puede evitar ciertas provocaciones.

—¡Vamos! —dijo con aspereza.

Los labios de la muchacha se apretaron contra los suyos, con inexperiencia, pero demostrando que había aprendido mucho en muy poco tiempo.

—Bert... Bert, cariño. Yo no sé qué... qué es esto, lo de estar con un Hombre... pero me intereso por ti tantísimo...

—Ya te dije que la palabra justa era *te amo* —dijo Davis con una risita.

—¿Me dijiste? ¿Cuándo?

—Acuérdate, Val, tesoro... aquella noche no me engañaste...

—¡Val!

Ella se sentó y gritó el nombre en la oscuridad.

—¿Qué? —Davis se quedó frío—. Quiere decir... tú...

—¿Val? ¿Qué ha estado pasando aquí?

—¡Oh, no! —gimió Davis—. Bárbara escucha, te lo puedo explicar...

—¡Yo te lo explicaré! —gritó ella. Un puño silbó rozándole la mejilla. Hubiera sido un duro golpe de haber dado en el blanco.

Davis forcejeó por libertarse. Se le enredaron las mantas. Bárbara le cogió la garganta con las manos.

—¡Auggh! —exclamó Davis. Se liberó, pero ella cargó de nuevo con ideas asesinas.

La puerta se abrió penetrando la luz dentro de la estancia. La chica alta y pelirroja portaba un hacha en su mano derecha y en la izquierda con la que sostenía la lámpara, tenía una cicatriz.

—¿Qué pasa? —bramó Valeria.

Para el ojo no adiestrado, un encuentro aunque no de lucha cuerpo a cuerpo, superficialmente es muy parecido a un abrazo amoroso, pero infinitamente menos deportivo. Valeria soltó una maldición, dejó en el suelo la lámpara y avanzó a grandes zancadas con el hacha levantada. Bárbara soltó a Davis y saltó de la cama, cogió el cuchillo del joven y se enfrentó a su melliza.

—¡De manera que has estado por ahí haciendo arrumacos! —gritó.

—Yo de ti no hablaría —respondió Valeria con las mandíbulas crispadas—. Nada más vuelvo la espalda vienes tú toda cariñosa y...

Ambas giraron hacia Davis. Él saltó de la cama para sortear el hachazo que descargó Valeria y se refugió en un rincón.

—Vamos, muchachas —balbuceó—. ¡Damas, damas, por favor!

Algo le dijo íntimamente, que aquella no era la conducta correcta que debía seguir. Las primas se quedaron plantadas juntas, una cerca de la otra.

—¡Mirad! —rogó suplicante Davis—, no fue idea mía, os lo juro, de veras.

Valeria lanzó el hacha al suelo y se quedó allí clavada.

—No estropearía una buena arma manchándola con tu sangre —dijo.

Bárbara hundió su cuchillo en la pared hasta lo que le permitió la madera.

—Tampoco enterraría este cuchillo en una comadreja —fue su contribución.

Su actitud era claramente más tranquilizadora que lo había sido, pensó Davis. Pero aún dejaba mucho que desear.

—¡Todo ha sido un error! —gimoteó.

—El error fue traerte con nosotras —contestó Valeria. Giró y se volvió a Bárbara—. ¡Y traerte a ti!

—¡Insufrible serpiente! —respondió su prima—. ¡Sal de aquí antes de que te mate!

Se acercaron más, rígidas y con las manos crispadas. Davis se acurrucó en su rincón.

El viento ululaba y agitaba las contraventanas. Por encima, de pronto, se oyó un ruido, de botas repiqueteando en el suelo, de hierro resonando, de gritos de la multitud.

Las Whitley también lo oyeron. Valeria recuperó el hacha del suelo. Bárbara salió corriendo de su propia habitación y regresó con una ballesta. La poca luz alargaba sus sombras hacia las paredes.

—¿Qué pasa? —preguntó Davis—. ¿A qué viene...? —Fue a abrir la ventana para mirar al exterior. El dardo de una ballesta se clavó en el quicio. Decidió no terminar de abrir.

Los pies batían por el vestíbulo superior. Nelly Udall entró en la cámara. Tenía heridas en su cuerpo y el hacha de su mano goteaba.

—¡Hierro y azufre! —bramó—. ¡Coged vuestras armas! ¡Vienen a matarte!

Una Macklin y una juvenil Lundgard la seguían. Estaban también heridas, armadas apresuradamente y lloraban.

—¿Qué pasó? —preguntó Davis.

—He cerrado la puerta de la calle —dijo Nelly entre roncosp estertores—. Ellas la derribarán dentro de un momento —un gemido de madera forzada coreó sus palabras. Se volvió a Davis, reprimiendo sus lágrimas—. ¿Eres un Hombre, querido, o me

estabas tomando el pelo?

—Yo... claro que soy un Hombre —contestó Davis.

Sacudió la cabeza.

—Me parece que tendré que aceptar tu palabra. ¡Lo hice... por eso me hirieron de esta manera... destrucción y plagas! La legado afirma que no eres Hombre. ¿Criatura, porque no tuviste el sentido común de matar a ese tiburón?

—La legado... —Valeria se puso rígida—. Yo soy la legado.

—¿Sí? La Trevor dice lo contrario, y lo ha demostrado muy bien.

—¡*Trevor!* —Davis cogió a la Udall por los hombros y la sacudió—. ¿Qué ha pasado? ¿Se escapó?

—Sí —contestó Nelly con voz llana—. Estábamos todas en el Ancora, bebiendo a tu salud cuando esa Trevor entró con vuestra Dyckman... dijo que es la legado y que tú eres un Monstruo... lo demostró repitiendo los ritos que cada madre conoce cuando está en el Navío... desafió a vuestras Whitley para que hiciesen lo mismo... —Nelly volvió a sacudir la cabeza—. Fue todo una lucha. Nosotras tres logramos salir de la taberna y llegar aquí delante de todas.

—¡*Elinor!* —repitió temblorosa la voz de Bárbara.

—Debe haberse escapado de su cuarto —dijo Davis con voz hueca—. Iría hasta el calabozo, diría al centinela que tenía nuevas órdenes mías y libertaría a Joyce... ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Luchar —respondió Nelly. Se escupió las manos, agitó el hacha y se plantó firmemente en el umbral.

Hubo un ruido final y la multitud entró en el vestíbulo. Una Salmón saltó gritando, con su daga desenvainada. El hacha de Nelly cayó y el cuerpo de la mujer rodó a sus pies. Una Hauser le asestó un golpe de lanza. Bárbara disparó contra la Hauser.

Eso las desanimó. Las pocas mujeres que se podían ver se agrupaban en el estrecho corredor. El ruido disminuyó hasta tomar el aspecto del gruñido de un tigre.

Davis aspiró una larga bocanada de aire, reunió todo el adiestramiento psicofisiológico que le habían imbuido en la escuela y se adelantó.

—¡Quién ha estado contando mentiras acerca de mí! —gritó.

Una Damon, cubierta de cicatrices, se le enfrentó, valiente bajo la amenaza del hacha de Nelly.

—¿Pides una tregua? —preguntó.

—Sí —dijo Davis—. Suspende el fuego, Babs. Quizás podamos arreglar esto.

Joyce Trevor se abrió paso por entre la multitud. Con la falda desgarrada y el pelo revuelto carecía de toda su antigua dignidad hierática.

—Digo que eres un embustero y un Monstruo —declaró.

Dijo Davis, muy tranquilo, aun sin quererlo:

—Elinor, ¿por qué lo hiciste?

La había visto en la primera fila de la turba, delgada, temblorosa y con ojos muy abiertos. Tenía los labios pálidos.

—Lo eres —susurró—. Atacaste a una legado. La legado dice que eres un Monstruo.

Davis sonrió pesimista. Ya era demasiado tarde para tener miedo.

—Yo estaba solo y hay muchos Doctores. Esa es la respuesta, ¿no? Ya cantarías diferente canción si hubiesen venido los Hombres.

—¡Cállate, Monstruo! —gritó Elinor—. ¡Tú y esas Whitley le habéis golpeado demasiado a menudo!

—No te culpo —contestó Davis—. Fui yo el culpable, al pedirte que hicieses lo que estaba en contra de tu naturaleza.

—Algún día te molere tu asqueroso seso, Dyckman —prometió Valeria.

Elinor retrocedió gimoteando arrojándose en la multitud.

—Esto es una pérdida de tiempo —saltó Joyce—. Si esa Whitley es una verdadera legado, que lo demuestre recitando los ritos.

—No importa —dijo Davis—. No es una legado.

—Querido, tendrías que contar la verdad desde el principio —intervino la capitán Udall. Su tono era de reproche. Paradoja: Hay que confiar que la gente cumpla los fines propios de uno, pero no se puede uno fiar de todas las personas.

—Lo sé... ahora —dijo Davis—. Pero es demasiado tarde. Soy un Hombre. Puedo traer a todos los Hombres aquí. La legado miente con respecto a mí porque los Doctores no quieren a mis compañeros. Eso, claro, significaría el fin del poder de los Doctores.

—Una cosa así me había imaginado —musitó la Landgard dentro de la habitación. Por eso es por lo que vine.

—Dejadme que recobre mi espacionave —dijo Davis—. Eso es cuanto pido.

—Claro que sí —dijo Joyce—. Mujeres del mar, ¿una vez el Monstruo esté sano y salvo cuánto tiempo pensáis que podremos vivir? —Giró ante la multitud—. ¡Os lanzo sobre vosotras la eterna maldición del Padre, si alguna ayuda a esta cosa!

Davis se aclaró la garganta y rugió como respuesta:

—¡El Padre es otra mentira! ¡Si existe, que me lance uno de sus rayos y me mate ahora mismo! ¡Si no lo hace, podréis comprobar vosotras mismas cómo os han mentido los Doctores!

—¡Nosotras somos instrumentos del Padre! —gritó Joyce—. ¡Matadle!

Nelly sopesó su hacha, sonriendo.

—¿Quién es la siguiente? —preguntó.

—Los Hombres vienen —dijo Davis con llaneza—. Cualquier cosa que me ocurra, los Hombres vendrán dentro de otra generación. Y castigarán o recompensarán de acuerdo a como haya sido tratado el primer Hombre en Atlantis.

Eso era una mentira como una catedral. El servicio jamás se vengaba de una sociedad, o tampoco castigaba por lo que se le hiciese a un miembro que actuase en contra de la estructura erigida. Pero Davis no estaba de humor para explicar la ley de la Unión.

Oyó cómo arrastraban los pies en el corredor, susurro de voces y arrastrar de lanzas por el suelo.

Y también el ruido de nuevas llegadas, unas cuantas mujeres pro-Davis entrando y pronunciando una de las palabras adorables y elocuentes:

—¡La primera que toque al Hombre morirá atravesada de parte a parte!

La masa de Shield Skerry no sabía qué pensar; se inclinaban a creer a la legado, pero se habían enfriado un poco. Las mujeres tienen un poco menos de tendencia a actuar en multitudes que los hombres. Davis se irguió, se pasó la lengua por los labios y avanzó.

—Voy a salir —dijo—. Abridme paso.

Bárbara, Valeria, Nelly y sus dos compañeras, le siguieron pisándole los talones. Un puñado de decididas y brabuconas mujeres cruzó por entre la multitud paralizada hacia él, para unírsele.

—¡Matadle! —dijo Joyce—. ¡Matadles o la maldición del Padre será con vosotras!

Bárbara giró en redondo con la ballesta alzada.

—Si tratáis algo —dijo con tono de amenaza—, la legado morirá primero.

Davis pasó junto a Elinor. Ella apartó la vista. Davis no sintió cólera; era inútil. Lo que tenía que hacer ahora era salir antes que alguien se calentase lo bastante como para romper aquel silencio explosivo.

Y sólo pudo cruzar el atestado vestíbulo y la también atestada habitación, posada común, porque ahora había un grupo de mujeres armadas junto a él, formando en su tomo un círculo confortador. Todos comenzaron a dirigirse hacia el muelle.

El viento azotaba las ennegrecidas calles. Davis se estremeció y se forzó a sí mismo para olvidarse del frío y de las fuertes olas que azotaban más allá de la bahía. Oyó cómo le seguía la multitud, pero estaba demasiado oscuro para que pudiese ver a sus seguidoras.

Bárbara —notó la dura empuñadura de su ballesta— le susurró casi al oído venenosamente:

—No creas que formo parte de este grupo por tu bien, traidor indecente. Lo hago porque no me queda más remedio.

Davis tropezó con una piedra y soltó un juramento. El viento casi se lo arrancó de los labios. Aquellas pocas docenas de metros fueron el camino más largo que jamás recorrió.

Cuando salieron de las paredes que a ambos lados les estrechaban el paso formando una especie de cañón artificial, llegaron al embarcadero, donde había bastante luz procedente de los faros. Nelly abrió la marcha hacia el Navío.

—Pongo mucho en juego, mucho, infiernos, en la creencia que eres un verdadero Hombre —casi gritó al viento.

—Gracias —dijo Davis de manera inadecuada.

—No me atrevo a creer otra cosa —contestó ella.

Arrojaron desde el barco una pasarela, dejándola caer sobre el muelle. Davis sólo pudo ver a la multitud que bullía en las sombras. No sería nada difícil disparar contra él. Pero gracias a todos los Hados propicios, estaban acostumbrados a pensar por sí mismos de un modo duro y torpe; aún en sus cerebros masticaban lo imprevisto, lo desconocido.

Joyce la salvaría lo bastante pronto, pero por entonces él ya pensaba haberse ido.

Valeria se colocó a su lado y le susurró:

—Sí, creería que también eres un Hombre... ¡Y enviaría al diablo a todos los Hombres! Vengo sólo porque no puedo hacer otra cosa.

Nelly pisó la pasarela. Cuando tuvo la cubierta del barco bajo sus pies, pareció recobrar todas sus fuerzas.

—¡A bordo, ratas de mar! ¡Ocupad el cabrestante! ¡Hacedlo de prisa u os arrancaré las orejas!

Fue a poco para hacerse cargo del timón. Las otras mujeres se apresuraron por doquier, haciendo cosas incomprensibles con cuerdas y poleas. El gran molino de viento, girando a un metro de la cubierta principal, dio un salto, rechinó y funcionó más despacio. En proa hubo una blanca estela de agua y el *Fishbird* salió de la bahía.

XVII

La mañana era gris sobre un mar gris-hielo, donde las olas se extendían de horizonte a horizonte. El Navío oscilaba y escoraba. Hacia el Este se veía una franja de tierra.

Davis salió de una de las pequeñas cabinas de la parte de popa para encontrar a la tripulación reunida ante la pequeña cocina para desayunar. Se unió a la fila, arropándose con una capa, que había encontrado bien apretada contra su piel. Valeria estaba delante, Bárbara comía al amparo de las amuras. Ambas le ignoraron. Las marineras —en su mayoría mujeres jóvenes de las familias más guerreras, según advirtió— charlaban felices, pero él no se sentía de humor para entrar en su conversación.

Paseó los ojos por las cubiertas. A popa estaba la caseta del timón y una especie de bitácora... sí, indudablemente tenían alguna especie de compás. La cubierta principal era donde estaba la cocina y las escotillas para la carga. Arriba, cerca de proa, inmediatamente detrás del mascarón, había una catapulta lanza arpones.

El molino de viento estaba enfrentado al fuerte aire del noroeste. Chirriaba menos de lo que podía esperarse... debía estar bien engrasado. Del engranaje que había en lo alto partía un eje de hierro forjado que bajaba por la torre, bien sujeto, girando.

Buen dispositivo, pensó Davis. Debía haber un juego de engranajes universales en la cabeza del molino de viento, así que se podían conectar directamente según la brisa que soprase. Su rotación era transmitida por ejes y otros engranajes a una hélice propulsora. El *Fishbird* podía navegar contra viento si así lo decidía el capitán. Claro, los engranajes tendrían que ser colocados con precisión y siendo de acero bastante blando necesitarían ser reemplazados con frecuencia; pero si no se sabía fabricar una

máquina de vapor, esto resultaba una buena idea.

Nelly Udall bajó de popa cuando Davis consiguió su bandeja de alimentos.

—Buenos días, querido —bramó ella—. ¿Te molesta el mar?

—No —contestó Davis. Un viajero espacial, entregado a soportar todas las gravedades desde cero hacia arriba, no puede estar molesto por un poco de vaivén.

—Bueno. Es difícil de creer en un Hombre mareado, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! —Nelly le dio tal palmada en la espalda que Davis se tambaleó—. Me gustas, pollo, maldita sea si no me gustas.

—Gracias —dijo Davis débilmente.

—Ven a mi camarote. Hablaremos de esto mejor.

Era un cuarto pequeño. Se sentaron en el camastro de la mujer y Davis dijo.

—No estoy seguro de qué hacer después. ¿Seguir por el Río Sagrado?

—Yo no lo recomendaría —contestó Nelly. Sacó una pipa y comenzó a llenarla de una especie de copitos verdes sacados de un tarro. Los ojos de Davis se le iluminaron. No era tabaco, pero se podía fumar. Las palabras de la capitana le dejaron poseído por un frío mortal—. No, a menos que quieras ver clavado en tu hígado un dardo.

—¿Eh?

—Piensa un poquito, querido. Ese legado del maldito Padre ha predicado un infierno ahora en Shield. En estos momentos los botes deben encaminarse hacia el Navío aprovechando las corrientes. Tienen aparejos de vela en cada mío de estos cacharros con hélice, como este, y si el viento es propicio... y lo es, irán muy de prisa. Para cuando lleguemos a Bow Island, todo el país estará alzado en armas.

—¡Cáscaras! —murmuró Davis.

Nelly encendió una corta mecha con su pedernal y puso en marcha su pipa, soplando nauseabundas nubes de humo.

—¿Seguro que no estás mareado, patito? —preguntó—. De pronto te has puesto pálido.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Davis.

—Ahora —le contestó Nelly—, me dirijo a Farewell, mi puerto base. Tengo amigas allí y nadie pensará en llevarnos la noticia

durante una temporada. Por tanto tampoco nadie contradecirá lo que tú quieras decir. ¿Y qué será?

Ella le contempló con ojos expectantes. Davis miró por el vidrio de ojo de buey. Una ola se estrelló contra el cristal, el agua chorreó y el navío dio un salto.

—¿Piensas que admitirán lo que les digamos y que nos defenderán cuando se enteren de la opinión ajena?

—Sé muy bien que lo harán, querido. Yo lo hice, ¿no es verdad? Dieciocho de nosotras además de tus Whitley y eso teniendo las palabras de la legado arrojadas en nuestros rostros. Estamos muy hartas y asqueadas de los Doctores, te lo aseguro. Los vemos con más frecuencia que las de tierra dentro, los Doctores son muy... — Nelly dedicó unos cuantos minutos a disponer un rico catálogo de la arrogancia, de la codicia y general malicia de los Doctores, y salpicado todo con los más ricos juramentos y maldiciones que se pudieran escuchar.

No podían ser tan villanas. Con toda probabilidad, un número de ellas pensaban que él era un Monstruo; su advenimiento no encajaba con la elaborada escatología con la que parecían haberse envuelto. Otras eran indudablemente más cínicas en la cuestión, pero Davis no podía considerar eso como un crimen.

Sin embargo... conocía bastante bien la ley de la Unión para estar seguro de que cuanto hiciese con respecto a los Doctores iría de acuerdo con el Servicio de Coordinación. Ahora no era cuestión de pasar por altos criterios antropológicos acerca de alguna civilización no humana; el *homo sapiens* tiene unos valores rigurosamente establecidos en los que se incluye una vida familiar normal.

La idea creció despacio. Apenas oyó el murmullo de la Udall prosiguiendo:

—Creo que podemos reunir unos cuantos navíos cargados. Subiremos por la costa, luego atacaremos la tierra adentro para recuperar tu navío desde retaguardia.

—¡No! —exclamó Davis.

—¿Eh?

—Demasiado arriesgado. Estará custodiado pesadamente con todas las fuerzas que hayan podido reunir. Los Doctores no van a ceder hasta que no vean mi cabeza cortada. Y les han debido quedar

herramientas suficientes en el Navío para llevarlas a Freetoon y mover mi nave. Tenemos que actuar de prisa.

—Así que... —Nelly esperó con su pipa ardiendo entre sus huesudos dedos.

—Así que reuniremos una flota en Farewell... sí. Si tú crees que tus chicas están dispuestas a arriesgar sus vidas por ser libres... ¿Te parece?

Nelly sonrió.

—Pollito, con esa barba y esa voz puedes con vencerlas para que se metan por la más tormentosa puerta del infierno.

—La cosa no será tan mala —contestó Davis—. Espero. Lo que vamos a hacer es caer como una tormenta sobre el Navío.

XIX

La pleamar en el día de la batalla tenía lugar después de salir Bee. Mientras la niebla matutina se fragmentaba en desgarrados girones grises, la flota rebelde se abría ante la ciudad del Navío.

Davis estaba plantado en la cubierta del *Fishbird* y contemplaba el avance de sus fuerzas. Había otras veinte naves a hélice y casi la misma cantidad de goletas de pesca y embarcaciones más pequeñas. Sus molinos de viento y sus blancas velas eran como alas de gaviota cruzando el azul sucio de las aguas, agitadas y espumantes a causa de la brisa. En todas las proas ondeaba la nueva bandera que él mismo había diseñado. La risueña cara de un bufón. Las chicas estaban enamoradas del *Jolly Roger*, como le bautizaron.

Las rebeldes sumaban la cantidad de unas dos mil mujeres procedentes del archipiélago Farewell. Se calculaba que en el Navío había una mitad más de defensoras —pero menos rudas, menos expertas en el combate (las marineras no hacían ascos ocasionalmente a la piratería)—, una buena cantidad de ellas compuesta por niñas y ancianas. Las probabilidades no parecían estar en contra.

Valeria dio una patada en las maderas de cubierta.

—Voy a desembarcar también —dijo agresiva.

—No, no lo harás monada —Nelly y Udall dio vueltas en su mano a una pesada cabilla—. Hay que proteger al Hombre. ¿De qué nos serviría todo esto si nos lo acribillaran?

Bárbara asintió con frialdad.

—Tiene razón, como comprendería cualquiera que no tuviese tus sesos de mosquito —y añadió—. ¡No es que yo no prefiriera custodiar a un escarabajo pelotero en vez de a eso! Pero si nuestras amigas son lo bastante estúpidas como para *querer* a los Hombres,

no me queda más remedio que chincharme.

Davis suspiró. En las tres semanas atlantianas pasadas desde que salieron de Shield Skerry, ninguna de las primas le había dirigido la palabra, ni tampoco se hablaron una a otra sin anteponer una maldición. Después de un centenar de exabruptos, había renunciado a tratar de reconciliarlas.

No obstante, no podía mandarlas al diablo y consolarse con alguna otra. Se acordó de un día, paseando solo por los acantilados de Farewell. Hacía frío y había nubes espesas, la resaca era crecida debajo suyo, el viento le azotaba con fuerza la cara y silbaba al rozar la grisácea maleza. De pronto salió una chica de detrás de un matorral. Era una Lundgard, joven y bonita. Algo más que el crudo mal tiempo había enrojecido su cara y encendido sus ojos. Al acercársele, Davis vio intranquilo que la joven llevaba bajo su capa únicamente la más breve de las túnicas.

—Te saludo —dijo ella.

—Oh, hola —balbució el hombre.

La chica se plantó con las manos en las caderas, mirándole de arriba a abajo. Por último, sonrió.

—Será más divertido que terrible, me parece.

—¿El qué? —preguntó Davis respingando.

Ella se quitó la capa y la extendió en el suelo.

Con tres hábiles movimientos dejó caer la túnica junto a la capa. Abrió los brazos por completo. Su rubor se mantuvo asombrosamente manifiesto, pero la voz sonó tranquila.

—Si de verdad eres un hombre, aquí me tienes a tu disposición.

—¡Uf! —exclamó Davis—. Pero, pero, pero... —Dio un paso atrás.

—Por favor —suplicó ella—. Aposté a que me... me harías tuya...

—¡Oh, no! —gimió Davis.

Aquello parecía el medio menos caballeroso de hacerla perder su dinero. Pero había visto esa misma mañana a Bárbara y Valeria por la calle. Las había llamado y las dos le volvieron la cara. Por ese motivo decidió dar aquel paseo solitario. Ansiaba desembarazarse de aquella ridícula obsesión que le hacía considerar insignificantes a las otras mujeres. Pero no era posible.

—Lo siento —se apresuró a pasar de largo junto a la muchacha.

Ella se le quedó mirando un momento, sonrió con desencanto y volvió a recoger sus ropas.

—Bueno —dijo—, una gana y otra pierde. Davis se alegraba ahora positivamente de que todas aquellas oportunidades hubieran quedado atrás. Había pasado mucho tiempo maldiciéndose a sí mismo por no haberlas aprovechado.

Nelly tomó un megáfono y vociferó a un navío que maniobraba hacia el embarcadero.

—¡Aparta! ¡Apártate o nos amontonaremos todos!

El Navío debía haberse averiado seriamente, al aterrizar allí, pensó Davis. Con toda probabilidad bajó donde pudo, utilizando los últimos estertores de la impulsión de sus máquinas estropeadas. Las paredes que ahora lo encerraban habían sido alzadas sobre una colina que apenas sobresalía por encima de la pleamar. Hacia el este se extendían las marismas, una tierra lóbrega en la que una amplia calzada de piedras se iniciaba hasta perderse a lo lejos en los distantes picachos azulados de la cordillera.

Entre la carga del navío debieron haber robots para la construcción y equipo pesado para remover la tierra. Unos pocos millares de mujeres era imposible que hubiesen podido erigir aquello con sus solas manos. Ahora las máquinas tiempo que se habían estropeado, pero su permanecía.

La ciudad estaba circundada por murallas blancas de cemento de cinco metros de altura, con cuadradas atalayas en cada esquina. Las murallas se alzaban directamente desde el agua durante el pleamar y del barro cuando bajaba la marea; inaccesibles excepto por la pasarela y calzada que llegaba a la puerta de levante o el amplio muelle construido a partir del lado occidental. Contra este muelle se apoyaban ahora las naves rebeldes más próximas. Las pasarelas se tendieron con violencia y un enjambre de mujeres con armadura saltó a tierra. Los navíos más retrasados empujaban a los que tenían delante, formando un puente por el que circulaba el resto de las tripulaciones. El *Fishbird* estaba al paio al exterior de la flotilla.

Davis dejó que sus ojos vagaran por la ciudad. Podía ver los tejados de los edificios por encima de las murallas, la arquitectura cupulada de estilo carolingio de hacía tres siglos. Y pudo observar

el gran dorso de ballena del propio navío, trescientos metros de longitud, desde la muralla norte a la sur, el metal todavía brillante pero con una zona abollada en el centro para demostrar el duro aterrizaje efectuado.

Bárbara contemplaba a las vociferantes marineras. Iba equipada como ellas: casco con visor sobre su pelo rojo, túnica de escamosa piel de ofidio, pantalones, picudas botas. Los accesorios incluían hacha, daga, ballesta y carcaj... la muchacha se había convertido en un arsenal ambulante. Ella y Valeria seguían conservando sus lazos colgados del hombro.

Davis, con un equipo parecido, experimentaba la misma sensación de inutilidad. Ay estaba a punto de quedar oculto por el resplandor del sol más cercano. Minos meditaba por encima de las cabezas en su gigantesco último cuarto. Había una tempestad en el planeta rey, Davis casi podía ver cómo se agitaban las bandas y zonas oscuras.

Los cuernos tronaban en las murallas, bajo la bandera de la Cruz Roja de la ciudad. Mujeres, ágiles y rudas legados y acolitas, aparecían con sus corazas, espinilleras y cascos-máscara, todo de metal bruñido. Las ballestas empezaron a disparar.

No hubo intento de derribar la doble puerta del final del muelle; era de sólido hierro, los goznes enterrados en el cemento. Una ululante masa de marineras alzó escalas y comenzó a trepar por ellas.

—¡Cosmos! —murmuró Davis.

Una doctora empujó a la escalera que tenía más cerca, pero en su extremo había un excelente garfio náutico; no se podía apartar con facilidad. Davis la vio desenvainar un largo espadín. La primera rebelde que subió cayó con la garganta atravesada por el acero, derribando a la que ascendía a continuación.

—¡Dejadme ir! —gritó Valeria.

—Cálmate —repuso rápida Nelly. Sus preocupados ojos se posaron en Davis—. No creí que tuvieran tan buena defensa, pollo. Nunca habían tenido que luchar, pero me parece que siempre estuvieron preparadas. Será mejor que las derrotemos de prisa.

Davis asintió. Tenían sólo un par de horas antes de que la marea bajase tanto que todo navío quedaría embarrancado hasta la siguiente pleamar. Había allí esclusas para atender a los visitantes

ordinarios, pero un barco en aquella especie de jofaina quedaría tan efectivamente atrapado como el que estuviera posado en el barro.

—De manera que nos quedamos —gruñó Bárbara—. ¿No es esa la idea?

—Sí —repuso Davis. Fumaba una pipa prestada con verdadera fruición—. Sólo que los Doctores deben haber organizado un ejército local de las ciudades del interior, para impedirnos llegar a Freetoon. Ahora habrán mandado a por auxilios. Si las cosas van mal, me gustaría tener una vía de retirada...

—Te gustaría, claro —asintió la chica y le dio la espalda.

Hachas, lanzas, espadas entrechocaron arriba, en la muralla, disparos y dardos relucían a la fría luz de la madrugada. Las combatientes Doctoras estaban siendo rápidamente desbordadas en su número. Una de ellas, con una roja capa de jefe, sopló un cuerno. Sus mujeres se abrieron paso luchando hasta ella.

Nelly Udall iba de arriba a abajo gritando:

—¡Ganamos! —bramó, y dio una palmada a la espalda de Davis—. ¡Ya nos hemos apoderado de las murallas!

Davis se tambaleó, cogiéndose a la barandilla. ¡No podía ser tan fácil! No, las fuerzas de los Doctores se habían reagrupado y bajaban torrencialmente por las escaleras entrando en su ciudad. Una joven y esbelta Burke lanzó un grito triunfal; pudo oír su aguda estridencia por encima de todo el bullicio y ver cómo su pelo negro ondeaba mientras plantaba la bandera del *Jolly Roger* en lo alto de la muralla.

Las mujeres del muelle subieron por las escalas de asalto como hormigas. El navío pareció perderse más allá del enjambre de rebeldes.

Algo se movía entre las aspilleras de dos de las atalayas. Grandes ruedas de madera giraban sobre los parapetos. Davis pudo ver a los Doctores manejando una intrincada máquina. Un cinturón perforado encajaba en los surcos de cada rueda y al girar éstas una lluvia de dardos salió disparada.

Una primitiva ametralladora, pensó Davis frenético, *¡Pero que funciona!*

La matanza se extendió a lo largo de la muralla. La joven Burke que portaba la bandera, la soltó, se llevó una mano al pecho y cayó de lo alto. Una Tottino se precipitó al cemento inferior salpicándolo

con su sangre.

—¡Apoderaos de ese chisme infernal! —aulló Valeria. Disparó frenética contra la torre más próxima, las lágrimas bajándole por las mejillas. Y añadió—: ¡Yo me lanzaré...!

—No —gimió Nelly—. El Hombre...

Barbara alzó su hacha.

—¡Que se pudra en el infierno ese Hombre! ¡Las están matando a mansalva allí! ¡Desembárcanos!

Un grupo de marineras llegó a la escalinata y comenzó a bajar dentro de la ciudad. Las Doctores defendieron el pie con espada, lanza y ballesta; era una escalera demasiado estrecha para ser forzado el paso en un minuto. La muerte destellaba y silbaba desde las fortificaciones.

Alguien gritó, recogió la caída bandera negra y corrió hacia una atalaya. Cien chicas se precipitaron en pos. No pudieron contenerlas. Entraron en el cono de seguridad, bajo el que la máquina no podía bajarse más y arrojaron sus lanzas a la muralla ante ellas.

Nelly rugió por el megáfono:

—¡Otra escala! ¡Otra escala, dos más, estúpidas, cabezas de grajo!

Un batallón de mujeres mayores, mantenidas en reserva, desembarcó con las escalas. Las colocaron contra las murallas, cerca de las atalayas. Las rebeldes de lo alto asieron las escalas y las apoyaron a su vez contra los fortines.

¡Arriba y por encima! Hubo un rojo destellar de hachas. Las ballestas giraron en redondo, sin disparar más... hasta que alguien se apoderó de una de las toscas ametralladoras, bajó la palanca del disparador y apuntó a la escalinata.

Nelly cogió a Davis y le hizo girar por cubierta en un arrebató de alegría.

—¡Las tenemos, las tenemos, las tenemos! —gritó. Las planchas crujieron bajo sus pies.

El grupo invasor bajó por los escalones. Otro le siguió, una ola armada subiendo por las escalas, cruzando las murallas y vertiéndose en la ciudad. La Cruz Roja fue arrancada de su torre y en su lugar ondeó el *Jolly Roger*, su sonrisa luciendo por encima de cien mujeres muertas y doscientas malheridas.

Davis se sintió enfermo. Toda su educación encaminada contra la guerra; recordaba demasiado bien cómo desaparecieron las ciudades dentro del humo radioactivo y cómo la esterilidad se había extendido luego por lo que antes fueron verdes colinas.

—¿Asustado? —Se le burló Bárbara—. Estás a salvo aquí.

—Claro —dijo Valeria—. Si corres peligro de ser herido, no te apures que te apartaremos de aquí.

—¡No pienso en la retirada! —dijo Davis con voz cruda.

—Sí, lo harás, patito, si es preciso —contestó Nelly—. Si te mataran a ti, ¿qué sería de nosotras? —Su arrugado rostro se volvió ceñudo hacia tierra—. Tenemos que ganar... no hay más remedio... Si los Doctores venciesen, no nacería otra criatura jamás en las islas.

Eso era lo que las impulsaba, pensó Davis. Y una necesidad incluso más profunda, que hacía de las ofensas políticas una mera excusa para el cerebro consciente. El instinto decía que una máquina era un sistema demasiado inseguro de traer nueva vida en el universo.

Excepto las bajas y unas pocas guardas, casi todas las fuerzas rebeldes habían desaparecido de vista en el interior de la ciudad. Davis sólo podía captar el fragor de la batalla. Le parecía que estaba amainando... eso significaba que su bando hacía retroceder a las Doctores.

¿Y qué, si él ganaba? Para un hombre una victoria en la que no hubiese tenido parte directa, no significaba nada.

¡Maldición! Se le había apagado la pipa.

Las puertas de hierro fueron abiertas. Desde donde estaba el *Fishbird* no podía Davis ver a través de ellas, pero eso de abrir las puertas demostraba que su bando dominaba por completo la zona occidental de la ciudad.

—Creo que ocuparemos la ciudad antes de la bajamar —dijo Nelly—. Pero, entonces, ¿qué haremos?

—Nos habremos apoderado del aparato partenogenético —le recordó Davis—. Eso sin contar con el prestigio de la victoria. Dominaremos el planeta.

—Oh... sí, es cierto. Se me había olvidado. Me estoy haciendo vieja, querido —Nelly agitó su hacha—. ¡Pero aún me gustaría cortar el cuello a unas cuantas Doctores!

Por las abiertas puertas salió un griterío agudo.

Las marineras salieron en oleada torrencial, cayendo unas sobre otras, arrojando de sí sus armas, ciegas de pánico. Un par de centenares de mujeres corrieron hacia las naves.

—¿Qué ha pasado? —bramó Nelly—. ¡Alto, mojigatas! ¡Deteneos! —Y se lanzó a emitir una ristra de blasfemias y juramentos.

Bárbara la arrebató el megáfono.

—¡Adentro! —gritó—. ¡Vamos a desembarcar nosotras!

La timonel parecía enferma, pero tiró de la cuerda de señales. Abajo en la, sentina las maquinistas accionaron palancas para embragar el molino de viento. Se efectuó con un aullido metálico y el *Fishbird* giró en redondo. Alzó el ancla y la embarcación avanzó meciéndose por la estrecha lengua de agua libre.

Nelly Udall aguardaba en silencio. Su navío tropezó contra una de las goletas amarradas al muelle. Dos chicas del costado lanzaron garfios para asegurar la nave.

—Vamos —exclamó Valeria. Saltó a la cubierta de la goleta con el hacha desenvainada.

Bárbara vio a Davis hacer gesto de seguirla.

—¡No! —protestó.

—Sí —respondió él con aspereza—. ¡Ya he aguantado bastante!

Ella le cogió del brazo. Davis se soltó de un tirón, ciego de furia y saltó hacia el muelle.

La multitud aún seguía saliendo por la puerta al muelle, agrupándose en los navíos. Un áncora fue izada. Davis cogió a una Craig y la hizo volverse.

—¿Qué pasa? —gritó.

Ella le miró sin verle.

—¡El fuego! —gimoteó—. ¡Oh, el fuego!

Davis la abofeteó para hacerla reaccionar.

—¡Habla con sentido! ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Nosotras... lucha callejera... tropa de los Doctores... llamas, llamas blancas que *quemaron* a nuestra vanguardia...

La Craig se desmayó.

Davis sintió que algo se derrumbaba en su interior. Se volvió despacio a la tripulación del *Fishbird*.

—¿Oísteis hablar alguna vez de un arma de fuego? —preguntó.

—No —contestó Nelly—. No, nunca.

—¡Es el Padre en persona! —sollozó una Macklin.

—¡Cállate! —saltó Davis—. Sé lo que es. Han debido encontrar mi desintegrador cerca de Freetoon y la legado ha debido traerlo. Quizá en los archivos del Navío se describen los desintegradores —sacudió la cabeza con desesperación—. Chiquillas, esa es una mala cosa.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Bárbara.

—Apoderarnos de ese desintegrador —contestó él—. Se trata sólo de un arma. No hay nada sobrenatural en un chorro iónico. Y hay únicamente un solo desintegrador.

—Te matarán —dijo Valeria—. No, espera aquí, Bert...

—Seguidme —contestó Davis—. ¡Si os atrevéis!

Trotaron tras él, una docena del *Fishbird* y otras tantas de las que se retiraban cuya moral Davis había elevado un poco.

Cruzó las puertas y vio un laberinto de calles pavimentadas entre altas casas de cemento. El Navío se alzaba enorme al final de todas las avenidas. Así de cerca podía incluso leer el nombre pintado en la proa, *New Hope*. Parecía una burla del destino aquel nombre.

Desde otras dos calles venía ruido de lucha. La batalla se había extendido y muchos de sus grupos aún no habían visto al arma de fuego. Si no se daba prisa, sin embargo, lo verían y eso sería el fin de toda rebelión.

—Fuimos por aquí —señaló una Latvala del grupo original—. Tres calles más abajo nos encontramos con esa banda de enemigas a nuestra izquierda.

Davis tanteó cerradas puertas y acristaladas ventanas. Al mirar dentro advirtió lo bien que vivían las Doctores; en todo Atlantis no había tal lujo. Comprendía que no quisieran abandonar de buen grado tal modo de vivir.

Se detuvo en seco. Los Doctores venían por delante al doblar la esquina.

Eran unas veinte. Un grupito de jóvenes legados, sus cascos inexpressivamente blancos, de pared a pared, con los escudos casi entrelazados. Tras dichos escudos empuñaban espadas y alabardas.

—¡A por ellas! —gritó Nelly.

Tres chicas saltaron delante de Davis. Una de ellas era una Whitley; por un momento pensó que se trataba de una de *sus*

Whitley y luego vio a Bárbara y Valeria todavía flanqueándole.

Por encima de la parte superior de los escudos se alzó el rostro de una Burke. Era una cara vieja, sin dientes y con arrugas bajo una alta corona cubierta de joyas y su cuerpo quedaba cubierto por una bata blanca. Pero en su huesuda mano brillaba el desintegrador de Davis.

Davis extendió los brazos y se arrojó al suelo, llevando consigo en su caída a Bárbara y Valeria. Una llamarada blancoazulada les pasó por encima.

Tres jóvenes cayeron, perforadas. Pudieron haber sido Val o Bárbara las que yacieran allí, pensó Davis enloquecido. Se acordó entonces cuánto las amaba.

Giró en el suelo, entrando en un portal.

—¡Apartaos! —gritó.

Su pandilla huía ya a la desbandada. Nelly permaneció firme y Bárbara y Valeria estaban a su lado. Nelly arrojó su hacha; el arma rebotó en un escudo e hizo que una legado cayera sobre la vieja Doctor. El próximo disparo resultó desviado y Nelly corrió por la calle impulsada por sus gruesas piernas.

Chocó contra una puerta con su robusto hombro. La madera cedió hecha astillas. Davis saltó al interior de una sibarítica sala de estar.

—¡Deprisa! —dijo—. ¡Por la salida posterior!

Dos legados aparecieron en el marco de la puerta. La ballesta de Bárbara disparó un par de veces. Valeria y Nelly ya habían salido de la sala.

Davis las siguió y vio unas escaleras.

—Dame tu lazo, Babs —dijo—. Tengo una idea.

—Vamos todos —desenrolló la cuerda mientras subían tras él.

Un dormitorio daba a la calle. Davis alzó la ventana. El grupo del desintegrador quedaba justamente debajo. Lanzó su hacha, falló en dar a la vieja bruja y soltó una maldición. El arma de fuego de la mujer se alzó hacia Davis.

Bárbara le apartó a un lado, se asomó a la ventana y arrojó su lazo como una flecha. La cuerda se cerró en torno a la jefa Doctor; Bárbara sonrió y tiró para apretar el nudo.

—¡Socorro! —gritó la Burke—. ¡Me han enlazado!

Davis saltó a la calle. Casi se atravesó a sí mismo en una de las

alabardas. Aterrizó sobre una legado con armadura y ambos se derrumbaron con un sonar metálico.

Ella no se movió. Davis saltó y colocó un gancho de izquierda en la mandíbula más próxima. El lazo de Valeria salió por la ventana, sujetando algo. Ella se deslizó por la cuerda manejando el hacha sin descanso. Nelly la siguió. Bárbara distribuyó algunos acertados disparos antes de unirlos.

La vieja gruñó. Logró libertarse y trató de empuñar el desintegrador.

—¡Oh, no, eso no! —Davis pisó el arma. Un estoque rasgó la escamosa zamarra y subió arañándole la mejilla. Dio una patada y la mujer se fue hacia atrás para tropezar con otra. Una forma esbelta se cerró sobre él; una daga trató de llegarle a la garganta. Colocó las manos en la cintura, alzó a la muchacha y la arrojó al centro de la refriega.

Nelly había recogido un hacha.

—¡Uiiiiiii! —bramó y comenzó a descargar golpes. Bárbara y Valeria peleaban espalda contra espalda, sus armas formaban un borroso torbellino ante ellas. Davis se encontraba demasiado acomplejado para utilizar contra mujeres el afilado acero, pero cada golpe que descargaba le servía para descargarse de parte de su sentimiento de culpabilidad.

La pelea terminó en pocos minutos. Davis tomó el desintegrador y pasó otros sesenta segundos incinerando las caídas armas de los Doctores.

—Vamos —jadeó.

—¿Es que vas a dejar a estas chacales aquí?

—Nelly señaló a las bajas enemigas.

—Claro. Les arrancamos ya los dientes —Davis se metió el arma en el cinto—. ¿No puedes meterte en tu cabezota que luchamos por todo Atlantis... Doctores incluidas?

—No —gruñó ella—. Oh, bueno.

Se fueron calle abajo. Había un estrecho pasaje entre las ruinas del Navío en la parte de sus conos de gravedad y la pared. Al otro lado se abría una amplia plaza, bordeada por impresionantes templos, unas pocas mujeres muertas y heridas yacían en el suelo.

Pero ya no se oía más fragor de lucha... ¡raro!

Una tropa de marineras emergió de detrás de las columnas de un

santuario.

—¡Es el Hombre! —gritó alguien. Corrieron hacia él y se detuvieron acaloradas. La jefa le obsequió con un gracioso saludo.

—Creo que estamos a punto de tener en nuestras manos a toda la ciudad, señor —jadeó—. Estuve patrullando por el extremo este. No vimos a nadie.

—¡Bien! —Davis se estremeció aliviado. No hubiera podido utilizar su desintegrador contra las mujeres; el recuerdo de la Whitley muerta ardía demasiado profundamente dentro de su cerebro.

—Reunid aquí a nuestra gente —dijo—. Montad centinelas en las atalayas y en las puertas. Agrupa a los Doctores que queden y encerradlos en una de esas capillas... ¡y no los utilicéis como blancos para ejercitaros en el tiro! Organizad una enfermería para las heridas... y me refiero también a las heridas del enemigo. Nelly, toma el mando. Voy a dar un vistazo.

Caminó por las calles vacías. Tras él podía oír vítores y trompetas, el pisar de pies y el triunfal entrechocar de las armas, pero no se sentía con humor para disfrutar de la victoria.

Minos era una rajita plateada, con Bee deslizándose cerca. Faltaba poco para el eclipse... ¿de verdad que todo aquello duró tres horas? Parecía como la pesadilla de un siglo de extensión.

Las Whitley le seguían. Oyó cómo una decía:

—Retiro lo que te dije, Val. Luchaste muy bien.

—Infierno, Babs, tú demostraste pues no ser manca. Al fin y al cabo, cariño, eres idéntica a mí.

La calle daba a otra plaza, más estrecha que recorría la longitud de la muralla de poniente. Tenía una puerta en el centro, con hojas de hierro forjado. Davis miró a través de los barrotes hacia la carretera y las marismas. El barro brillaba en la ribera de la que partía la calzada, los pájaros chillaban después de descubrir peces varados. La marea estaba bajando, las naves embarrancaban... pero ¿qué diablo, ellos habían ganado, verdad?

¡Alto ahí!

La carretera doblaba en torno a un macizo de árboles de agua salada a tres kilómetros de la ciudad. Davis vio lo que se acercaba por el otro lado y se aferró a los barrotes con ambas manos.

—¡Un ejército! —rugió.

Fila tras fila aparecieron a la vista. Le pareció que podía oír las pisadas de los *orspers* y los gritos de guerra alzándose por encima de los altivos gallardetes. Ahora vio los corseletas de cuero, los morriones de hierro, botas y espuelas y capas flotantes. Eran gente montañesa y cabalgaban en auxilio de los Doctores.

—Un par de millares, como mínimo —murmuró Bárbara—. Los legados deben haber ido en su busca nada más atacamos... Han estado al acecho para matarme, querido mío —giró hacia él, su rostro se apretó contra el del hombre, sin reparar en el estorbo que constituía el visor del casco—. ¡Y es demasiado tarde para retirarnos... estamos encajonados!

—¡Pero no es tarde para luchar! —Valeria se precipitó hacia el interior de la ciudad, gritando. Las marineras de las murallas se llevaron los cuernos a los labios y sonaron la alarma.

Davis miró la puerta. Estaba cerrada con pestillo, pero podía ser fácilmente derribada. Posó la mano en el desintegrador. ¡Cosmos! Eso las contendría... y era lo menos que podía hacer por aquellas chicas que confiaron en él.

¡No!

El ejército rebelde se congregó en la plaza. A derecha e izquierda las ballestas subieron por las escalinatas hasta las almenas de la muralla. Las rústicas ametralladoras giraron para apuntar cañones a la armada que se aproximaba. *Cosmos*, pensó Davis, *¿es que no han habido bastante; muertes aún?*

Tras él, Nelly Udall recorría las filas de las mujeres, empujándolas para que formasen una especie de conjunto marcial. Davis las miro. Rostros cansados, rostros doloridos, labios que trataban de aparentar firmeza sin conseguirlo; pelearían bravamente, pero no tenían la menor posibilidad de victoria enfrentándose a tropas de refresco.

La bandera pirata se agitaba desafiante en un mástil de encima de la puerta principal. La caballería que se acercaba gritó sus vítores. Las ballestas se alzaron.

—¡Disparad! —gritó Bárbara—. ¡Abrásalas a todas, Bert!

Davis empuñaba el desintegrador. Lo miró, confuso.

Arriba en las almenas, las ametralladoras lanza-dardos comenzaron a entrar en funciones. Los *orspers* retrocedieron, gritando, se salieron del camino, metiéndose en el barro y agitando

las atrofiadas alas. La carga llegó a un sonoro alto, se rompió, luchó por reintegrarse a la carretera... paró. Las jefas pasaron al trote por entre las asustadas jinetes, arengándolas.

Las montañasas desmontaron. Sus hachas mordieron el ancho tronco de un árbol. No tardarían mucho en conseguir un potente ariete. Avanzarían bajo una lluvia de dardos; se dejarían matar y otras ocuparían su lugar. El ariete quedaría dentro del cono de seguridad y las puertas serían derribadas.

—¡Cuando estén a tiro —aconsejó Nelly, irónica—, dáselo a probar!

Bee se deslizó detrás de Minos. El planeta se convirtió en un círculo de negrura anillado de roja llama. De todas las lunas, sólo la luciérnaga de Egeo era visible. Las estrellas brillaban frías pero con fuerza. Un viento nació de las marismas, la obscuridad se posó onerosa sobre el mundo.

—Dejadme que ensaye algo —dijo Davis.

Disparó al aire. Un lívido fulgor ardió a través del cielo, un pequeño trueno le siguió los pasos. Se oyeron gritos del sombrío ejército de la carretera; volvió a disparar y aguardó a verlas huir.

—¡Aguantad firme! ¡Quedaos donde estáis, o el Padre os maldiga! —Las voces llegaron ásperas en la tenebrosidad—. ¡Si dejamos que el Monstruo domine el Navío, moriréis sin haber vuelto a tener jamás otra criatura en vuestros brazos!

Davis sacudió la cabeza. Debió habérselo figurado.

Algo sonó carretera arriba. Cuatro breves tañidos de trompeta que hicieron que los pájaros aullaran en la súbita noche.

—Petición de tregua —murmuró Valeria—. Dejémoslas que vengan a parlamentar. Contestad a la señal.

—Quizá esté bien —dijo Nelly—. No *deseo* verlas freírse vivas.

Tomó el cuerno de una chica que estaba a su lado y lo sonó.

La mujer montada se aproximó. Era una Udall en persona. Bárbara forzó la vista en la obscuridad para lograr distinguir la pintada insignia del escudo.

—¡Bess de Greendale! —siseó—. ¡Mátala!

Davis sólo pudo pensar que la desaparición de los Doctores quedaba medida por haber llegado a pedir ayuda hasta Greendale. Los pantanos y valles interiores debían hervir de ejércitos que trataban de impedirle llegar hasta su espacionave.

—No —dijo—. Es una parlamentaria, ¿recuerdas?

La Udall cabalgó desdeñosa hasta quedar debajo de las murallas.

—¿Está el Monstruo aquí?

—El Hombre está aquí —respondió Bárbara.

Davis se adelantó dejándose ver a través de los barrotes de hierro forjado y a la luz crepuscular.

—¿Qué quieres?

—Tu cabeza y que nos devuelvas el Navío antes de que estropees la máquina de la vida.

—Puedo matarte —dijo Davis—. Puedo matar a todo tu ejército. ¡Mira! —Disparó hacia la calzada. La piedra burbujeó y se fundió corriendo como agua.

Bess Udall luchó por contener a su excitado *orsper*.

—¿Crees que eso importa? —respondió entre jadeos—. Estamos luchando por cada criatura no nacida aún en Atlantis. Sin la máquina es igual que muramos todas.

—¡Pero yo no voy a dañar la máquina!

—Eso lo dices *tú*. Has atacado a los Doctores. No me fiaría de ti aunque te viera muerto si no tenías una estaca clavada en el corazón.

—Oh, infierno —rezongó desdeñosa Valeria—. ¿Por qué preocuparse? Déjalas que vengan y que descubran que hablas en serio.

Davis miró con fijeza el desintegrador.

—No hay límites decentes.

Se sacudió a sí mismo saliendo del ensimismamiento y miró hacia la vaga forma de la mujer de fuera.

—Llegaré a un acuerdo —dijo.

—¿Qué? —gritaron a coro Valeria y Bárbara.

—Callad. Bess, he aquí mi oferta. Podéis entrar en la ciudad. La gente de mar regresará a sus embarcaciones y zarpará en la próxima pleamar. A cambio, tendrán acceso a la máquina de la vida, como siempre lo tuvieron.

—¿Y tú? —graznó la Udall—. No dejaremos de luchar hasta que estés muerto.

—Yo saldré —contestó Davis—. ¿De acuerdo?

—¡No! —Bárbara saltó hacia él. Davis extendió el brazo y la derribó al suelo.

—¡Atrás! —Su voz sonó quebrada—. Soy aún un Hombre.

Bess Udall le miró con fijeza.

—De acuerdo —dijo—. Abre las puertas y sal. Juro cumplir lo pactado en el nombre del Padre.

Las rebeldes avanzaron en desorden, una masa sombría en un mundo sombrío. Davis apenas pudo divisar a sus Whitley. Valeria ayudaba a Bárbara a levantarse.

—No os mováis —dijo él—. No vale la pena mi vida... De todas maneras, dentro de otra generación estarán aquí los Hombres.

Su desintegrador detonó, comiéndose la cerradura de las puertas. Las abrió empujándolas, el hierro caliente le quemó las manos, y salió. Con un gesto convulsivo arrojó el desintegrador a una charca lodosa.

—Está bien —dijo—. Vamos.

Bess condujo el *orspers* cerca de él.

—¡Muévete! —Ladró. Unas pocas mujeres salieron por la puerta. La Udall blandió su lanza—. ¡Atrás, o atravesaré al Monstruo con esto ahora mismo!

Minos era un anillo de fuego infernal en el firmamento.

—¡Espera!

Era una voz de Whitley. Davis se volvió. Sentía sólo un cansancio infinito; que le matasen y se acabase todo de una vez.

No pudo ver si era Bárbara o Valeria quien habló:

—¡Quieto ahí! ¡Somos nosotras quienes dictamos las condiciones!

—¿Sí? —Gruñó la jinete. Su lanza se posó sobre Davis.

—Nosotras tenemos la máquina de la vida. ¡O nos lo devuelves o la destrozaremos y mataremos a cada Doctor que haya en la ciudad antes de que podáis impedírnoslo!

Un suspiro recorrió las filas rebeldes. Con unas maldiciones Nelly las obligó a callarse.

—¡Es verdad, querida! —gritó—. ¿Para qué diablos sirve una máquina sangrienta cuando podemos tener a los Hombres?

Davis aguardaba petrificado.

La Whitley se acercó con pasos felinos.

—Estas son *nuestras* condiciones —dijo con llaneza—. Baja tus armas. No te haremos ningún daño. ¡Por el Padre, hasta ahora nunca supe lo que significa ser un Hombre! Podéis quedaros con la

ciudad y la máquina... sí, los Doctores... si así lo deseáis. ¡Sólo con tal de que nos permitáis llevar al Hombre hasta su nave y que nos traiga a los Hombres!

La lanza de Bess Udall cayó al suelo.

—No sabéis si él es un Hombre —balbuceó.

—Claro que lo sé, hermana. ¿Crees que habríamos atacado al Sagrado Navío sólo por un Monstruo?

Noche y silencio yacían densos a través de la tierra. Un viento salado silbaba al chocar con las fortificaciones manchadas de rojo.

—Padre Todopoderoso —exclamó ahogadamente Bess—. Creo que tienes razón.

Dio media vuelta a su *orsper* y partió hacia la carretera.

Davis se quedó allí plantado, esperando no desmayarse.

Las oyó hablar de *orsper* a *orsper*. El sonido parecía venir de muy lejos. Tenía las rodillas rígidas mientras caminaba despacio hacia la puerta.

Varias jinetes corrieron en pos suyo. Frenaron las monturas, saltaron al suelo y pusieron sus armas a los pies de Davis.

—Bienvenido —dijo una voz—. Bienvenido, Hombre.

El sol salió de detrás de Minos y el día ardió a través de las acuosas extensiones y en las lejanas montañas de levante.

Davis las dejó que gritaran vítores a su alrededor. Bárbara se arrodilló a sus plantas, abrazada a sus rodillas. Valeria se abrió paso y puso sus labios en los de él.

—Bert —susurró. Davis encontró gusto a lágrimas en la boca de la muchacha—. Bert, mi vida.

—Tómanos a una de las dos —sollozó Bárbara—. Tómanos a ambas si quieres.

—¡Bien, hurra por el Hombre! —exclamó Nelly— ¡Tres vivas...! ¡Uf! ¡Cogedle! ¡Creo que se ha desmayado!

XX

Había sido un viaje lento a través del valle. Tuvieron que detenerse y ser festejados en cada ciudad a lo largo del camino.

Davis Bertram estaba plantado en la alta hierba, bajo un viento matutino y miraba hacia lo alto recorriendo toda la longitud de su amada espacio-nave. Silbó y la escotilla se abrió y la escalerilla descendió para él.

—Volveré —dijo con torpeza—. Me costará un poco más llegar a Nerthus... quiero estar seguro de no tropezar con aquel torbellino... pero dentro de un centenar de vuestros días los Hombres estarán aquí.

¿Y qué dirían ellos cuando entrase en Stellamont llevando aquel faldellín, capa de plumas y casco de guerra? Sonrió ante la idea.

El ejército de Freetoon estaba formado con sus uniformes de gala a pocos metros de distancia. El sol destellaba en el metal pulido y en el cuero aceitado, las plumas se agitaban y las capas revoloteaban a impulsos de la brisa. Más de sus guerreras habían sobrevivido a la invasión de lo que él esperaba. Salieron de los bosques para adorarle como su libertador cuando ordenó que la ciudad fuera devuelta. Un gesto bastante inútil; la soberanía local no tardaría en quedar allí fuera de lugar.

Asombradas paisanas vagaban por los prados tras ellas. Davis se preguntó cuántas niñas de aquellas había tocado para darles buena suerte. Bueno, era abrumador besar a tantas criaturitas con cara simiesca... aunque no dejaría de ser hermoso que él tuviera algunas propias en día no muy lejano.

Bárbara y Valeria estaban plantadas ante él. Bajo los bruñidos cascos sus rostros estaban tensos esperando su palabra.

Notó que le ardían las mejillas. Apartó la vista de los firmes ojos

verdes y hurgó en el suelo con sus sandalias.

—Os quedáis al cargo de todo esto —murmuró—. Si de veras queréis hacer de Freetoon una república... y eso sería de una gran ayuda... vuestra gente pasará por un período difícil de adaptación... por lo menos una de las dos tiene que quedarse y procurar que se cumpla el plan...

—Lo sé —dijo Valeria. Su tono se hizo pensativo—. ¿Traerás esa máquina psíquica de que hablaste para... hacer que ella te olvide?

—No es olvidar —aclaró Davis—. Sólo sentir de manera distinta con respecto a eso. Sin embargo, aún haré otra cosa mejor. Traeré un centenar de hombres jóvenes ¡y así podréis elegir!

—Está bien —dijo Valeria—. Te elijo a ti.

—¡Alto ahí! —exclamó Bárbara.

Davis se secó el sudor de la frente. ¿Qué podía hacer de todas maneras un individuo? Se sentía atrapado.

—Sería mejor que os quedarais las dos —balbuceó—. Lo pasaréis muy mal... muy mal... tratando de adaptaros a la civilización.

—¿De veras quieres eso? —preguntó Bárbara con frialdad.

—No —contestó Davis—. ¡Buen Cosmos, no!

Después de todo, era un explorador. Nunca estaría mucho tiempo cerca de la civilización. Incluso una mujer bárbara, con espíritu e inteligencia, podía ser adiestrada para tripulante espacial.

Y no importaría que cometiera unas cuantas impropiedades. Una Whitley vestida de la manera adecuada sería demasiado anonadadora.

—Bueno, pues —dijo Valeria. Sus nudillos se apretaron en torno al mástil de su lanza—. Elige tú.

—No puedo —contestó Davis—. Simplemente, no puedo.

Las primas se miraron una a otra. Asintieron. Una de ellas sacó de la bolsa un par de dados.

—Una tirada —dijo Bárbara.

—La que saque el número más alto se va con él —precisó Valeria.

Davis Bertrán se apartó a un lado y esperó. Tuvo la delicadeza de ruborizarse.

FIN